



FÁBULAS
FEMINISTAS
Y OTROS TEXTOS
SUNITI NAMJOSHI

TRADUCCIÓN
AVE BARRERA · LOLA HORNER

PARAÍSO
PERDIDO

FÁBULAS FEMINISTAS

Y OTROS TEXTOS

SUBITI NAMJOSHI

F Á B U L A S
F E M I N I S T A S
Y O T R O S T E X T O S
S U N I T I N A M J O S H I

TRADUCCIÓN
AVE BARRERA · LOLA HORNER

PARÁISO
PERDIDO

©2012, Suniti Namjoshi
©2012, Zubaan books
www.zubaanbooks.com
contact@zubaanbooks.com

©2019, Ave Barrera, por la traducción
©2019, Lola Horner, por la traducción

©2019, Editorial y Servicios Editoriales
Paraíso Perdido S de RL de CV
Misiones 574-13
Guadalajara|México|44500
hola@editorialparaisoperdido.com

PRIMERA EDICIÓN, NOVIEMBRE 2019

CORRECCIÓN ORTOTIPOGRÁFICA
typotailer

IMAGEN DE PORTADA
© Henri Rosseau (The Equatorial Jungle)
National Gallery of Art, USA

DISEÑO DE LA COLECCIÓN
Antonio Marts /
typotailer

ISBN 978-607-8646-42-5

Esta publicación se realizó con el apoyo de la Secretaría de Cultura a través del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes con el estímulo del Programa de Apoyo a la traducción (PROTRAD). Se autoriza la reproducción de este libro total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para USO PERSONAL, INDIVIDUAL, SIN FINES DE LUCRO y citando al AUTOR y a la EDITORIAL.

EDITADO EN MÉXICO

PRÓLOGO

EN DIÁLOGO

Ave Barrera

Me gusta pensar que este libro nos eligió y que somos muy afortunadas por ello. Hace un año Antonio Marts, el editor de Paraíso Perdido, me pidió buscar algún título escrito por una autora de India que entrara en su catálogo, con el fin de lanzar una publicación del país invitado por la FIL para el 2019. Era prácticamente mi primer acercamiento a esa literatura y me resultó muy grato descubrir paralelismos, diferencias, tendencias temáticas y estrategias distintas a las de la tradición literaria occidental, modos distintos de representar una realidad semejante: globalizada y con los mismos problemas que padecemos de este lado del mundo, derivados también de las violencias colonialistas, capitalistas y heteropatriarcales. Entre las opciones destacó de inmediato, y por mucho, el hallazgo de las *Fábulas feministas*. Fue algo así como ir a la joyería, con la encomienda de elegir una gema valiosa y darse el lujo de escoger la de mayor encanto. Poco después, al hablar con Lola Horner para proponerle la coautoría de la traducción supe que había sido la elección perfecta.

Lola Horner

Leer a Suniti Namjoshi es una experiencia selvática. La conocí en Londres a los 23 años, cuando compré una antología de segunda mano, *Wayward Girls and Wicked Women*, de la fabulosa Angela Carter. La leí, la gocé, la guardé conmigo. Cuando Ave me dijo que esta selección del trabajo de Namjoshi no estaba traducida al español casi me voy de espaldas. Quiero pensar, como ella, que el libro nos estaba esperando para darlo a conocer en nuestra lengua... todo un reto y un placer.

La relevancia de esta edición de *Fábulas feministas* es que no solo se trata de un libro, sino de una selección de las obras más importantes de Suniti, con introducciones de la propia autora, que nos comparte su proceso creativo y nos permite ser partícipes de su temperamento, las muchas vueltas de tuerca metaliterarias que ha involucrado en sus libros para expandir su universo y hablar sobre lo que le interesa, la situación de las mujeres, su propia subalternidad en tanto ciudadana de India y su identidad como artista mujer, extraterritorial y lesbiana, que desafía el orden heteropatriarcal para configurar un entramado de significados propio.

AB

Cuando comencé a leer me fascinó la parte de las reescrituras de las fábulas tradicionales, la

agudeza y la genialidad con que Suniti reinterpreta las funciones narrativas o míticas de los personajes de las parábolas clásicas del pensamiento hinduista (aunque también otras tradiciones, como el budismo, adoptan esta forma literaria); sin embargo, al adentrarme en la lectura de los poemas y textos híbridos, del universo extraordinario de *Las madres del Maya Diip*, fue asombroso descubrir la versatilidad de la autora, la manera como los textos se entrelazan y complementan entre sí, además del ejercicio metaliterario que hace al inicio de cada libro, y que constituye un testimonio honesto y una poética. ¡Hay tanto que aprender de esos breves preámbulos en que la autora se abre de capa y nos deja ver tras bambalinas del texto y de su proceso interior!

El tono y el registro varían de un libro a otro, lo mismo que el nivel de profundidad literaria, la sintaxis y el vocabulario. Me preocupaba no estar a la altura de Namjoshi, no desentrañar de forma adecuada las capas de sentido del texto o no encontrar la manera de transmitir en español esa complejidad, el espíritu del texto. No era un desafío menor, pero trabajar a cuatro manos lo hizo posible. Durante la traducción, Lola y yo pudimos establecer un diálogo en que se complementaban nuestras interpretaciones del texto y nuestras estrategias para encontrar la manera más clara de traducirlo, en conformidad con el estilo, el tono y la intención de la obra.

LH

Algunos de los retos más importantes que involucró la traducción tuvieron que ver con elegir los términos que más se acercaran sin romper con el ritmo ni la musicalidad de los poemas. El que traduce siempre miente, y la poética de Suniti está muy emparentada con la oralidad. ¿Cómo trasladar de un idioma a otro los susurros, las cadencias, los silencios? Espero haberle hecho los honores al texto, desde un lugar de aprendizaje y escucha, pues no todos los días tiene un privilegio de aproximarse a obras de esta envergadura.

AB

Con todo y que el título lleve (intención expresa de por medio) la palabra «feministas», el presente libro no se limita a esa temática. Las fábulas dan vida y advierten sobre situaciones sociales tremendamente complejas, que suponen desde las desigualdades de género y de clase (o casta), los matices y paradojas del privilegio, el desarraigo, lo decolonial, etcétera. Las fábulas aciertan al sintetizar con agudeza y con una sencillez asombrosa esta multiplicidad de problemáticas en una sola y contundente pincelada.

LH

Me parece que uno de los hilos conductores de la antología es el cuestionamiento a un sistema patriarcal que oprime y pretende dominar a las mujeres, y que solo puede subvertirse por medio del lenguaje, pero también existe una problematización constante del feminismo, de los muchos feminismos, que a la luz de los hechos recientes (el *MeToo*, las denuncias por acoso), cobra una nueva vigencia, pues una y otra vez Suniti insiste en preguntarse cuál es su lugar como feminista de color, lesbiana y del tercer mundo. Una y otra vez explora la incomodidad de vivirse como una subalterna, y más de una vez (en especial en la selección de *Goja*) las palabras le fallan. Me parece que se necesita una cantidad importante de valentía para cobijarse en el excedente de sentido en lugar de intentar borrarlo. Cuando Suniti declara que las palabras no le alcanzan (a ella, quien trabaja con la palabra como material primario, que vive y respira por la palabra) nos

pone un ejemplo de cómo acercarnos a temas que nos tocan muy de cerca sin que necesariamente debamos resolverlos o conciliar las paradojas. Cada uno de los apartados que tuve la fortuna de leer poseían un estilo diferente y preocupaciones específicas. Fue una tarea compleja y asombrosa. En cada uno de los textos había pasión y un exquisito cuidado de la forma. El material está vivo, y espero haber podido trasladar esa cualidad pulsante al texto traducido, porque lo último que hubiera querido habría sido disecar las palabras del original.

AB y LH

El esmero y cariño que pusimos en la traducción de este libro fue a la par un gozo, ya que de este modo encontrará interlocutores entre los lectores en español. Estamos seguras de que lo apreciarán al igual que nosotras, y nos mostrará nuevos caminos para reinterpretar nuestras propias narrativas.

Ave Barrera y Lola Horner
Ciudad de México,
11 de noviembre de 2019

FÁBULAS FEMINISTAS

Las *Fábulas feministas* fueron un parteaguas en mi vida. De 1978 a 1979, durante mi año sabático en Inglaterra, descubrí el feminismo —o más bien descubrí que existían otras feministas—. Yo apenas era una feminista principiante. Por supuesto, pensaba que muchas de las restricciones que tenían las mujeres eran absurdas y, como mujer, no me gustaba en absoluto ser una ciudadana de segunda categoría. Las feministas ya habían hecho la extraordinaria labor de analizar este fenómeno y yo leía con avidez todo lo que publicaban. No obstante, necesitaba trabajar en el tema por mi cuenta. Ahora tenía la confianza para decir lo que tenía que decir. Y no me refiero al tipo de confianza que resulta de haber recibido una palmadita en la cabeza y de que alguien me hubiera dicho que yo también era importante, sino a la que viene de saber que de verdad podía ser escuchada y comprendida.

Para una escritora —en realidad para cualquier persona— eso es extremadamente importante. Los poemas y las fábulas existen entre la escritura de las mismas y su lectura. Si al empezar a escribir hubiera sentido que, sin importar cuán cuidadosa fuera con lo que decía, no iba a ser comprendida de la manera que pretendía serlo, hubiera sido imposible comenzar. Sin embargo, el contenido y la forma se articularon de manera espléndida. Si algo parecía carecer de sentido, escribía una fábula acerca de eso. Si pensaba que algo era absurdo y se me ocurría hacer un chiste, sabía que habría gente que se reiría de ello.

En la edición de Sheba Feminist Publishers, donde se publicó el libro por primera vez, en 1981 —hace treinta años—, le dieron el título de *Feminist Fables*. Me pareció un buen título y así se quedó durante muchos años (al manuscrito original lo había titulado *The Monkey and the Crocodiles*). El título actual tiene la ventaja de ser completamente feminista, y eso me parece que es importante, en especial hoy en día que la palabra «feminista» se ha vuelto casi una mala palabra en el mundo occidental. No obstante, tiene la desventaja de hacer que el lector menos cuidadoso piense que las fábulas únicamente tienen que ver con cosas que le ocurren a las mujeres. El formato de fábula debería dejar claro que cuestiona lo que le sucede a cualquiera que se encuentre en una situación desigual de poder. No hay algo particularmente femenino o masculino en el ratón de la fábula «El ratón y el león»; es solo una pequeña criatura inteligente que ha comprendido la forma sutil en que se establece la idea de que quien tiene el poder, tiene la ventaja.

No es posible crecer en India sin darse cuenta de los diferentes tipos de disparidades de poder en todos los ámbitos, a menos que, por supuesto, hayamos elegido cegarnos deliberadamente como ocurre en «La sabiduría secreta». Pero competir con otros acerca de qué tipo de opresión es el más opresivo, es en mi opinión una manera equivocada de entender las cosas. Lo vi ocurrir en la First International Feminist Book Fair, en Londres en 1984. Mientras pensemos que algunas formas de opresión están bien o no importan tanto, no llegaremos a la raíz del problema.

Hay una cosa más que quiero añadir aquí. Este incidente sucedió días antes de la publicación de *Feminist Fables*. Creo que ocurrió en la escuela donde yo daba clases, en la Universidad de Toronto. Una colega me dijo en tono empático que la opresión de las mujeres en India debía ser una cosa terrible. No me gustó escuchar eso, así que le respondí feroz que aquí (refiriéndome a Toronto) el estatus de una persona depende de uno o dos factores, pero que en India había muchos

factores más a tomar en cuenta, como la casta, la clase o la riqueza. Tal vez había algo acertado en mi respuesta, lo equivocado fue mi manera de reaccionar. No me gustó pensar en mí como alguien oprimido. Lo que debí comprender en ese momento fue que si media docena de factores convergen en contra de una persona, eso hace que la opresión sea mucho peor. Otra cosa que debí comprender es que ser víctima de la opresión no es algo de lo que se deba sentir vergüenza, es el opresor quien está equivocado. El lenguaje (las palabras «noble» e «innoble», por ejemplo), la tradición (la manera en que exaltamos a los «grandes» militares conquistadores) y las jerarquías sociales hacen que sea muy difícil darnos cuenta de ello.

Las *Fábulas feministas* se tratan de todo y de cualquier cosa. Pero principalmente, son acerca de usar el poder del lenguaje y de la tradición literaria para exponer lo absurdo, lo inaceptable.

DEL PANCHATANTRA

En la ciudad sagrada de Benarés vivía un brahmán^[1] que caminaba por las orillas del río, y al mirar a los cuervos que flotaban río abajo alimentándose de los restos de los cuerpos calcinados, se consoló diciendo: «Es verdad que soy pobre, pero soy un brahmán; es verdad que no tengo hijos, pero soy indiscutiblemente un hombre. Debo ir al templo y rezar al Señor Vishnú para que me dé un hijo». Así que fue al templo y el Señor Vishnú lo escuchó, y el Señor Vishnú le concedió su deseo. Sin embargo, sea por una distracción, o por alguna otra razón más abstrusa, le dio una hija. El brahmán quedó decepcionado. Cuando la niña tuvo edad suficiente, la mandó llamar y le dijo: «Soy un brahmán. Tú eres mi hija. Yo esperaba recibir un hijo. No importa, de todas formas te enseñaré lo que sé, y cuando estés lista ambos meditaremos y buscaremos consejo». Aunque solo era una mujer, ella era brahmán, así que aprendió muy rápido, y entonces ambos se sentaron a meditar intensamente. En poco tiempo apareció el Señor Vishnú. «¿Qué es lo que quieren?», preguntó. El brahmán no pudo contenerse y de inmediato dijo: «Quiero un hijo varón». «Muy bien —dijo el dios—, en tu próxima vida». El brahmán reencarnó en una mujer y dio a luz a ocho hijos varones. «¿Y tú qué quieres?», le preguntó a la muchacha. «Quiero tener el estatus de un ser humano» . «Ah, eso es mucho más difícil», dijo el dios, y nombró una comisión para resolver el caso.

ESTUDIO DE CASO

Después del hecho, la pequeña R. quedó traumatizada. El Lobo no fue asesinado. El guardabosques es lobo. ¿Quién más hubiera estado ahí en el momento preciso?, le explica esto a su madre. Su madre está molesta. Piensa que el guardabosques es extremadamente amable. La abuela está muerta. El lobo no está muerto. El lobo se casa con la madre. La pequeña R. está molesta. La pequeña R. es una niña. La madre piensa que el lobo es extremadamente amable. Le complace ver al loquero. El loquero le dejará claro que los lobos, en general, son extremadamente amables. La pequeña R. lo entiende a la primera. Está bien ser lobo. La madre es un lobo. Ella es un lobo. El loquero es un lobo. La madre y el loquero y el guardabosques también son extremadamente tensos.

NINFA

El dios persigue a Dafne. Dafne huye. Dafne se convierte en un verde laurel. ¿Qué significa esto? ¿Que eso es lo que le ocurre a las mujeres desagradecidas? Dafne responde: «Sí». Dice con insistencia: «Sí, sí, sí». Apolo está contento. Luego se aburre. La muchacha persigue al dios. Eso no es muy prudente que digamos. Dafne se transforma. ¿En qué se transforma? Dafne se transforma en un verde laurel. ¿Qué significa esto? Que eso es lo que le ocurre a las mujeres desagradecidas. Dafne dice: «Sí». Luego se queda quieta. Hace lo correcto. Dafne se transforma. ¿En qué se transforma? Dafne se transforma en un verde laurel. ¿Y qué significa esto? Significa, obviamente, que los árboles tienen que quedarse quietos.

LA PRINCESA

De este modo se confirmó que ella era una verdadera princesa: Trajeron siete colchones gruesos rellenos de plumas, armaron una cama magnífica y colocaron con mucho cuidado un chícharo pequeño debajo de todos los colchones. Tendieron la cama y la princesa se recostó. Pero no pudo conciliar el sueño a causa del chícharo. La prueba fue definitiva. Quitaron el chícharo y los reyes abrazaron a su hija. Era hermosa, excepcionalmente encantadora y, por supuesto, tenía una increíble sensibilidad. Si alguien lloraba, ella sufría tanto que decidieron que a nadie le estaba permitido llorar en el palacio. Si veía a alguien que estuviera lastimado, ella se enfermaba y no podía salir de la cama en semanas. Como consecuencia, no se admitió en el palacio a nadie que estuviera herido. Las enfermedades la hacían sentir enferma y no soportaba ver nada que fuera tan siquiera un poquito feo. Solo se permitió la entrada al palacio a las personas bellas y a aquellos que gozaran de buena salud. El rey, su padre, y la reina, su madre, hicieron todo lo que estuvo en sus manos para mantener a su hija con bien. La gente de la ciudad estaba muy orgullosa de ella: era una princesa genuina, estaba demostrado. Pero pronto se dieron cuenta de que su piel era tan delicada que todo le daba alergia. El algodón era demasiado áspero y la seda demasiado pesada. El rey subió los impuestos y obligaron a las personas a trabajar arduamente girando la rueca y tejiendo. Trabajaron hasta quedar agotados, pero fue inútil. Finalmente a la princesa le dio un resfriado y murió.

LA MÁS FEA

Hubo una vez una criatura extraordinariamente fea: babeaba, le escurrían mocos de la nariz, le salía cera por las orejas y tenía plastas de excremento pegadas a sus ropas andrajosas. Su sexo era indeterminado, pero después de que murió a la gente le dio por decir que la criatura había sido mujer. No era única ni excepcional en ningún sentido. Por ejemplo, al nacer no tuvo ningún defecto congénito. Sin embargo, con el paso del tiempo ella empezó a despertar en la gente, sin ningún esfuerzo en absoluto, un repudio tan grande que al final ya había adquirido cierta posición. Para los doctores y los psiquiatras, ella era la Aberración Insana. Para los hombres trabajadores, ella era el Fantasma del Fracaso. Para los jóvenes y los nobles ella era el Objeto de Escarnio, y para muchas de las jóvenes, e incluso de las mujeres mayores, ella era la Absolutamente Inexistente, excepto cuando padecían horripilantes pesadillas. En resumen, para la gente en general ella se convirtió en el Vivo Ejemplo de todo aquello en lo que temían convertirse. ¿Había sido pobre? Entonces ellos no serían pobres. ¿Había sufrido hambre? Ellos se alimentarían bien. ¿Había sido estúpida? Ellos serían cultos y preparados. ¿Había trabajado como burro? Ellos se tomarían tiempo para descansar. Por desgracia, estas nobles aspiraciones dieron algunos problemas. No todos podían tomarse tiempo para descansar, no todos podían alimentarse bien. Pero no importaba, lo importante era que los valores se mantuvieran firmes.

Moraleja: incluso la más baja de las criaturas puede servir a la humanidad. De hecho, ella sirve, y sirve, y sirve...

LA MUJER CISNE

Había una vez una patita que aspiraba a convertirse en cisne. Se esforzó mucho estudiando la historia y la literatura de los cisnes, el desarrollo de su cisnedad, sus esperanzas e ideales, sus tradiciones y costumbres ancestrales. Al final hasta los cisnes tuvieron que reconocer que la patita se había convertido en todo un personaje. En una ocasión hicieron un gran banquete (los patos no estaban invitados) y le dieron a la patita un documento que decía claramente que a partir de ese momento ella podría ser una Cisne Honoraria. Ella se sintió enormemente satisfecha. Algunos de los patos empezaron a sentir que había esperanza para ellos. Otros solo se rieron: «Un pato es un pato, no debería aspirar a convertirse en cisne», dijeron. «Un pato es, por definición, inferior a un cisne». Parecía tan evidente que se olvidaron del asunto y se fueron chapoteando. Pero hubo otros que se enojaron. «Esos patos no piensan —dijeron—, no se dan cuenta de que la pata educada nos ha traicionado por la causa de los cisnes. Ella ya no es una pata, es un cisne». Esto también parecía evidente, de modo que fueron y le preguntaron a Andersen. «Bueno —dijo él— existen muchos patos y muchos estanques para patos». Pero eso no resultó de gran ayuda, así que agregó: «El asunto es que están empezando a cuestionar la naturaleza de los patos y los valores de los cisnes». «Así es —respondieron ellos—, lo sabemos, ¿pero en qué acaba esto?». «No lo sé —respondió Andersen— supongo que los patos están aprendiendo a escribir sus propias fábulas».

CUENTO CON MORALEJA

La Bestia no era un hombre noble, la Bestia era una mujer, y es por esa razón que su amor por Bella era tan monstruoso. De niña, la Bestia había tenido padres amorosos y liberales. «No es que desaprobemos a los homosexuales como tales, el problema es que la gente los desaprueba, y por eso nos entristece que creas que lo eres. Queremos que seas feliz, y los homosexuales no son felices, esa es la verdad». «Pero ¿por qué son infelices?», preguntaba la Bestia. «Pues porque la gente los desaprueba...». La Bestia pensaba que estos argumentos, en lugar de explicar, solo iban en círculos, pero se dio cuenta de que, en efecto, era infeliz. Los chicos no le interesaban, se había enamorado de una chica, pero la chica la rechazaba y la Bestia se había convertido en objeto de ridículo. Se fue quedando cada vez más y más sola, de modo que se volcó en los libros. Pero los libros dejaban claro que los hombres aman a las mujeres, las mujeres aman a los hombres, y que los hombres son los que salen a vivir toda clase de aventuras, mientras que las mujeres se quedan en casa. «Ya sé lo que pasa —dijo un día—. Ya sé lo que está mal: lo que pasa es que no soy humana. La única historia que encaja conmigo es la de la Bestia. Pero la Bestia no se transforma en humano a causa de su amor, al contrario, es el amor de Bella lo que la convierte. La Bestia no es una fiera, es extremadamente amorosa, ama a Bella, vive sola y en soledad muere. Y eso fue lo que sucedió con la Bestia. Sus padres la lloraron y los vecinos fueron a darles el pésame y les dijeron que lo lamentaban, que no era la culpa de nadie: se lo habían advertido y ella no había hecho caso.

LA MONA Y LOS COCODRILOS

Había una mona que vivía en un enorme jambolán que había crecido en uno de los bancos del río Yamuna. El fruto de este árbol, un poco parecido a las ciruelas, era excepcionalmente delicioso. Al pie del árbol vivían dos cocodrilos. La mona y los cocodrilos eran muy buenos amigos. La mona les daba de comer ciruelas a los cocodrilos y a cambio ellos se quedaban con ella a conversar. También la protegían —aunque ella no lo supiera—, mantenían el ojo avizor para que no le pasara nada. Pero llegó el día en que la mona empezó a sentirse inquieta, cada vez más y más. «Necesito salir —dijo—, quiero explorar el mundo». «Ven, salta a mi lomo —dijo uno de los cocodrilos— yo te llevaré al banco que hay del otro lado del río». «No —dijo ella—, no quiero ir al banco del otro lado del río, quiero seguir por el cauce hasta encontrar el lugar en donde nace». «Es peligroso», dijeron los cocodrilos. «¿Por qué?», preguntó la mona. «Porque hay bestias a lo largo del camino y podrían comerte». «¿Qué clase de bestias?», preguntó la mona con suspicacia. «Bueno, pues son largas y estrechas, de piel escamosa y fuerte mandíbula». «No entiendo», dijo la mona. «No vayas», dijeron los cocodrilos. «Pero quiero ir yo sola y ver yo misma el nacimiento del río». «Bueno, pero ten cuidado con las bestias», dijeron sus amigos cocodrilos, y la mona partió. Siete años después volvió arrastrándose. Había perdido la cola, seis de sus dientes y un ojo. «¿Encontraste el nacimiento del río Yamuna?» «No», respondió la mona. «¿Encontraste a las bestias?» «Sí», dijo la mona. «¿Y cómo eran?» «Eran como ustedes —respondió despacio—. ¿Ustedes lo sabían cuando me advirtieron aquella vez?» «Sí», dijeron sus amigos evitando mirar su único ojo.

LA GIGANTA

Hace miles de años, en las remotas tierras de India, en un lugar que de tan lejano cualquier cosa era posible, antes de la inevitable llegada de los arios, había una giganta que se encargaba de dirigir un pequeño reinado. Era pequeño para sus estándares, aunque quizá no tanto para los nuestros. Tres océanos confluían en su punta triangular, en el norte había montañas, las más altas del mundo, lo que sin lugar a dudas contaba para que fuera un reino bastante singular. No era exactamente un reino, pero la palabra para definirlo se perdió y no pude encontrar otra. No había rey, la giganta gobernaba y no había más mujer que ella. Los hombres eran inocentes, felices y despreocupados. Si se sentían mal, de inmediato eran consolados. La giganta era amable, los sentaba en sus rodillas y les decía que fueran valientes, fuertes y nobles. Si tenían hambre, la giganta les daba de comer. La leche que manaba de sus pechos era más dulce que la miel y más nutritiva que los mangos. Si se sentían ansiosos, la giganta cantaba y ellos trepaban por sus piernas hasta su regazo donde dormían el sueño de los justos. Eran gente feliz, y así seguirían de no ser por el hecho de que la giganta se cansó. Le dolían las rodillas, su voz enronqueció y en dos o tres ocasiones se mostró irritada. Ellos estaban inconsolables. «Te amamos», le decían a la giganta, «¿Por qué ya no nos cantas? ¿Estás enojada con nosotros? ¿Qué es lo que hicimos mal?». La giganta les respondió: «Ustedes son niños pequeños, pero yo cada vez estoy más cansada y es tiempo de que me vaya». «¿Acaso ya no nos quieres? Haremos lo que tú quieras para que seas feliz, pero por favor no te vayas». «¿Sabes lo que quiero?», preguntó la giganta y ellos se quedaron callados por un momento, hasta que uno se animó a decir: «Te haremos nuestra reina». Otro dijo: «Te escribiremos un poema». Y un tercero gritó dando volteretas: «Te traeremos muchos regalos, ostras, perlas, piedras preciosas y guijarros». «No», dijo la giganta. «No». Se dio la media vuelta y atravesó las montañas.

LA SERPIENTE Y LA MANGOSTA

Hubo una vez una serpiente que se enamoró de una bella mangosta. Todo en ella le parecía encantador: su pequeña nariz rosada, la manera en que volteaba la cabeza para mirar hacia atrás. Una tarde resplandeciente, bajo la sombra de una enorme higuera de Bengala, él le declaró su amor. «Soy un príncipe —dijo—, gobierno el mundo de las serpientes y, en ocasiones, también soy un dios. Sin embargo, pequeña mangosta, estoy enamorado de ti». La serpiente se levantó sobre su tallo y ensanchó los costados de su cabeza, lucía imponente. El cielo estaba turbio de polvo, blanco el horizonte, el pasto estaba quemado, los ríos estaban secos y el sol se ocultaba. La mangosta solamente lo miró, pero no quiso matarlo. Dejó que se fuera. Esto fue en abril, en pleno apogeo de la primavera. Para principios de junio, cuando las primeras lluvias empezaron a caer sobre la costa oeste de India, el ingenuo cobra seguía enamorado. «Tal vez sea tímida, debió sorprenderse. Me acercaré a ella de nuevo y me esmeraré en ser atento. Esta vez se encontraron en un pequeño claro, cerca de un poblado. Alrededor había gente que los miraba, pero al cobra no le importó. Llamó con voz fuerte a la mangosta y le dijo: «Cuidado, pequeña mangosta, he venido a atraparte», luego la embistió. Ella retrocedió. Fue una pelea magnífica, el cobra era feroz, pero la mangosta era más rápida que él. La pelea duró más o menos media hora, después de la cual la mangosta mató a la serpiente. Estaba agotada, pero se limpió el polvo y la sangre. Las personas del pueblo que se habían detenido a mirar enterraron a la serpiente y lloraron la muerte de su dios, pero alimentaron a la mangosta.

Este cuento no tiene moraleja, pero debo señalar que no todas las serpientes ingenuas acaban siendo la víctima.

LA SABIDURÍA SECRETA

Una mujer muy joven quería ir en busca de la felicidad, así que se puso en marcha hacia el País de los Sonrientes. Era razonablemente bonita, extremadamente entusiasta y había sido educada para sentirse amada, para ser tratada con amabilidad. El líder de los Sonrientes le había asegurado que le concedería una entrevista. Mientras ella lo interrogaba, él sonreía ampliamente. «Dígame, por favor —preguntó ella—, ¿cuál es la fuente de su sabiduría secreta? Todos aquí han sido corteses conmigo, los oficiales, los líderes, todos me sonríen con amabilidad». «Hace miles de años —respondió el líder— un gran profeta llegó a nosotros y nos dijo: ‘Dios les ha dado dos ojos a cada uno, pero en ciertas ocasiones solo se necesita uno. No sean derrochadores, hijos míos, usen uno a la vez.’ Nosotros tomamos su enseñanza con el corazón y nos perfeccionamos en ella. Esa es la razón, querida mía, de que seamos extremadamente felices». «Pero no entiendo». «Verás: cuando te miro, uso mi ojo derecho. Pero para aquella menesterosa de allá —y miró a través de la ventana— uso mi ojo izquierdo. La vista no es muy agradable, de modo que lo hago muy de vez en cuando». «¿Y cuando me escuchas?» «Uso únicamente mi oído derecho. Sin embargo para oír a ese perro que probablemente aúlla de dolor —señaló un perro callejero que cojeaba a mitad de la calle— tendría que usar mi oído izquierdo. Se tapó la oreja y dibujó una sonrisa encantadora. «¿Usan tapones para los oídos?» «Oh, no, es cuestión de adquirir entrenamiento». Les llevaron un refrigerio. La joven tomó uno de los sándwiches y dijo con mucha seriedad: «¿Podría aprender de ustedes?» «No veo por qué no —respondió el líder—. Toma otro sándwich, él los preparó especialmente para ti». «¿Quién?», preguntó ella. «El mismo sirviente que los trajo». «¿Cuál sirviente?, no me di cuenta». «Querida mía —dijo el líder—, no te preocupes por aprender. Tienes un talento natural para esta disciplina, no necesitas entrenamiento». Ella se sintió totalmente complacida y dibujó en su rostro una radiante sonrisa.

LA DEUDA

Había una vez una viuda que vivía con su hijo pequeño en una pobre choza en la orilla del bosque. Y como suele ocurrir, hubo una fuerte tormenta. El príncipe andaba de cacería y se perdió. Luego de mucho llegó mojado y débil hasta la precaria choza. La viuda fue amable con él y le brindó cobijo. A la mañana siguiente, cuando el sol apareció de nuevo, el príncipe salió y pudo reconocer el camino de regreso al palacio. El rey y la reina sintieron un gran alivio al verlo. Cuando escucharon lo que había ocurrido enviaron a un miembro de la corte, a que agradeciera a la mujer que vivía en la mísera choza. «Tú nada sabías —dijo el noble—, pero el niño a quien diste cobijo durante la tormenta no era sino nuestro príncipe». «Lo sabía perfectamente —respondió la viuda—, ¿qué es lo que quieres?» «He sido enviado por el rey mismo y por la reina en persona, para agradecerte», dijo el noble. «Si tanto quieren darme las gracias, que vengan ellos y me lo digan». El noble fue y reportó al rey lo que la mujer había dicho. El rey sonrió y se olvidó del asunto, pero cuando la reina escuchó lo que la viuda había dicho, se inquietó. «No estoy molesta —pensó—. ¿Debería estarlo? Pero entonces ¿qué es lo que me inquieta? La mujer fue amable, el príncipe está bien gracias a ella, le hemos dado las gracias, eso debería saldar la cuestión, ¿no es así? ¿O acaso estoy en deuda con ella? No estoy en deuda». No obstante, la reina decidió visitar a la mujer. Tocó en la puerta de la choza. La mujer la invitó a entrar y le preparó un poco de té. La reina le agradeció a la mujer, pero ella con simpleza dijo que no era nada, llovía y el príncipe estaba mojado. «Bueno, de cualquier forma te lo agradezco una vez más —dijo la reina, y se puso de pie para irse—. Si alguna vez puedo ayudarte a ti o a alguno de tus hijos, no dudes en acudir a mí». «Eso no es posible», respondió la mujer. «¿Por qué no?», preguntó la reina. «Porque nosotros somos demasiados, y las tormentas caen con mucha frecuencia».

TRANSMISIÓN EN VIVO

La Mujer Increíble cruzó los cielos en una ráfaga, lanzó un planeta y lo puso de nuevo en órbita, rescató una nave espacial, aplanó una montaña, enderezó un edificio, le sonrió a un niño, atrapó a unos cuantos ladrones, y todo tan solo en una mañana. Luego se tomó un respiro para visitar a su psiquiatra, porque en el fondo es una mujer verdaderamente femenina y todo lo que desea es tener una vida normal.

LA GRACIA DE LA DIOSA

Sucedió que una niña muy consciente de todo y de muy altos valores fue al bosque a rezarle a la diosa. La diosa apareció y la niña le explicó la causa de su pesar: «La gente se muere de hambre, los niños sufren, hay hombres que golpean, violan y matan a las mujeres. Hay muchas personas lisiadas y los débiles son castigados por su debilidad. Hay demasiada maldad en este mundo, las cosas no pueden seguir así, tienes que hacer algo». «Muy bien —respondió la diosa— tu vida por la de alguien más. Dame tu vida y yo me aseguraré de que un ser humano viva de forma plena». «No —respondió la niña—. Yo también soy humana y tengo derecho a vivir». «Está bien, dos vidas humanas —replicó la diosa— y a un menor precio: lo único que tienes que darme es tu vida privilegiada». «No», respondió la niña. «¡Oh...! Bueno, ¿y qué tal si te ofrezco cinco vidas humanas? ¿Diez vidas humanas? ¿O tal vez un millón de vidas humanas por ese mismo precio?». La niña dudó un instante. Luego le preguntó a la diosa: «¿Te estás burlando de mí?» «Sí —dijo la diosa—. Resígnate, niña, y hazte cargo de tu propia vida».

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

Un día, una tortuga decidió emular la hazaña de su legendario antecesor y desafió a una liebre que pasaba por ahí a competir en una carrera. La liebre aceptó y se puso a cincuenta yardas de distancia de la meta, mientras que la tortuga se puso a un pie. Al terminar la carrera, la tortuga ganó por buenas dos pulgadas de ventaja, lo cual, dijo, claramente establecía la superioridad de las tortugas. La liebre objetó: «Pero si tú solamente corriste un pie, mientras que yo corrí cincuenta yardas». Pero la tortuga permaneció inmutable: «De eso se trata el juego, deberías aprender a ser un buen perdedor».

Esta tortuga tenía un primo que cuando competía contra las liebres siempre dibujaba la línea de meta en la orilla del mar.

EL ZORRO Y LA CIGÜEÑA

Cierto día, una zorra invitó a una cigüeña a su casa. Tan pronto como la cigüeña llegó, la zorra empezó a decir que ella era una zorra muy progresista y que pretendía ser completamente respetuosa con la cigüeña, y de su individualidad. «Gracias», dijo la cigüeña. «Ahora —añadió la zorra—, no me gustaría hacer suposiciones, así que debo preguntarte: ¿Las cigüeñas comen?» «Sí», respondió la cigüeña. «¡Extraordinario! —dijo la zorra— ¿Y comen comida o algún platillo sorprendente e inconcebible?» «Comemos un platillo sorprendente e inconcebible», respondió la cigüeña. «Espléndido —dijo la zorra—, es absolutamente encantador. Y dime —añadió—, ¿se sabe si las cigüeñas alguna vez beben agua?» «Bebemos el día quinto y séptimo de cada mes, excepto por un periodo del año, en que bebemos el tercero y el décimo cuarto día respectivamente». «Qué curioso e interesante —dijo la zorra. ¿Y las cigüeñas pueden hablar? Claro, veo que estás hablando ahora mismo, pero me refiero a que si en su lenguaje ordinario las cigüeñas hablan de manera fluida». «No —dijo la cigüeña agitando la cabeza con gesto triste— racionamos las palabras. Yo acabo de usar las de los próximos tres siglos. Debo irme», dijo y se fue de manera abrupta.

En su investigación sobre las cigüeñas, la zorra registró que las cigüeñas pronuncian un promedio de dieciséis palabras por siglo.

DE GATOS Y CASCABELES

«¿Quién le pondrá el cascabel al gato? Yo no —dijo el ratón café—, tengo demasiados hijos, un montón de cosas por hacer y una lista del súper demasiado larga». «Yo tampoco —dijo el ratón azul—, odio las peleas sin sentido, soy un ratón pacifista». «Ni yo —dijo el ratón pequeño—, soy muy chiquito y el cascabel pesa demasiado». «Pues tampoco yo —dijo el ratón grande—, yo la verdad no entiendo cómo funcionan los cascabeles, y sobre todo me aburren mucho». «Bueno, entonces yo le pondré el cascabel al gato —dijo el ratón lunático—, lo haré como diversión, debe ser la cosa más divertida». «No, yo le pondré el cascabel al gato —dijo el ratón heróico—. Quiero la gloria». «Si esperamos lo suficiente —dijo el ratón inteligente— el gato se morirá, y entonces ya no tendremos de qué preocuparnos». «Sí —dijeron los ratones— olvidémonos del asunto». Algunos lo hicieron y otros no.

LA PEQUEÑA OSTRA

Había una vez una ostra pequeña. Nunca había pronunciado ni media palabra, no hacía nada, no era importante, solo se limitaba a vivir tranquila en el fondo del mar y hacía lo que podía, que, en efecto, era hacer nada y quedarse quieta y protegerse. Esto, no obstante, le requería un esfuerzo tan grande, que la ostra desarrolló una úlcera. A pesar de todo, la ostra permaneció inmóvil, protegiéndose muy dentro de sí misma, con la boca bien cerrada. Un día, un buzo la encontró, la sacó del agua y la abrió. Dentro de la ostra estaba la perla más hermosa que nadie hubiera contemplado jamás. Su perfección, su gran tamaño, su suave lustre eran absolutamente sorprendentes. Todo el mundo, de lejos y de los alrededores, vinieron a admirar la perla. ¿La ostra estaba contenta? Tal vez, pero por obvias razones no dijo ni media palabra.

Pregunta: ¿Por qué la ostra no dijo nada?

- a. Porque así son las ostras.
- b. Porque para ese entonces la ostra ya estaba muerta.
- c. Por modestia.

MÁS AVENTURAS DE LA MONA TUERTA

Una tarde soleada, la mona tuerta se encontraba paseando por el bosque que estaba junto al río, cuando se encontró con una mujer que meditaba intensamente. La mona reconoció a la famosa asceta —se trataba de la esposa de un brahmán, quien era aún más famoso—, de modo que saltó a las ramas de una higuera sagrada y se quedó muy quieta porque no quería importarla. De pronto escuchó un ruido atronador: el dios Indra se abrió paso entre las copas de los árboles y aterrizó en el claro. La mujer lo ignoró y siguió meditando, pero el dios la derribó de un golpe, después de lo cual procedió a violarla. El dios desapareció y llegó el brahmán. De inmediato comprendió que su mujer había sido violada, de modo que pidió a los dioses de mayor rango que lo desagraviaran del mal que él había sufrido. El señor Vishnú apareció y le preguntó si había algún testigo. «Solamente una mona tuerta», dijo el brahmán. Le pidieron a la mona que relatara lo que había sucedido. Como la mona sentía un enorme respeto por la mujer sabia, se esmeró en que su testimonio fuera lo más exacto posible. Cuando terminó, el señor Vishnú declaró que el dios Indra había cometido un grave pecado en contra del brahmán; era necesario realizar un sacrificio que lo purificara. Llamaron al dios Indra y realizaron el sacrificio que requirió la sangre de un semental. Fue así como mataron a un caballo, purificaron a un dios, apaciguaron a un brahmán, destruyeron a una mujer y a la mona tuerta la dejaron completamente perpleja.

LA DOTE

Había una vez un rey que tenía tres hijas. Cuando nació la primera de las niñas el rey se sintió profundamente decepcionado, él quería un hijo varón. Sin embargo, se sintió un poco mejor cuando su esposa le informó que su hija era especial: brotarían flores por dondequiera que ella caminara. Cuando nació su segunda hija sucedió lo mismo. Esta vez la reina le dijo a su esposo que encontrarían perlas por donde la niña caminara, y de nuevo el rey se sintió mejor. Pero en la tercera ocasión, al enterarse de que nuevamente había nacido una hija, el rey montó en cólera. Esta vez no hubo nada que lo consolara, ya que la reina había muerto al dar a luz. Las tres princesitas crecieron, aunque no tuvieron una infancia muy dichosa que digamos. Siguió pasando el tiempo y las dos primeras princesas llegaron a la edad de contraer matrimonio. Ambas se casaron con príncipes de los reinos vecinos. Empero, el matrimonio de la tercera princesa presentó algunos problemas: no tenía nada que ofrecer. Por supuesto, era posible que la tercera princesa también tuviera algún talento, pero nadie sabía cuál. Era un hecho que cuando caminaba no sucedía nada ni brotaba nada. Su padre, el rey, cada vez estaba más desesperado. La gente empezó a murmurar y a decir que probablemente su tercera hija no fuera una princesa genuina, porque ya se sabe que cuando las princesas caminan algo tiene que ocurrir. Las cosas iban de mal en peor, cuando de pronto sucedió el milagro: la princesa se cayó, se cortó el pie y un hermoso rubí se formó donde había brotado la sangre. El rey se sintió profundamente satisfecho. La gente no cabía de asombro. De inmediato se decretó que la tercera princesa debía siempre caminar descalza. El rey nunca fue tan rico y tan feliz, y la gente se sentía agraciada por su prosperidad. En cuanto a la princesa, sus pies estaban cubiertos de vendajes y su camino estaba sembrado de piedras y vidrios rotos.

Final alternativo

Antes de que ocurriera el milagro, el rey, en el colmo de su desesperación, casó a su hija con un porquero muy pobre que vivía en las orillas del reino. Ella y el porquero vivían en la precariedad, de modo que se le rompieron los zapatos a la princesa y se hirió el pie. Con toda seguridad se formaría un rubí donde había brotado la sangre. Por suerte para ella, el porquero era una persona sensible, así que vendió el rubí y le compró un nuevo par de zapatos.

Otro final alternativo

La primera princesa se convirtió en florista, la segunda princesa era comerciante de perlas y la tercera, ocasionalmente producía un rubí, pero solo cuando ella quería.

CORAZÓN

Érase una vez una mujer que no tenía cabeza, era toda corazón. Incluso la llamaban «Corazón», y no (como era de esperarse) la Mujer Sin Cabeza. Su función en la vida era servir a los demás, y eso era lo que hacía. Por supuesto, lo hacía de todo corazón. Cocinaba, limpiaba, horneaba, fregaba los pisos y siempre era cordial, amorosa y benévola, nunca se quejaba ni decía que estuviera cansada. Con el paso del tiempo, sus hijos crecieron y su esposo envejeció. Llegó el momento en que su esposo murió y la Mujer Sin Cabeza se quedó completamente sola. Fue entonces cuando acudió al gobierno para solicitar una pensión. Pero no pudo obtenerla. Y no piensen que estoy insinuando que el gobierno es despiadado. El problema fue que a la mujer, al no tener cabeza, le fue imposible hablar.

EL RATÓN Y EL LEÓN

Un día un león atrapó a un ratón. «Suéltame —dijo el ratón—, soy demasiado pequeño y tú eres demasiado grande. Pero quién sabe, tal vez un día podría devolverte el favor». Esto le cayó en gracia al león y dejó libre al ratón. Días después, ese mismo león cayó en una trampa y quedó atrapado en una red. El ratón pasó por ahí y el león lo llamó: «¡Ayúdame, ratón! Roe las sogas para que pueda escapar. Recuerda que, después de todo, me debes un favor. El ratón comenzó a roer, pero de pronto se detuvo. «¿Por qué te detienes?», rugió el león. «Es que... Pensándolo bien, creo que ya te devolví el favor que te debía», respondió el ratón. «Claro que no», rugió el león. «Sí —dijo el ratón—, ya lo hice». «¿Qué cosa hiciste?», rugió el león. «Te hice el favor de no matarte».

SVAYAMVARA[2]

Había una vez una princesita que era muy buena para silbar. «No silbes», le decía su madre. «No silbes», la reprendía su padre. Pero la niña era realmente buena para silbar, de modo que siguió haciéndolo. Pasaron los años y la niña se convirtió en mujer. Para ese entonces la princesa silbaba de modo inigualable. Sus padres se lamentaban. «¿Qué hombre va a querer casarse con una silbadora?», decía su madre llena de congoja. «Bueno, haremos nuestro mejor esfuerzo —dijo el padre—. Ofreceré la mitad de mi reino y la mano de la princesa en matrimonio a cualquier varón que logre vencerla en el silbido». El ofrecimiento del rey fue proclamado por todos los rincones del reino, y pronto el palacio estuvo abarrotado de pretendientes silbadores. Aquello era abrumadoramente ruidoso. La mayoría de ellos eran terribles; había unos cuantos que eran buenos, sin embargo la princesa era mucho mejor que todos ellos y los derrotaba con facilidad. El rey se sentía descorazonado, cuando la princesa le dijo: «No te preocupes, padre. Por favor permíteme hacerles una pequeña prueba y probablemente algo bueno saldrá». Dicho esto, se presentó ante los pretendientes y les preguntó: «¿Todos ustedes creen que su derrota fue justa?» «No, creemos que fue magia o algún tipo de truco», respondieron todos excepto uno que dijo: «Sí, a mí me pareció justo haber perdido». La princesa sonrió, miró a su padre y señaló al hombre diciendo: «Si él me quiere, lo tomaré como esposo».

EL MUÑECO

Dos niñas elaboran un muñeco. Es un muñeco varón, hecho de palos. Atada a los palos, una piedra redonda hace las veces de cabeza. Es un muñeco muy frágil. Llega un niño y observa el muñeco. Las niñas le explican que el nombre del muñeco es Niño Frágil. El niño se enoja y destruye el muñeco de un golpe. Las niñas se enojan, quieren golpear al niño, pero saben que el niño es muy frágil, así que mejor recogen los palos y vuelven a empezar.

LA MUJER QUE VIVÍA EN LA PLAYA

La mujer que vivía en la playa se dio cuenta de que, de un tiempo a la fecha, el mar se iba acercando cada vez más y más. Ahora el mar empezaba a colarse a su jardín. Decidió hacer algo al respecto, de modo que se acercó al mar y preguntó a la criatura el porqué de su conducta. «Estoy enamorado», fue la respuesta. «Eso no tiene sentido», dijo la mujer. «Claro que tiene sentido —dijo el mar—, el viento te acaricia, el sol lame tu piel y cuando entras a bañarte en mis aguas es mi turno de hacerte el amor». La mujer no estaba segura de si esto le gustaba o no, pero se quedó quieta mientras el mar le lamía los dedos de los pies, luego los tobillos, luego las piernas. Aquella noche, mientras la mujer dormía escuchó el mar subir suavemente hasta su cama para recostarse a su lado. «Vete», dijo la mujer. «No —respondió el mar—, quiero abrazarte, no tengas miedo, una vez que estés entre mis brazos serás parte de mí». «No», dijo la mujer. «¿Por qué no?», preguntó el mar. «Porque —respondió la mujer—, lo que tú quieres no es humano, es demasiado egoísta».

CRÓNICAS REPTILIANAS

Dos lagartijas se asoleaban sobre una roca. Eran los primeros días de octubre y la temporada de lluvias llegaba a su fin. La lagartija menor, queriendo ser amable, dijo a la mayor: «Oh, tú, la más sabia de las lagartijas, tú que has vivido una larga vida, dime una vez más, si así lo deseas, la historia del origen del mundo». La lagartija mayor sacó la lengua un segundo, sus ojos se nublaron y los cerró. Al abrirlos, comenzó a decir: «Sabe pues que el sol es una lagartija, un dragón que respira fuego, y la Tierra es un huevo. El sol calienta la Tierra. Eso, querida mía, es conocimiento esencial. En el principio, mientras la gran madre lagarto calentaba la tierra, se partían las rocas y se rompían las montañas. Las lagartijas gigantes, nuestros primeros ancestros, vieron la luz del sol. Imagina, si acaso puedes, sus gigantescas proporciones, su energía de fuego, su tremenda fuerza. Los continentes eran su área de juegos, volaban a través del cielo y se recreaban en los océanos. Los huevos que ponían brillaban como domos en los horizontes del mundo. Ellas fueron las madres, las primeras madres. Y todo hubiera seguido bien si las primeras madres no hubieran pedido a la madre suprema que les diera compañeros varones. El sol, en su generosidad, les aseguró que cumpliría su deseo. Al principio los compañeros eran juguetones y felices, sin embargo con el paso del tiempo empezaron a portarse mal y apartaron a las madres de la adoración de la madre suprema. Ella se enojó mucho. Su ira fue tan terrible que castigó a las madres. Y es por eso, querida mía, que se nos redujo a estas diminutas proporciones. La lagartija mayor guardó silencio. La menor se removió inquieta; algo en esa historia que no terminaba de gustarle, pero qué podía decir, si era la sabiduría ancestral.

LA MENTIRA VERDADERA

Escribí *La mentira verdadera* antes de las *Fábulas feministas*, aunque se publicó después. También fue todo un parteaguas, solo que de diferente manera. Por fin me sentía lista para escribir acerca de la muerte de mi padre.

Mi padre, el capitán Manohar Namjoshi era piloto de pruebas de los aviones de la Hindustan Aircraft, en Bangalore. El 10 de diciembre de 1953, cuando regresaba de mi clase de tenis, mi madre me dijo que mi padre se había matado en un accidente aéreo. No podía creerlo. En ese momento nosotras estábamos en Lucknow. Mi madre viajó a Bangalore y tuvo que volar con su cuerpo a Phaltan, para que fuera cremado. La última vez que lo vi había sido en marzo de 1953, justo antes de volver al internado. Tenía once años. Empecé a tener sueños recurrentes, tal vez porque no había podido ver su cuerpo.

Al principio los sueños eran muy simples: no estaba muerto, simplemente se había perdido y regresaba. El sufrimiento estaba en despertar. Con el paso de los años el sueño fue cambiando. Cualquier cosa podía detonarlo: que la gente hablara de él, una película en la que salieran aviones, que la gente me preguntara si era mi pariente (había sido un accidente muy aparatoso y la noticia había trascendido). Es extraordinario cómo la mente puede inventar cantidad de variaciones de un argumento tan sencillo. En uno de los sueños no había muerto, ya no estaba perdido, no había regresado porque ya no nos quería. No podía escribir acerca de esto. Aún no tenía la distancia necesaria.

Entonces, alrededor de 1977 empecé a escribir *Diálogo con los muertos*, una serie de poemas elegiacos dedicados a él. El primer poema era «Ella viajaba de noche». La última vez que vi a mi padre tenía once años, pero «once» tiene dos sílabas, así que cambié el número a «diez» (¡Vaya licencia poética!). El segundo poema está al final de la serie.

Las otras dos partes de *La mentira verdadera*, que reúne poemas y poemas en prosa, se titulan respectivamente «El asesino» y «La mentira verdadera». Recuerdo que por ese entonces alguien me preguntó por qué había tanta muerte y tantos asesinatos en esos poemas. No pude responder, pero creo que ahora sí puedo hacerlo. Era algo que tenía que ver con la palabra «matar». Mi padre «se mató» en un accidente aéreo. No decimos que alguien «se mató»^[3] mientras dormía, a menos que haya sido un asesinato. Su muerte fue prematura e inesperada. Desde la perspectiva de una niña era algo inimaginable. La rabia de esa niña, su enojo, así como su dolor, debían salir a flote. ¿Cómo podía morir e irse? Eso no estaba permitido, era impensable que sucediera algo así. De modo que la Muerte es una asesina. Me parece que la «mentira verdadera» tiene que ver con la insuficiencia de la poesía para lidiar con la muerte.

Insuficiente o no, había encontrado la manera de escribir acerca de la muerte de mi padre. El sueño no se fue, pero se volvió menos frecuente. En lo que tiene que ver con la práctica de mi escritura, había encontrado una forma de escribir acerca de cosas muy personales, sin preocuparme de que tuvieran sentido para alguien que se encontrara en un contexto diferente, en un país lejano, en un idioma desconocido. Me di cuenta de que si me lanzaba directo a la yugular, si tomaba mi propia experiencia y trataba de capturarla de la manera más honesta posible, entonces lo que escribía se volvía inteligible en lugar de extraño.

DIÁLOGO CON LOS MUERTOS

*Él falleció cuando ella tenía diez, en una tierra lejana
y por eso los sueños no cesarían.*

Ella hacía viajes nocturnos,
saltaba de la cama
andando hasta la costa.

¿Quién es ese gigante dormido?
No tu padre —sus huesos
están hechos de coral.

Ella estudió el cuerpo —sus branquias
eran rendijas—
luego lo alzó de un tirón
sobre la palma
de su mano

(como un gigantesco globo,
como una ballena hinchada)
y se apresuró a casa, con él.

Pero siempre te estabas ahogando,
agitándote en el océano. Si te sacudías las olas
y nadabas a la orilla, ¿qué podías decir
que no fuera un engaño? «Malvado, malvado, malvado»,
esa es la queja de las olas. «Decir que los muertos
están muertos no es matar». Esas
olas como perros amarillos se reúnen en la costa
y te lamen los pies.

LADY FLORA

Una mujer exageradamente sensible me dijo una vez que ella preferiría suicidarse a cometer un asesinato. Yo asentí sabiamente. «Es algo elemental —dijo—, prefiero por mucho que alguien me mate, a matarme yo misma». Reflexioné su argumento. Si ella prefiere que alguien la mate —cabilé—, entonces ¿qué hay de mí?, ¿qué es lo que esperas de mí? Le pregunté con amabilidad: «¿Has pensado mucho en la manera en que quieres morir?» «¡Oh, claro! —respondió— La verdad es que prefiero una muerte bien ejecutada, a un intento fallido». Miré mis manos. Parecían las manos de un estrangulador *amateur*. ¿Qué podía decir? «Vamos a practicar, entonces».

MICROASESINATO

Él atraviesa la pradera hasta el lugar del pícnic. En su suave mirada azul hay arañas. Distribuimos los alimentos y empezamos a comer. Me distraen las telas de araña; se aferran a mi cara, se enredan en mis brazos, en mis rodillas. Me las sacudo y bebemos el vino. Las arañas atacan. Mato algunas. La comida está infestada de rastros de insectos.

Pensándolo bien, me parece que el insecticida, cuando se le usa en defensa propia, es una de las variedades de asesinato menos atroces. Existe una secta de monjes jainistas que llevan puesto cubrebocas quirúrgico y limpian su espacio con largas escobas antes de aventurarse a dar cualquier paso. ¿Acaso sienten algo? (Yo no siento nada.) Tal vez ejercen la compasión.

ATAÚDES DE CRISTAL

Había dos ataúdes de cristal. El príncipe estaba en uno y Blancanieves estaba en el otro. Aunque el sol brillaba y las hojas caían sobre su superficie, el cristal permanecía intacto. Ambos eran como bellas marionetas envueltas en papel celofán esperando volver a la vida. Los enanos no eran mineros, sino expertos cibernéticos, sabios mecatrónicos haciendo hasta lo imposible para provocar el sueño. De pronto salta un pensamiento, un impulso súbito: «Escupe el pedazo de manzana». Blancanieves lo escupe. «Atraviesa el cristal». Su puño rompe el cristal. El sueño inicia. Avanza cautelosa, tímidamente sobre el pasto hasta llegar junto al príncipe. Pero ve que tiene el pelo blanco como la nieve. Este no es el príncipe, este es el rey, murió mientras dormía. Lo sepultan. Tiempo después vuelve a escuchar: «Escupe el pedazo de manzana». Blancanieves lo escupe. «Atraviesa el cristal». Si tuviera tiempo para considerarlo, tal vez preferiría no soñar.

LA MUJER POETA

es una rosa intratable. Posa, sorprende con su artificio. Reservada y absorta. Los sabios llegan con velas encendidas. La criatura tiene intenciones de aprender. Ella cita: «la poesía es una flor que se abre al sol, ninguna otra luz es digna». Le rinde adoración a su dios. Llega el día en que su dios se ve complacido. Ella se muestra por completo. El gran dios asiente. Ella se siente obligada a participar. No se trata de profanación, sino de una costumbre bien instituida. La práctica dicta que en este punto su pasión sea completamente pura e impersonal.

EL LIBRO DE CABECERA DE LAS PESADILLAS

Fue muy doloroso escribir este libro. Había lidiado con los temas en los que no tenía sentido usar la sátira y el humor, como en las *Fábulas feministas*, y pensé que debía comenzar a explorar temas de los que no podía reírme. La primera parte del libro se llama «De la Bebé F., con mucho amor» (Bebé F. se refiere a bebé Frankenstein, aunque en el Frankenstein original de Mary Shelley era el nombre del creador y no de la criatura. El hecho de que la criatura haya tomado el nombre de su creador en el imaginario colectivo tiene mucho de verdad y de ironía.) Aquí la bebé es una niña, y se refiere básicamente a la relación entre madre e hija. En «De la Bebé F». la criatura sabe que no siempre es amada, que puede ser una molestia, que suele ser desobediente y eso disgusta a su madre. Sin embargo, quiere sobrevivir y, de ser posible, complacerla.

La segunda parte, titulada «La criatura», narra ocasiones en que la criatura se siente herida o avergonzada, o que se siente tan fuera de lugar que debe ser silenciada «antes de que sus aullidos delaten la desgracia», como en «Bípeda».

En la tercera parte, «Instantáneas de Calibán», comencé con la imagen de una criatura despreciable, a quien había imaginado como un Calibán femenino. *La Tempestad* siempre ha sido mi obra favorita, había calado profundo en mi imaginación y conformaba una reserva a la que podía recurrir siempre que la necesitara. Cuando comencé, mi intención era destruir a Calibán. Representaba todo lo que me disgustaba —tal vez acerca de mí misma—. Era fea, terca, egoísta. Sin embargo, no pude acabar con ella. Al ir trabajando en esa serie, Próspero se fue convirtiendo en un irritante patriarca, y Miranda en una chica rencorosa quien, no obstante, alcanza a tener cierta claridad. En cuanto a Calibán, aunque aprende algunas cosas, hay algo en ella que resulta incómodo, sigue siendo «monstruosa», bestial, y por lo mismo, simpática.

DE LA BEBÉ F., CON MUCHO AMOR

FRAGMENTO

Amamos a esos caballeros generosos, quiero decir,
a tu propio padre y al padre de tu hija.
Pero en nuestro largo linaje,
¿dónde están las mujeres?
Sé que debería estar orgullosa, pero me siento
como una pordiosera. ¿Es del todo ilegal mi gran vanidad?

BLANCANIEVES Y ROSA VERDE

Había una vez dos hermanas; una se casó y la otra no. O había una vez dos cerditas, una fue al mercado y la otra se quedó en casa. O una hermana era hetero y la otra no. El punto es que cualquier cosa que hiciera una, la otra no lo hacía; lo que una hacía bien, la otra lo hacía mal y ambas eran una gran decepción para su pobre madre. Por suerte, las dos hermanas se amaban entre sí. Al ver que su madre se volvía cada vez más y más infeliz por su causa, le propusieron que las cortara por la mitad, y que con las dos mitades buenas formara una sola hija perfecta. La madre se negó llena de indignación, pero a tal punto llegó su infelicidad, que las diligentes hijas fueron a ver al cirujano. El cirujano las cortó por la mitad con mucho cuidado, intercambió las mitades y las volvió a unir. Sin embargo, al final seguían siendo dos hijas. Ese era el problema. Cuando volvieron a casa dijeron a su madre: «Elige a la hija buena». Pero la madre se puso furiosa. «Lo hicieron para burlarse de mí —las regañó—, ambas son malas hijas». Al oír esto, la hermana buena se puso a llorar, mientras que la hermana mala sonreía satisfecha.

NO ERA PIGMALIÓN

Y tampoco era Galatea. Éramos tú y yo. A diferencia de Galatea, yo no era perfecta. Debía crecer. Y tú no eras escultora. Eras, más bien, jardinera. Y si tú eras jardinera, yo era algo así como un arbusto. Un pequeño y bello arbusto, en un jardín muy bien cuidado. Era obediente y me brotaban hojas tiernas. Podía quedarme muy quieta ante tus ojos que resplandecían como soles gemelos. Hasta que una noche, me atrapaste in fraganti. Pensé que estabas dormida. Había desenterrado mis raíces y daba de saltos por aquí y por allá. Tú me observabas en silencio, hasta que dijiste: «Una planta con pies no es algo natural». Puedo asegurarte, madre, que el esfuerzo que requirió fue muy doloroso.

BÍPEDA

Ahora que me golpeaste,
debo limpiarme los labios
y sonreír en silencio,
o no sonreír en absoluto,
pero de alguna forma mostrar
que soy noble, no indecente.
Y el perro dentro mío,
que gime
tan lastimero,
y quisiera lamerte las manos
—se siente caído en desgracia—
ese perro debe ser silenciado
antes de que sus aullidos
delaten la desgracia.
Pero yo soy el perro.
Fui yo quien aulló,
yo a quien lastimaste.
Sentí el dolor.
Y ahora soy yo
quien me desprecia.

LAS PIELES DE FOCA, COMO LO VIO EN TELEVISIÓN

Una hembra de la especie
ha ido demasiado lejos. El elefante marino ruga
y se lanza tras ella.

Rollos de grasa
se mueven, aceitados. Quisiera
reirme

pero aguanto la respiración
para lo que sigue.

¿No puede la hembra huir?

¿Quizá la hembra
no desea huir?

El locutor dice:
«El macho de la especie
es cuatro veces mayor,
pero las hembras
casi nunca resultan heridas».

El elefante marino choca con ella.

Es un golpe
directo a la cabeza.

(Ella tiene una cabeza tan lisa
y hermosa).

Ella cae.
Con un aletazo descuidado
él la somete
y se la lleva.

El resto no se muestra.

Otra toma larga,
otro elefante marino;

su playa

está cubierta de agua.

«Pero nada lo detiene».

Las pruebas lo demuestran.

Agarra a una hembra.

Hay una ruidosa pelea,
y una cabeza lisa

es forzada a hundirse.

El locutor

está muy emocionado.

Me siento herida. Me duele

la cabeza.

EL CUADERNO DE CALIBÁN

Lo soñaron todo. No hubo tormenta
ni naufragio; nadie vino. El príncipe Fernando
era una roca o un árbol. M lo soñó.
Le dijo al árbol: «Inclínate con gracia»,
y el árbol se inclinó con Ariel dentro.
En cuanto a la venganza —aquel deseo del viejo—
incluso en su sueño ellos no cambiaron,
no del todo; aún intrigaban, se confabulaban
—como en una obra— hasta que Ariel, otra vez,
fue enviado a intervenir.

Y nunca se fueron,
pues aquí seguimos, M y yo
y el viejo chocho de P, todavía aislados,
aún adoloridos, oteando el horizonte
en busca de compañía.

(De la serie:
Instantáneas de Calibán)

INSTANTÁNEAS DE CALIBÁN

A veces la aérea sustancia de Miranda
se vuelve tan fina que yo soy el cielo,
el aire que respiran, el azul de su océano.
Soy tan puro, tan blanco, que puedo adoptar
cualquier color, caber en cualquier molde, ser un pájaro
o un arbusto, una cosa o un sueño.
Y luego entiendo que es mi alma
y no mi cuerpo la que se ha diluido tanto.

(De la serie:
Instantáneas de Calibán)

PRÓSPERO

¿Yo los hice? Doncella y monstruo
¿y luego los desdeñé?
¿Hubo algo en mí
que los alimentara y sostuviera?
¿Son míos o de sí mismos?
No me atrevo a reclamarlos.

(De la serie:
Instantáneas de Calibán)

CONVERSACIONES DE LA VACA

Si las *Fábulas feministas* fueron mi manera de entrar al feminismo, *Conversaciones de la vaca* sería mi reacción a sentir que debía tomar partido en esa corriente. Lo escribí como una lectura para antes de dormir dedicada a Hilary Clare (también conocida como Christine Donald), quien había sido una de mis iniciadoras en el feminismo en su forma más palpable. Tal vez era que me resultaba doblemente liberador poder reírme con ella. Me había regalado un diario con un montón de páginas en blanco, y yo garabateaba en él todos los días. Vaca se escribió prácticamente solo y muy rápido. No lo pensé como un libro, era un espacio privado para escribir y divertir a Hilary (y a mí). Usé nombres verdaderos, incluido el mío, aunque después los cambié. Conservé mi nombre porque pensé que si iba a hacer bromas de lesbianas feministas comprometidas con la causa, lo justo sería comenzar por mí. La otra razón para usar mi propio nombre fue dejar claro en una palabra que quien hablaba era una mujer india, sin tener que dar explicaciones largas y poco elegantes.

Vaca no es un libro antifeminista, pero todos alguna vez hemos caído en el absurdo; en particular cuando se persigue una causa con tanto celo. Resulta lógico que tuviera dificultades tanto con la lucha de las mujeres, como con la de los homosexuales. La premisa principal era cuestionar los estereotipos de género. Pero si cuestionaba los estereotipos de género, entonces carecía de sentido etiquetar a los diversos grupos de «hombres», «mujeres», «heterosexuales», «homosexuales». Es verdad que la política suele requerir ese tipo de simplificaciones, y que es inevitable que haya cierto nivel de generalización; el lenguaje tiene pronombres, pero yo no me sentía cómoda con eso, en particular con la noción de una identidad rígida.

Me parecía que de cierta forma, en el pensamiento occidental todo mundo estaba comprometido con la búsqueda de identidad, y que ese podía considerarse el tema de cada uno de los libros. Es difícil para alguien que viene de un contexto hindú no pensar en la identidad como algo hasta cierto punto arbitrario. Incluso la más descarnada versión de la rueda de ascenso / desprestigio lo sugiere (uno es quien es, de acuerdo con qué tan bueno o qué tan malo hayas sido en tu vida anterior). De niños nos dicen (lo entendamos o no) que el principal objetivo no es alcanzar una identidad particular, sino desprendernos de las particularidades de la identidad. Creo que eso es lo que me permitió poner a la pobre Suniti como personaje de diversas situaciones en las que se siente confundida, indignada y, a veces, muy tonta. Suniti es suficientemente inteligente para saber que quien ella es depende de quién es en relación con alguien en particular, y también de cómo la perciben los otros. En consecuencia, lo que le resulta más difícil de sobrellevar son las metamorfosis que atraviesa Bhadravati, La vaca de los mil deseos: de vaca a Baddy (una cerda sexista), a la bella B (de quien Suniti se enamora), a Bud, que la fastidia al tomar el mando, a S2 (un duplicado de Suniti, con quien Suniti no se lleva nada bien), y de nuevo a una vaca que pasta bajo el sol del verano. Conforme la vaca va cambiando, Suniti cambia también, hasta que al final ella se conforma con ser alguien y nadie a la vez.

Lo que se presenta a continuación es el primer capítulo. Conforme avanza la historia, las situaciones en que se ve envuelta la pobre Suniti se vuelven cada vez peores (o cada vez mejores).

YO, LA MANIFESTACIÓN

Estoy de rodillas y espero a que la diosa se manifieste. Al abrir lo ojos veo a La vaca de los mil deseos de pie ante mí, sobre la hierba. Narcisos y crocuses florecen a sus pies. Sin embargo me resulta ligeramente incongruente que la vaca sea una vaca brahmán. Eso me gusta, pero no sé qué es lo que se supone que tengo que hacer con esta diosa. ¿Nos hacemos amigas? ¿Debo convertirme en su compañera de viaje? Observo con sospecha su lomo huesudo. Le acaricio el hombro, le rasco la frente, la zona entre los cuernos curvos. Por fin la vaca da señales de estar viva y resopla fuertemente sobre mi camiseta. Yo retrocedo un paso o dos.

—Oh, vaca —digo—. ¿Tienes inconveniente si me convierto en tu compañera de viaje?

—¿Cuáles serían los términos? —pregunta la vaca.

—Son negociables —le respondo—. Tal vez mientras paseamos podemos discutir el asunto.

Caminamos la vaca y yo hasta el final del parque. A una por lo general le gusta tener cierta información acerca de nuestros futuros compañeros, pero ¿por dónde comenzar?

—¿Desde cuándo llegaste a Canadá? —le pregunto.

—Oh, hace unos cuantos años. ¿Cómo supiste que soy una vaca inmigrante?

¿Cómo no entrar en el terreno de lo personal? O mejor dicho, ¿cómo podría ser personal y también político?

—Yo también soy de India —supongo que esto debía ser un *non sequitur*.

—Oh —dijo la vaca. Sí, en efecto lo es.

—Bueno, lo sé por tus cuernos —continuo—. Esa hermosa curvatura no es común en las vacas occidentales.

—Así es —responde ella, y parece complacida.

Yo me siento un poco abrumada.

—¿Bueno, y entonces qué hacemos?

—Podemos ir a tu casa a platicar.

—Claro —digo y me quedo pensando en los muebles. Es una casa diseñada principalmente para humanos.

—Hay escalones —me atrevo a decir.

—Okey, no hay problema —responde ella—. Puedo subir escalones.

Me doy cuenta de que usa ciertos americanismos. Seguimos caminando.

* * *

Una semana después la vaca llega de nuevo a mi casa a tomar un trago: whisky escocés con agua (qué colonial). Se lo sirve en un tazón.

Yo trato de averiguar cómo se gana la vida.

—¿De qué vives? —le suelto de forma repentina.

—Estoy afiliada a un programa de bienestar social —responde—. Pero las colectas en India son mucho mejores. Allá se supone que nos adoran como diosas. No es que lo sea, pero el clima es más cálido.

—¿Te dan un cheque? ¿Cómo lo firmas?

—No soy iletrada —eso me queda claro.

Me propone que la acompañe a visitar a unas amigas.

—Ellas también son vacas —dice. Lo afirma como la declaración de un hecho incuestionable, aunque me parece que debe pensar que lo ignoro. Decido esforzarme por causar una buena impresión.

—Pide prestada una *van*, viven en el campo.

Ella debió haber dicho «por favor», pero de todas maneras rento una *van* y conducimos hacia el este hasta llegar a un campo de vacas Hereford. La vaca brahmán salta por encima de una cerca para ir hacia ellas. Siento un absurdo arrebatado de orgullo nacional: ella es mucho más elegante comparada con las demás. Espero a que me llame. Las vacas asienten y rozan sus narices entre ellas.

Por fin la vaca regresa.

—¿Tienes credenciales?

—¿Licencia de manejo? ¿Tarjeta de crédito?

—No, estúpida, que si tienes SPCA[4], Greenpeace, membresía del zoológico, alguna cosa de esas.

No tengo. Estamos en un atolladero.

—Puedes decirles que soy vegetariana —sugiero con voz titubeante.

La vaca me dirige una mirada aguda.

—Muy bien —dice y se da la vuelta abruptamente. Empezamos a caminar hacia las otras.

—Debo informarte —me dice la vaca— que esta es una comunidad autosustentable de vacas lesbianas.

Observo a la vaca con mirada interrogante. ¿De modo que la vaca y yo tenemos algo en común?

La vaca más grande nos saluda.

—¡Hola! Debo informarte que... —comienza a decir.

—Sí, ya lo sé —respondo y pienso que debo ser más cuidadosa con esas interrupciones. Pero sigamos con el asunto— ¿Cómo le hacen con sus hijos?

—¡A.

Bueno, se les da la brevedad.

—¿Y qué hay de los derechos de propiedad?

—Estamos peleando por ellos en los tribunales.

—¿Cómo? —pregunto tratando de no sonar inadecuada— ¿Cómo le hicieron, de entrada para adquirir las tierras?

—Por testamento. Hubo una vez una lesbiana muy resuelta que estaba decidida a dejar todo cuanto tenía por una buena causa.

Quien habla es una segunda vaca. Es el momento de que nos presentemos.

—Me llamo Suniti —digo.

—¿Su qué?

Les digo otra vez mi nombre, pero lo entienden mal.

—Bueno, te vamos a decir Sue, porque es más corto. Igual que como hacemos con Baddy.

Su verdadero nombre es Bhadravati. Miro a la vaca y ella aparta la mirada. Más tarde ella me dirá: «Vas a tener que acostumbrarte». Pero en ese momento les digo fuerte y claro:

—No, no me van a decir Sue solo porque es más corto.

Se hace un silencio incómodo. Luego las demás me van diciendo sus nombres.

—Yo me llamo Boudicca —dice la vaca más grande. Tal vez se da cuenta de que empiezo a sonreír—. Me gustó tu nombre —dice con una simpleza que me desarma.

—Yo me llamo Cowslip —dice la segunda vaca—. Yo hago la mayor parte de las negociaciones de la comunidad. Evito los conflictos.

La miro y veo que es una vaca muy vaca. Es decir, realmente parece una vaca.

—Hola —le digo—, mucho gusto en conocerte, Cowslip.

—El gusto es mío, Snooty —responde y se me tensan los músculos de la quijada. Me pongo de malas con las otras tres vacas, cuyos nombres resultan ser Lou-Ann, Ariadne y Sybilla. Sybbie, porque es más corto.

—Entonces ustedes dos son de India —dice Lou-Ann—. Fantástico.

—¿Por qué dices que es fantástico?

—¿Por qué? Bueno, porque sí. Ustedes deben saberlo. Ustedes deben decirnos por qué.

—Es muy amable de tu parte —le digo con exagerada amabilidad, como queriendo ser ligeramente ofensiva, pero ellas no se dan cuenta.

—Oh, yo siempre he querido viajar a India. Sueño con ir. Apenas anoche tuve un hermoso sueño acerca de eso —dice Sybilla, por supuesto.

Nos cuenta su sueño, una parte. Lo único que me queda claro de lo que cuenta es que en el sueño ella juega un papel relevante.

Boudicca decide que es momento de ser amable:

—¿Por qué no vienen a cenar con nosotros y se quedan a dormir?

Mi corazón se hunde, pero Baddy parece realmente encantada.

Baddy y Sunny, ¿dónde acabará esto?

—Seguro —dice ella—, gracias.

Yo conjuro visiones de sopa de diente de león hirviendo. No, ni siquiera hirviendo. El problema es que no soy vegetariana, pero este no es el mejor momento para confesarlo.

La cena es tan mala como esperaba. Casi no hay nada que yo pueda comer. Miro a Baddy esperando que ella no se dé cuenta y descubra la verdad, pero está muy ocupada platicando con Ariadne. Parece que flirtean. Mi mal humor empeora cada vez más. Se me ocurre pedir algo de leche, pero cuando levanto la mirada hacia las vacas de pronto me veo sorprendida por una extraña timidez y no vuelvo a decir nada. Trato de tragar un poco de hojuelas de avena con agua fría.

Finalmente Lou-Ann se da cuenta.

—Tengo un paquete de bizcochos. Los compré en una tienda del centro. Tal vez te gusten.

Los acepto agradecida. Boudicca y Lou-Ann expresan su preocupación:

—Debes asegurarte de comer suficientes vegetales...

Hablamos de comida. Trato de ser muy cuidadosa, creo que sería mejor hablar de algo más. Lo intento, pero Sybilla me interrumpe:

—El otro día tuve un sueño —dice con voz pausada— en el que me convertía en una vaca carnívora... —todas la escuchan— lo raro fue que ¡cómo me gustó!

—Yo también tuve un sueño curioso —señalo nerviosa—, era acerca del Gliptodonte... un mamífero extinto... un antepasado muy lejano de...

—¿Y a quién te comías? —pregunta Baddy.

Nadie me escucha a mí, ni siquiera yo. Todas esperamos atentas la respuesta de Sybbie.

—Un pastel de cumpleaños —pobre Sybbie patética, pienso con alivio, pero Baddy es realmente implacable.

—¿Qué forma tenía?

—Bueno... —Sybilla divaga, luego me señala a mí— Tenía la forma de ella, solo que, por supuesto, era rosa con blanco.

Las manos y los pies se me ponen fríos como hielo, pero la mejor ofensa es la defensa... o ¿era al revés?

—¿Y tú la partiste? —digo con tono inquisitivo.

—No —dice Sybbie, y suena completamente inocente. No sé si está siendo maliciosa o si nada más es estúpida.

Pero Lou-Ann decidió que lo mejor era acabar con el asunto de una vez por todas.

—¿Y entonces qué pasó?

—Bueno, todas cantamos «happy birthday» y luego yo le di una mordida en el dedo gordo del pie.

—¿Y luego?

—En eso desperté.

Ariadne parecía extrañamente alterada.

—¿Pero a qué sabía el dedo gordo del pie? ¡Dinos, Sybbie! —realmente quiere saberlo.

Sybilla se queda pensando. Es evidente que trata de recordar el sabor.

—Sabía un poquito salado... —dice pensativa— Como mantequilla de cacahuete.

Oh, Sybilla.

Las otras por fin están dispuestas a olvidarse del asunto, y Baddy se mueve hasta quedar a mi lado, pero yo ya no necesito que me corresponda con la mirada. Estoy muy fría. Hablo con las vacas con el tono más distante (y autoritario) que puedo:

—Como ustedes deben saber, la vacas son generalmente conocidas como una especie herbívora. Cualquier cambio en sus hábitos podría resultar ciertamente desastroso.

Baddy me lanza una mirada de horror.

—Así es —responde—, eso cambiaría el equilibrio del mundo.

Boudicca se hace cargo ahora:

—Es hora de limpiar —dice y se levanta—, y de encontrar una litera para nuestras invitadas.

Pone cierto énfasis en la última palabra. Baddy y yo tratamos de ser de utilidad. Siento que he sido descortés, y no me parece justo. Me siento molesta.

Por lo visto, parece que Baddy y yo tendremos que dormir juntas en la misma cama. Me acuesto tan lejos como puedo, pero más tarde empieza a hacer mucho frío y me acurruco cerca de ella, y ella apoya ligeramente una pezuña sobre mi hombro.

* * *

—Baddy, tengo mucha hambre, voy rápido al pueblo a buscar algo de comer —le digo a la mañana siguiente, con tono casual, como sin darle importancia.

—Mi nombre es Bhadravati —responde muy seria.

—Perdón. Te decía que voy rápido al pueblo...

—Iré contigo.

Cómo le explico que no quiero que vaya conmigo.

—Okey, vamos —accedo al fin.

Manejo hasta un restaurante de pizzas, entramos y nos sentamos. B. se sienta lo mejor que puede.

—¿Me puede dar una pizza vegetariana, por favor? ¿Tú vas a querer algo? —Le pregunto a B.

—Sí —responde—, quiero pizza.

—Entonces que sean dos pizzas, por favor.

Lo que en realidad quería era una hamburguesa jugosa...

El gerente lleva las pizzas.

—¿Está todo bien, señor?

—Sí, gracias —respondo—, pero no soy un señor, soy una lesbiana y mi amiga es una vaca.

—¡LARGO DE AQUÍ!

Me levanto cuan alta soy (él sigue siendo midiendo treinta centímetros más que yo).

—Esta vaca es una ciudadana del planeta Tierra. Si nos echas me quejaré con la Comisión de Derechos Humanos.

El hombre empuja su pecho hacia mi cara. La vaca se levanta. Yo lo esquivo y él se para en la puerta y comienza a gritarnos. Me siento herida.

Cuando por fin estamos en la *van* me doy cuenta de que B se robó las pizzas. Comemos en silencio y regresamos a la granja. Le contamos a las demás vacas lo que nos pasó.

—Oh —dice Cowslip—, es que le dijiste quién eres. Tienes que aprender a pasar desapercibida. Permite que te explique...

Nos espera un buen sermón, así que la vaca y yo nos reclinamos y oímos.

—El mundo, tal como lo conocemos, se encuentra dividido en humanos de clase A y humanos de clase B. El resto no cuenta. Su apariencia y su forma de hablar dependen de lo que hay en la televisión, pero hay algunos factores que se mantienen constantes durante varios años. Por ejemplo, la gente de clase A no usa lápiz labial y la gente de clase B sí. La gente de clase A se extiende y abren las piernas al sentarse. La gente de clase B pide perdón por ocupar un lugar en el espacio. La postura de la gente de clase A es semejante a la de un ladrillo, mientras que la gente de clase B parece desbalanceada. La gente de clase A nunca sonríe, mientras que la gente de clase

B sonrío complaciente dos veces por minuto, y rara vez su sonrisa responde a una provocación. Ahora... es por demás evidente que las vacas tenemos todas las características de la gente de clase A. Nuestro gran tamaño y nuestra forma no dejan lugar a dudas. Lo mejor que podemos hacer es dejar que asuman que lo somos.

—¿En serio, eso es lo que hacen? —le pregunto a Cowslip.

—¡Sí! —responde puntual, y se queda de pie, bien plantada sobre sus cuatro patas.

Esbozo una sonrisa, pero el rostro de Cowslip permanece inexpresivo. Es una demostración de lo que afirma. De hecho, me siento impresionada, aunque no muy convencida. Si entendí bien, ella parece sugerir que... Me gustaría preguntarle, pero no me atrevo.

Más tarde esa misma mañana, mientras vamos de regreso, Bhadravati está muy callada y le pregunto:

—¿En qué piensas?

—Oh, en nada... Es solo que me pregunto si las vacas seremos como los hombres.

Parece que la idea no le gusta mucho.

—¿No te parece que tal vez tienen más en común con las mujeres?

Esa idea parece disgustarle todavía más.

* * *

B se queda esa noche a dormir en mi casa. Como a las seis de la mañana escucho que baja las escaleras y anda en la cocina. «Debe estar buscando hojuelas de avena», pienso entre sueños. Oigo un gran estruendo y corro a ver lo que pasa: veo a B frente a una pila de latas. Ahora recuerdo la carne en salmuera que me comí. Parece que B está furiosa.

—Eres una mentirosa sinvergüenza —me dice enojada y sale de la casa.

Me visto rápido, le doy un trago al té y salgo a la calle a buscar a B. Camino entre las calles mientras le voy preguntando a la gente: «¿No ha visto una vaca grande y blanca por aquí?», pero la mayoría finge que no me oye. Una mujer bajita y morena, que busca desesperadamente una enorme vaca blanca, bueno... supongo que es algo extraño, por decirlo de algún modo. Entro a un restaurante. El único cliente es un hombre blanco y muy alto que muerde la orilla de una rebanada de pizza. Me le quedo mirando. La forma de sus hombros me resulta, de algún modo, familiar...

—¡Baddy! —exclamo mientras le doy una palmada la espalda.

Baddy me mira con enfado.

—Baddy, perdón, te prometo que jamás volveré a comer carne. Es por culpa de Norteamérica, me corrompieron las costumbres de este lugar. Sabes perfectamente que los hindús no comemos carne.

El mesero aparece.

—Traiga una hamburguesa para la dama —gruñe Baddy.

—Sí, señor.

Llega la hamburguesa, pero no la toco. Baddy se acaba la pizza entera y le doy mi billetera. Baddy paga y sale, yo voy tras ella. Cuando ambas estamos fuera del restaurante me ve y me hace un guiño, pero después se acuerda de que está enojada conmigo y frunce el ceño.

—Baddy —le suplico—, tenemos que hablar.

Ella gruñe en respuesta. Avanza por la calle con paso arrogante, empujando a todo mundo. Una

o dos personas caen fuera de la banqueta. La sigo. Cuando llegamos al cruce, Baddy se atraviesa con el semáforo en verde. Un coche deportivo tiene que dar un frenazo. La conductora es una mujer. Ella grita algo y Baddy le responde:

—¡Cállate, chingado coño!

Estoy horrorizada. Ya no estoy segura de querer hablar con Baddy, pero estamos de regreso en mi casa.

—Baddy —le digo—, no eres un hombre, eres una vaca lesbiana, ¿cómo pudiste decir algo así?

—¿A quién chingados estás llamando vaca, eh? ¿Eh? —luego sonrío— ¿Viste su cara? —pregunta con tono travieso.

No me hace ninguna gracia. Sí, vi su cara. Justamente por eso no me hace ninguna gracia, de modo que le repito la pregunta:

—¿Cómo pudiste decirle algo así?

—Era parte del papel —empieza a dejar su acento norteamericano y parece sentirse un poco incómoda.

—Pero hay muchos tipos de hombres, Baddy. Si tenías que aparentar, por qué no te hacías pasar por un hombre amable?

—No puedo. No tengo dinero.

—Baddy, esa no es respuesta.

—¡Claro que lo es! —regresa a su acento norteamericano— Okey —dice sacudiendo sus cuernos con descuido—, la siguiente vez seré todo un caballero.

—Baddy, tu actitud no muestra que estés arrepentida.

—Tampoco la tuya, Sue —responde con rudeza—. Tampoco la tuya. ¿Qué hay del desorden que tienes en la cocina?

Eso me recuerda que todavía tengo hambre. Arrojo al basurero las latas de carne y abro una lata de espárragos.

* * *

Durante los siguientes dos días Baddy y yo casi no nos hablamos, pero el miércoles encuentro un montón de paquetes sobre mi escritorio. La vaca se acerca y se queda de pie a mi lado. Sonríe y señala los envoltorios.

—¿Son para mí?

La vaca asiente.

—¿De dónde los sacaste? —creo que hay algo en mi tono que no acaba de gustarle. Su acento norteamericano regresa:

—Rayos, Sue —pronuncia las palabras con una lentitud exagerada, como parodiando no estoy muy segura de a quién—, solo paseaba por la farmacia y le dije a la nenita...

—A la vendedora —interrumpí.

—Eso —dice Baddy sin inmutarse—. Le dije a la nenita rica vendedora que quería que mi chica, Sue, se viera un poco más lista, ya sabes, que empezara a arreglarse como una verdadera mujer. Entonces le pedí a la nenita rica vendedora que por favor me ayudara a reunir algo de maquillaje básico. No, espera, no le dije «por favor», solo le dije lo que quería, y ella, muy

contenta, se apresuró a buscarlo.

Espero a que Baddy termine. Luego le ensarto los paquetes en los cuernos. Los labiales ruedan por todos lados, el maquillaje se esparce sobre la cabeza de Baddy y un tubito delineador rueda por una de sus orejas. Se ve chistosísima y empiezo a reírme. Al mismo tiempo me doy cuenta de que está llorando.

Me disculpo.

—Lo siento, Bhadravati —le digo—, es que tu actitud me saca de quicio.

Voy por toallas de papel y le limpio la cara. Nos sentamos y bebemos un té. Ella todavía suspira, pero me gustaría que me diera una explicación.

—Fue muy dulce de tu parte haberme traído todos esos regalos —le digo paciente—. A propósito, ¿cómo los pagaste?

—Con tu tarjeta de crédito —murmura con la nariz tapada con la toalla de papel con que se limpia. Lo dejo pasar.

—Sí, bueno, como te decía... Fue muy lindo, pero ¿cuál es el objetivo? ¿Qué querías?

—Quería que te convirtieras en un humano de clase B —dice sin reservas. La respuesta es obvia, por supuesto, pero de todas maneras al oírla me quedo pasmada.

—¿Pero por qué, Bhadravati? ¿Acaso no te gusto así como soy?

—Sí, claro, me gustas, Suniti —Bhadravati dice con seriedad— Pero... es que... tenemos que sobrevivir, ¿sabes? Y pensé que tal vez si tú te disfrazas como humano de clase B y yo me disfrazo de humano de clase A, nos podría ir mejor. Podríamos vivir aventuras, ver toda clase de cosas. ¿No lo has pensado? Podríamos aprender muchísimo.

Lo pienso. Me quedo enfurruñada, pero luego me escabullo al baño e intento maquillarme. Después de un rato empiezo incluso a disfrutarlo. Por fin quedo satisfecha. Bajo las escaleras y me muestro ante Bhadravati.

—¿Cómo me veo?

—Te ves encantadora —dice.

Me pavoneo un poquito.

—Pero tu piel sigue siendo morena.

—¿Y? —cuestiono desafiante, pero Bhadravati está de buen humor.

—Está bien —dice con un guiño—, así das el gatazo.

—Vamos, Bhadravati, hagamos la prueba. Vamos a dar un paseo —le digo emocionada.

B se levanta y me abre la puerta con una sofisticada reverencia. Salimos. Un señor entrado en años se levanta el sombrero al vernos, y su esposa entrada en años nos sonrío. Parece que todo mundo nos acepta. Me siento tan bien, tan segura, tan respetable, que... ¡hasta siento que pertenezco!

Más tarde esa misma noche me remuerde la conciencia.

—Oye, B —digo— ¿Qué hay de nuestras identidades? ¿No será que estamos siendo falsas con nuestro verdadero yo?

—¿Ah, sí? —murmura con la atención puesta en la pantalla de la tele.

—¡B! —le insisto.

—¿Qué? Ah... —le baja al volumen— Está bien, no hay problema, la identidad es algo que fluye. ¿Qué no has oído hablar de la transmigración? ¿Y dices que eres una buena brahmán?

De hecho, no. Pero lo dejo pasar.

—Pero B, ¿qué no eres una vaca lesbiana?

—Bueno, no estoy segura —dice—. Eso suena demasiado exótico... ¿Qué tiene de malo ser un hombre blanco? —se da cuenta de que estoy molesta y deja de provocarme—. Lo único que siempre he querido es ser un animal común y corriente.

—Oh, pero lo eres. Eres perfectamente ordinaria... —respondo y de inmediato me interrumpo. Luego como idiota, trato de enmendar lo que dije— Cuando te vi por primera vez, de pie sobre tus cuatro patas en aquel campo cubierto de hierba pensé que eras una diosa.

—Y lo soy —dice de modo complaciente.

Yo me sorprendo, pero pronto ella cambia su tono.

—Continúa, qué más —dice picándome las costillas—, sigue, sigue, ya me gustó.

Por lo que veo no tiene caso tratar de seguir adelante con la conversación. B se pondrá cada vez más socarrón. Surgirá Baddy y quién sabe dónde acabaremos.

—Buenas noches —le digo y me doy la vuelta para dormir.

Sueño. Bhadravati y yo nos sometimos a una cirugía plástica y ahora tenemos rostro de mujer y los cuartos traseros y las piernas de una vaca brahmán. Ambas llevamos sombrero de copa, como auténticos caballeros. Vamos caminando por un bosque, en busca de algo. Por fin nos sentamos y la gente del pueblo se nos acerca y nos ponen guirnaldas de flores en el cuello. Quieren que les demos nuestra bendición. Me siento avergonzada, pero Bhadravati es más cortés que yo. Ella los bendice de forma excesiva y hasta les regala nuestros sombreros. Luego se abren nuestras alas y nos elevamos al cielo. Mientras flotamos a la deriva puedo sentir cómo el sol me calienta la espalda. Siento toda la buena voluntad que es posible sentir, hacia todos y hacia todo, hacia cada bendita cosa.

Me digo que no voy a contarle mi sueño a B, pero al final sí lo hago.

—Bueno, ahora ya sabemos quién eres realmente —dice entre risas—: santa Suniti sin su sombrero.

Le planto cara, pero no le digo nada.

* * *

Tres días después B me confronta.

—Suniti —dice—, tú en esencia eres una soñadora. Pero los sueños y las palabras no son suficiente. Tenemos que hacer algo.

—¿Qué?

—¿Tienes dinero?

—Claro, trabajo para ganarme la vida, ¿sabes?

—¿Y en qué trabajas? —pregunta B curiosa.

—Doy clases de literatura inglesa.

B se ríe a carcajadas.

—¡Oye! Solo porque sea mujer y extranjera, no significa que no pueda ser una profesora universitaria.

—Y lesbiana —añade B con tono pícaro—. No, pero en serio ¿literatura inglesa?

—Debo decir que los espectadores —le objeto con voz altiva— suelen tener una visión más amplia que los participantes.

Pero B no me escucha.

—Si tienes dinero, podríamos hacer algo. El dinero es poder. El dinero transforma.

—Tampoco tengo mucho que digamos —me apresuro a interponer— ¿Qué quieres decir con eso de que el dinero transforma?

B se alza de hombros.

—Ahora Supercow tiene ingresos independientes —es evidente que de nuevo ha estado viendo televisión, pero por el momento ella no aclara de dónde saca lo que está diciendo. De cualquier modo, conociendo a B, sé que regresará al punto que quiere tratar, y un par de horas después lo hace.

—Suniti, ¿me podrías dar dinero?

Lo dice de un modo tan campechano, que me sorprende.

—¿Para qué lo quieres? —le digo dando evasivas— ¿Y de cuánto dinero estamos hablando.

—Quiero irme de viaje. Quiero 500 dólares.

No creo que B comprenda cómo funciona el dinero.

—¿A dónde vas a llegar con 500 dólares?

—Voy a recorrer mil millas. A 50 centavos la milla. Uno puede hacer mucho con 500 dólares.

—¿Qué?

—Uno puede contratar a diez mujeres bien capacitadas para trabajar diez horas por día durante cinco días, a cinco centavos por hora.

—Eso daría 50.00 dólares. Pero ¿qué vas a obtener con eso?

—Pues compras su tiempo y lo añades a tu propia vida. Significa que puedes extender tu tiempo de vida mil horas más.

—Ay, B, eso no tiene sentido. ¿Qué más?

—Por dios, Suniti, ¿acaso no entiendes que el dinero es poder? Puedes volar por el aire. Puedes entrar a un supermercado y hacer como si estuvieras en medio de un tesoro gigante. Puedes pedir tres deseos y hasta te sobra. Puedes, si quieres, volverte invisible. Puedes comprar vida, tiempo, energía. Puedes hacer que la gente haga lo que tú quieras.

—Existen límites.

—Claro, por supuesto. El dinero es cuantificable. Depende en gran medida de cuánto tengas —noto que B empieza a ponerse impaciente conmigo.

—Pero B, si el dinero es poder, entonces ¿por qué te lo daría?

—Porque me quieres.

Hago otro intento.

—Pero B, si el dinero puede hacer todo eso que dices, ¿no sería mejor usar el dinero para comprar más?

—¿Más qué?

—Más dinero.

—¡Tacaña!

Le explico a B que yo vendo mi tiempo, en otras palabras, vendo mi vida, para hacer dinero. Quiero guardar algo para intentar tener un ingreso independiente. B asiente.

—¿Y qué harás con tu tiempo cuando lo tengas?

—Voy a escribir.

—¿Ves? Soñadora.

—¿Qué tiene de malo soñar?

—Nada. Justo eso, los sueños hacen que no suceda nada.

B se va. Agito la mano para despedirla. B se comporta como un adolescente que no tiene dinero. Me quedo pensando: Qué pasaría si todos los adolescentes fueran príncipes herederos? Pienso en mis primos, en India. Pienso en mis amigos de Canadá, en sus paseos de *shopping*, en la felicidad y el repentino gusto por el poder. ¿Acaso se sienten como gigantes? Me siento confundida. ¿Acaso no sería bonito levantarme, ir con B, darle sus 500 dólares y decirle: «Toma, B, aquí tienes un poquito de poder. Ve allá afuera y gástalo. Úsalo», eso me haría sentir espléndida, me daría una tremenda sacudida de poder. Me siento terrible.

Pero B no ha terminado conmigo todavía. Regresa a mi cuarto y se sienta ahí, con gesto insufrible.

—¿Qué pasa?

—Es que esta vida que llevas... ¿No has pensado que es demasiado tranquila?

De inmediato me pongo a la defensiva, pero para ganar tiempo le digo:

—Bueno, tal vez tengas razón. Hagamos algo.

—¿Qué?

—No sé, pensemos en un proyecto.

—¿Qué clase de proyecto?

—Un sueño. Un sueño realista. La paz en el mundo, la no discriminación contra las lesbianas, el vegetarianismo, una cosa de esas.

B parece molesta.

—¿Piensas que es chistoso?

—No, no, perdóname. Es que... —digo casi con desesperación— Lo que necesitamos es una transformación.

B suaviza su actitud.

—El problema contigo es que no eres práctica.

(Se equivoca. Soy una persona muy práctica...)

—Bueno, y que hay de algo más específico —me atrevo a decir—. Tal vez podría ser la búsqueda de la felicidad.

—Por favor ponte seria —B está volviendo a enojarse.

—Perdón, B, estoy tratando de ser seria. Lo que pasa es que estoy asustada. Creo que eso es lo que me hace decir bobadas.

—¿De qué tienes miedo?

—De lo tangible. El sueño tangible es un verdadero desafío.

—No digas tonterías. Tienes miedo de todo, y cuando no puedes encontrar algo... —se queda callada y camina de un lado a otro exasperada—. ¿Qué, nunca te diviertes? —me enfurruño y no respondo. B continúa— En serio, tienes que aprender a enfrentar tus temores. ¿A qué le tienes tanto miedo?

¿Acaso no lo sabe? Le tengo miedo a la gente.

—B, —digo de pronto— ¡hagamos una fiesta! ¡Vamos a divertirnos!

Ahora B está tranquila y yo me alboroto. La miro. Ella sonríe. Parece no darse cuenta de lo raro que va a ser esto.  Qu e les voy a decir? «Amigos, esta es vaca. Vaca, estos son mis amigos». Cuando el momento llega, eso es exactamente lo que digo.

* * *

Es una fiesta pequeña. Invit e a tres de mis colegas. La mayoría de ellos son blancos —no me preocupo por el color de las personas—, y completamente liberales, de eso estoy segura.

El primero en llegar es Peter.  l siempre es puntual. A veces da una vuelta en su coche o le da la vuelta a la manzana caminando para llegar a la hora exacta. Un auténtico caballero, y un ejemplo para Baddy. Me pregunto cómo se llevar an ellos dos.

Los presento. Me doy cuenta de que B está resuelta a ser amable. Le sonríe. Hablan de manera solemne acerca de los placeres pastorales, las cosas lindas del campo. B ocupa el sof a entero. Se ha puesto sobre los hombros una estola color turquesa con toques dorados. Luce magnífica. Peter, como siempre, es tímido pero galante. Pienso en la cena y en el hecho de que la comida va a ser vegetariana. Sinceramente espero que nadie haga comentarios al respecto.

Pero cuando llega Julia, lo primero que quiere saber es qué habría de cenar, para ver si el postre que traje combina bien. Elogiamos el postre y Julia me felicita por mi reciente afiliación al vegetarianismo. B no me mira. Ella y Julia hablan acerca de la ensalada, mientras Peter nos mira con afecto.

Bueno, no tenía por qué preocuparme tanto. Es evidente que la vaca tiene sus encantos. De hecho, parece que no se han dado cuenta de que se trata de una vaca.  O ser a que todos ellos son muy educados? Yo misma me siento un poco excluida. Voy a la cocina y me pongo a revolver la ensalada. Tomamos más vino. Julia dice que está empezando a darle hambre y la vaca dice que a ella también. Peter, como de costumbre, aguarda paciente. Les explico a modo de disculpa que estamos esperando a que llegue Kate. Suena el teléfono. Kate va a llegar muy tarde porque tuvo un percance doméstico. Empezamos a cenar.

Todos comemos con hambre y dicen lo mucho que les gusta la comida. Yo no digo nada. Juego con la ensalada que tengo servida en el plato. Como a la mitad de la cena, llega Karen apurada. Nos cuenta con lujo de detalle la inundación de su congelador, la comida almacenada —la gente suele comprar demasiada comida—, las coles y las chuletas cayendo en cascada al suelo de la cocina. «Oh —pienso—, esto s  que vaca no va a dejarlo pasar sin hacer algún comentario». Me escapo a la cocina, pero al regresar veo que están enfrascados en una discusión sobre criolog a. La vaca dice que ella no envidia al mamut congelado. Es una forma de inmortalidad que no le gustaría experimentar. Yo solo me quedo mirándolos.

Luego escucho que Kate conjetura:

—Me pregunto si la carne del mamut todavía estar a fresca...

Ahora s , seguro va a haber pleito.  Qu e no se dan cuenta de que la vaca es un animal? Tengo las manos sudorosas y me siento un poco mareada. Para cuando me recupero, oigo que la vaca y Kate están felices de la vida hablando acerca del consentimiento mutuo: si está bien comer carne cuando hay un consentimiento mutuo entre el que come y el que es comido. Los otros escuchan divertidos y sonríen.

Me doy por vencida y decido que voy a dejar de preocuparme hasta que al final del café oigo que vaca explica una retorcida versión de la teoría de la reencarnación. Uno se convierte en aquello que ha comido mucho. Por ejemplo, si uno a lo largo de su vida comió una gran cantidad de carne, o muchos caracoles... Los invitados parecen divertidos con el concepto. Peter dice: «Claro, esa opción nos ofrece cierta autonomía para decidir», y Julia añade: «Y el control constante, la sensación de tener nuestro destino en nuestras propias manos». Kate parece ligeramente pensativa, sin duda estará imaginando alguna dieta exótica.

Por fin se van y los despedimos. La vaca ha sido un éxito rotundo. Tengo los nervios deshechos.

A la mañana siguiente, la vaca todavía está de buen humor.

—Fue una fiesta muy agradable —me dice sonriente—. Hagamos otra. ¡Hagamos muchas! ¿No tienes más amigos?

—Ejemmm... sí, claro —finjo tener la boca llena de granola. Por suerte ella se olvida del tema. Pero sigue de buen humor y trato de aprovecharlo.

—B —digo como no queriendo—, ¿alguna vez has estado enamorada?

—Por Dios, ¡claro que sí! —una sonrisa nostálgica le atraviesa el rostro. Se inclina hacia adelante como para hablar, pero no eran sus recuerdos lo que yo quería traer a cuento. Interpongo una pregunta:

—¿Todas tus relaciones han terminado bien, B?

Parece sorprendida.

—Bueno, no todas —admite—. El hecho de que hayan terminado ya es lamentable, ¿me explico? Que una relación termine es algo lamentable en sí mismo.

A veces me gusta ver cómo se tropieza con sus palabras. De ese modo parece menos presuntuosa. Nos quedamos un rato calladas, pensando.

—B —le suelto de pronto—, creo que me estoy volviendo misógina.

—¿Qué?

—Ya sabes, una misógina, alguien que odia a las mujeres.

—Sé lo que significa —contesta—, solo que me parece un poco extraño. Después de todo tú misma eres...

—Una mujer. Sí, lo sé. Es que a veces pienso que hubo un error conmigo. El alma equivocada en el cuerpo equivocado o algo así.

—Bueno, y entonces ¿quién crees que eres?

—Tal vez soy una vaca.

—¿Vaca macho o vaca hembra? ¿Vaca lesbiana o heterosexual? ¿De *pedigree* o sin *pedigree*? ¿Qué tipo particular de vaca?

Miro a B para ver si se está burlando de mí, pero parece atenta a mi respuesta.

—Bueno, quizá una vaca no —me apresuro a decir—. Tal vez soy un caracol.

—¿Un caracol?

—Sí, los caracoles son bisexuales.

—Y como caracol... ¿te gustan otros caracoles?

—Me gusta comérmelos.

Es una respuesta honesta y me sale sin pensar. Para colmo, siento que se me hace agua la boca,

y casi puedo sentir el sabor de la mantequilla de ajo.

Pero la mirada de la vaca parece impasible. Durante unos segundos nos quedamos calladas, hasta que me pregunta:

—¿Por qué odias a las mujeres?

—Porque lastiman —se me vuelve a escapar sin pensar. No era mi intención decir eso.

—¿Qué? ¿Todas?

—No, solo sucede cuando te enamoras —ya no puedo voltear a ver a B. Clavo la mirada en mis propias manos. Pero cuando habla, su voz es muy dulce.

—Suniti, ¿qué pasa? ¿Cuál es el problema?

—Oh, no es grave. A veces pienso que es imposible seguir, involucrarme emocionalmente con alguien. No funcionó, rompimos, ya sabes, la clase de cosas que suelen ocurrir —mascullo aprisa y entre dientes.

La voz de B me sigue sonando dulce e indulgente.

—Suniti, ¿qué es lo que quieres?

—No sé, una droga, un sueño, la perfección sin que me cueste llegar a ella.

Para entonces me siento tan avergonzada, que prefiero meterme a la cama y dormir, aunque de muy mal humor.

Por la mañana me disculpo con vaca por mi comportamiento infantil de la noche anterior, pero ella no parece enojada. Se limita a señalar un frasco sobre la mesa. Parece estar lleno de cápsulas de vitaminas. Son de color amarillo limón.

—¿Qué es eso?

—Es un afrodisiaco.

No sé si habla en serio o está bromeando.

—¿Y cómo funciona?

—Te tomas una cápsula diaria y todo el mundo se enamora de todo mundo.

—¿Qué? ¿Así de sencillo? —me sorprende la falta de discriminación, aunque no lo digo.

—No, la verdad es que no es tan bueno. No siempre funciona, pero ayuda. ¿Quieres probar?

—¿Las has probado tú?

—¡Oh, claro! Me las tomo a puños.

Ahora sospecho que la vaca me está poniendo a prueba. Miro el frasco y trato de articular un pensamiento inquietante que se me vino a la cabeza.

—Vaca —le digo al fin— ¿Cómo sabe uno si funcionó o no funcionó?

—¡Ah! Eso es lo bonito del asunto —dice sonriente—. No puedes saberlo.

Trato de devolverle la sonrisa, pero me siento molesta. La vaca se ha estado burlando de mí. Salgo de la casa enojada y cuando regreso por la noche la vaca trata de hablar conmigo.

—Estás enojada.

—No, es solo que estoy cansada —no estoy dispuesta a seguir exponiéndome a estas tonterías.

—Oh, vamos, Suniti, no seas irrazonable. Sé un poco más sensible y dime por qué estás enojada.

—La vida es irrazonable. Y por lo que respecta a ser sensible, lo que hay que hacer es olvidarnos del asunto.

Me esfuerzo por que mi voz suene tranquila y firme. Endezco la espalda y los hombros.

La vaca sonríe:

—Ya, no seas enojona. Ven, siéntate, vamos a platicar.

Su propuesta me suena sospechosa.

—En serio, no tenemos nada de qué platicar —le digo con voz débil—, ambas estamos cansadas, mejor vamos a dormir. Buenas noches.

Cuando me retiro siento que estoy siendo muy paciente, muy abnegada y muy seria.

* * *

Esa misma noche sueño que la vaca se transforma en mujer. Lleva puesto un sari y está sentada en el césped, en el jardín de una casa enorme, al pie de una higuera de Bengala, y alimenta a las ardillas. Un cuervo grazna en alguna parte. Puedo oír el trinar de los gorriones. Una pareja de estorninos picotean el pasto. Yo me siento y miro a Bhadravati. Siento una gran admiración hacia ella, y también un gran amor. Ella me sonríe. Me acerco. Las ardillas corren, pero ella me acaricia la frente y sacude mi pelaje. Me siento limpia y viva y sana. Soy un perro bien cuidado. Me siento a sus pies y la miro en silencio. Soy un animal magnífico. Cuando ella se levanta para ir a la casa, yo la sigo hasta llegar a la puerta, pero como no me llama para que entre, me quedo en el jardín y me pongo a perseguir a las ardillas.

EL ASNO Y LA DAMA

Nunca conocí a P. Lal,[5] pero soñaba con conocerlo alguna vez y mostrarle mi enorme gratitud. Ahora que ha muerto ya es demasiado tarde. Fue él quien publicó mi primer libro de poemas en 1967, y otros libros de poemas en los años posteriores. No eran poemas asombrosamente buenos, pero todos necesitamos un primer impulso, y esto para mí fue muy alentador. Sin embargo, no fue sino hasta que terminé de escribir mi tesis doctoral acerca de los *Cantos* de Ezra Pound, que comprendí lo mucho que debía trabajar si quería ser una buena poeta. Juré que trabajaría en mi escritura cuatro horas diarias, seis días a la semana sin falta y sin pretextos, y que mi escritura tendría la prioridad sobre todo lo demás. Esto no significaba que iba a producir poema tras poema y página tras página de prosa limpia y bella. La mayor parte de lo que escribía se iba al bote de basura, y solo a veces, si tenía suerte, después de varias semanas, conseguía dos versos que valía la pena conservar. Me parece que «Homenaje a Circe» es el primer poema verdaderamente bueno que he escrito. Sé que suena presuntuoso que lo diga, pero después de tanto esfuerzo tal vez me sea permitida esa pequeña satisfacción.

Por supuesto, las imágenes de «De Los viajes de Gulliver» están tomadas del segundo libro de *Los viajes de Gulliver*; uno de los libros que han resonado en mí con mayor fuerza, no solo por su sátira minuciosa, sino por la brillante capacidad inventiva. Para Swift, la aparición de los gigantes era una manera más de reflexionar acerca de lo desagradable de nuestra especie. Aquí la metáfora se usa como un medio para la celebración.

Los «Versos escritos con desaliento» emplean imágenes similares. Lo escribí para alegrarme después de reprobarme mi examen de manejo en Canadá por séptima ocasión. Bueno, tal vez exagero, tal vez solo reprobé seis veces. Y no era que no pudiera manejar, había estado conduciendo durante años en India. Lo que me costó entender fue que lo que ellos en realidad esperaban era que obedeciera las reglas.

HOMENAJE A CIRCE

...this frame wee looke upon hath beene upon our
trenches; in briefe. we have devoured ourselves.

Religio Medici i, 37

Ella recompensa a sus amantes al azar
como Circe alimentando con golosinas a los ratones,
almendras a los osos,
y lo que esté a la mano
para los muchos cerdos.
La serpiente se enroscó alrededor del hombro de Circe
y delineó la curva de su oreja perfecta
con una lengua ágil.
El perrito ladró,
era un perrito bueno,
y enterró
su hocico en los cálidos muslos.
El perro, que ladraba
y reía,
tenía los ojos brillantes.
¿Soy todos los animales para ti?
Podría sentarme como un gato
y quedarme mirando
fraternalmente.
Soy todos los animales para ti,
podría ofrecerme,
sobre un ancho nenúfar,
y beber de tu copa y comer de tus labios,
convertir a los pájaros para ti, dar de comer
de tu mano —apaciguar a los recelosos.
Ella trae a los pájaros de los árboles,

dirán, ella calma a los hambrientos.

Circe,
todos los animales te adoran,
tú lo eres todo para cada uno
en el jardín tutelar, en el festín infinito.

LOS VIAJES DE GULLIVER

FRAGMENTO (edición revisada)

Me enamoré de una mujer tan alta que, para mirar sus ojos, tenía que otear las estrellas.

Altas casas como tesoros,
silencio como doncella lunar... Algún día te enseñaré
a sonreírme. Ella se balancea, suspira,
da vueltas en sueños. ¿Ha caído una pluma?
Los golpes del martillo de Thor no tienen ningún efecto.
Me han dicho que no es natural
amar a las gigantas.

Por las mañanas los pequeños perros ladran.
Las gigantas se pavonean y usan los árboles caídos

[como mondadientes,

mientras nosotros estamos ahí, admirando sus muslos,
en escorzo, por supuesto,
pero increíblemente hermosos.

Un día ella me levantó del suelo y me colocó
sobre su pezón. Traté de cabalgarlo, pero consideré mi
posición —demasiado complicada.

Dormir para siempre en los brazos de mi amada,
hacer de su cuerpo mi casa y habitación...
Ella me mantiene como haría con un parásito personal.
No es remilgosa.

Una vez,
los alegres y hermosos se reunieron.
Ella me llevó, me bañó
y me besó. Me puso un traje

de seda color azul pálido y me lanzó a navegar
en una tibia taza de té. Ahí
luché contra la tormenta de sus carcajadas.
Me porté como un valiente.

Adoro escucharla reír,
y no me gustaría ver su pesar,
pero una taza de salmuera hubiera sido
más apropiada. Podría navegar en esa taza
al vaivén de sus suspiros.

Ella me sacia con la leche
de gigantas sanas:
«Pobre hombrecito,
¿acaso nada te hará crecer?»
Yo crezco. Estoy creciendo. Deberías
verme en sus sueños.

VERSOS ESCRITOS CON DESALIENTO

Cabalgué en un dinosaurio
 (cuerpo morado, adornado de verde)
y cabalgué sin silla
 directo hacia el centro
de una gran ciudad, y pensé que ellos
 me concederían
un pequeño triunfo, pero no hicieron nada.
Me bajé de su lomo (convenientemente rugoso)
 y me quedé ahí, sin más,
sosteniendo la brida —todavía nada—
me cansé, me columpié
 hasta su mandíbula inferior,
me senté ahí un rato, bostecé, abrí la puerta,
 y entré.
Luego los observé a todos
 a través de los ojos como torretas.
Si hubiera matado a la bestia, habría provocado
 un revuelo.
Si hubiera desenterrado sus huesos, se habrían acercado
 a mirar.
Si la hubiera donado a un zoológico, habrían pagado
 por verla.
Pero este glorioso gigante, este prodigio del poeta,
 esta metáfora ingente, no complace a nadie.

CARNE Y PAPEL

Conocí a mi compañera de vida, Gillian Hanscombe, en la Primera Feria Internacional del Libro Feminista, en Londres, en 1984. Teníamos amigos en común y ella presidía un panel de poesía al que me habían invitado. Cuando regresé a Canadá empezamos a enviarnos correspondencia y más tarde intercambiamos algunos poemas. Con el paso del tiempo nos dimos cuenta de que, sin proponérselo, habíamos escrito un libro juntas. Lo titulamos *Carne y papel*, una secuencia de poemas amorosos que no nos molestamos en firmar con nuestro respectivo nombre. En la introducción señalamos de forma muy enfática que para dos mujeres que tratan de vivir juntas todo es diferente. Ahora que vivo en Occidente ya no estoy tan segura: a veces me siento extraordinariamente ordinaria, como personaje de telenovela.

«Todas las palabras» utiliza las imágenes de *Alicia en el País de las Maravillas* y *A través del espejo*. Como en *Los viajes de Gulliver*, estos dos libros también calaron muy hondo en mi imaginación.

«Especie perdida» se inspira en esa pintura de Henri Rosseau (*The Equatorial Jungle*), en la que dos criaturas de apariencia peculiar se asoman desde una selva exuberante. Me pareció que debían ser poetas...

TODAS LAS PALABRAS

Todas las palabras se lanzaron al aire como las cartas de Alicia, como pájaros al vuelo, formando, reformando, desviándose y levantándose, y cada palabra dice que es amor. El gato dice que es amor. Dice: «Yo soy y yo amo». Y el cervatillo en el bosque que perdió su nombre, come de tu mano. Te dice: «Mi nombre es amor». Y todo el bagaje del caballero blanco se agita y grita que es amor. E incluso la azucena, incluso la rosa declaran solo que son ellas mismas. Y dicen que son amor. Todas las pequeñas palabras dicen que son amor, el espacio intermedio, el enlace y la lógica del amor. Y no puedo hacer ningún progreso en esta lengua embriagadora, y de repente y ahora, tú eres, yo soy, y nosotras amamos.

ESPECIE PERDIDA

The Equatorial Jungle
HENRI ROUSSEAU

Sucedió una vez que un intrépido naturalista se topó con una tribu de criaturas exóticas. Parecían ser entre conejo y cerdito, pero debían ser más bien simios, o posiblemente hienas. «¡Ajá! —dijo el naturalista— ¡Esto es un verdadero descubrimiento! ¡Voy a ser famoso!» Tomó muchas fotografías —para las cuales los seres posaron de manera dócil, aunque con algo de timidez—, después regresó a la civilización. Quería convencer a inversionistas millonarios de financiar una expedición. Pero los millonarios dudaron. «¿Para qué sirven esos seres?», preguntaron con curiosidad. El naturalista sintió que era un tonto porque se le había olvidado preguntar, así que regresó a ver a los monos, ¿o eran cerditos? y les dijo: «¿Ustedes para qué sirven?» Pero ellos se le quedaron mirando, retraídos, sin decir nada. El naturalista se impacientó: «¡Me refiero a que si su carne se come o su pelaje sirve para hacer abrigos!» «No —murmuraron entre sonrisas de desaprobación—, no servimos para eso». «Bueno, pero entonces su selva servirá de algo». «Seguramente sí, algo de esta frondosa masa verde será de utilidad». Para entonces el naturalista estaba muy indignado, pero los cerditos no dejaban de sentirse perplejos, sonreían ansiosos, en verdad querían ayudarlo. «Bueno, entonces ¿qué cosa son? —gritó desesperado el naturalista— ¡Qué es lo que hacen?» «Ah, somos poetas. No hacemos nada útil», dijeron llenos de certeza, contentos de haber dado por fin una respuesta satisfactoria. El naturalista se fue y nunca más volvió, y hasta donde yo sé, estos pandas improductivos, o tal vez pangolines, continúan prosperando hasta nuestros días.

FÁBULAS DE LA BURRA AZUL

Estas fábulas parten de una pintura de Marc Chagall donde aparece un burro azul, la que tiene un puente rojo brillante y un jarrón de flores. Siempre me han gustado las figuras flotantes de Chagall, su inocencia, su despreocupación. La imagen de la Burra Azul persistía en mi mente y seguía produciendo más y más fábulas.

Es verdad que la fábula es una forma didáctica, pero eso no significa que yo me siente y diga: «Ahora voy a escribir una fábula para dejar claro tal punto o señalar tal o cual principio moral». Con frecuencia, al menos para mí, las fábulas se detonan a partir de una imagen. La criatura que me mira es tan elocuente, que la fábula comienza a escribirse por sí sola. Y una vez que la criatura empieza a hablar, la fábula desarrolla su propia lógica. Las convenciones de la narrativa tradicional y su poderoso ritmo generan un impulso que, por sí solo, puede usarse para despertar en el lector una forma de conciencia que lo lleva a un inevitable, aunque sorprendente final.

A veces, la chispa inicial de una fábula es disparada por algo que oí decir a alguien. Una vez escuché que alguien decía: «Tú eres tan feo y yo soy tan hermoso». Esa frase se me quedó en la mente, y fue así como escribí «El ratón y el león» de las *Fábulas feministas*, al menos en parte. Esto es lo más preciso que puedo explicar cómo escribo las fábulas y los poemas. Parte del proceso se trata de esperar. Esperar a descubrir que la anécdota esté lista para ser escrita. El resto es trabajo arduo: limpiar y pulir, pulir y limpiar, hasta que el texto esté lo más limpio y claro posible. Así que, trabajo intenso y paciencia; paciencia y trabajo intenso. No hay mucho más que decir de la vida de un escritor. Aunque se siente una satisfacción enorme cuando algo sale de la forma en que debería.

Recuerdo que al escribir las *Fábulas de la Burra Azul* quería concentrarme en la hechura, en la técnica. Estaba un poco harta de la política y sentía que necesitaba afilar mis habilidades de escritura. Incluso me ponía a mí misma ejercicios muy específicos, por ejemplo «escribe un soneto», de ahí surgió «¡Mira, Medusa!» o «escribe una copla heroica» y de ahí surgió «Entre tigres». Algunas de las fábulas tienen que ver con el problema de escribir desde la periferia, por ejemplo, «En la polvosa distancia», «La mona tuerta publica un libro» se escribieron porque la Women in Publishing de Londres me pidió que hablara brevemente acerca de la experiencia de que publicaran mis textos. Las otras dos ponentes fueron Angela Carter y Michèle Roberts, quienes sabían mucho más que yo. Tenía la sensación de que se suponía que yo debía decir algo que tuviera que ver con la discriminación en contra de las escritoras del Tercer Mundo. Era tremendamente incómodo. Así que pensé que encontraría una salida al asunto si escribía una fábula. Supongo que es así como se escriben las fábulas.

LA BURRA AZUL

Había una vez una Burra Azul que vivía junto a un puente rojo. «Eso es antiestético —dijeron los concejales que gobernaban ese pueblo—, una burra que vive junto a nuestro puente rojo debe ser del blanco más sedoso y puro. De otro modo nos veremos obligados a solicitar que dicha burra sea removida del lugar». Pronto el tema se convirtió en asunto político. Unos decían que la burra jamás había sido ni tendría por qué ser blanca, lo que se le pedía a la burra era extremadamente injusto. Por otro lado, si se le pidiera a la burra ser de un gris común y corriente (en lugar de un azul chillante y ridículo), estarían dispuestos aceptar la solución como una salida razonable. Los opositores, no obstante, decían que «El hecho de que los burros no sean comúnmente blancos no significa que la burra en cuestión sea incapaz de alcanzar la blancura. ¡Su postura impone una limitación arbitraria al potencial de la criatura!» «¡Santo cielo! —gritaron los otros— ¿Acaso sugieres que la azulidad de la burra es una cuestión de obstinación y de falta de voluntad, en lugar de que sea una mera desgracia genética?» «Así es —respondieron los lógicos—. Dejen que confrontemos a la burra y lo verán ustedes mismos».

Fueron hasta donde estaba la burra, quien por si fuera poco masticaba una zanahoria color rosa chillón, lo que chocaba de forma horripilante con el rojo encendido del puente. «Oh, burra —dijeron porque estaban convencidos de que lo mejor era acabar con la cuestión de una vez por todas—, nos gustaría que te volvieras de un inofensivo color gris, de lo contrario tendremos que pedirte que te vayas. «Ni puedo, ni quiero», respondió la burra. «¡¿Lo ven?! Obviamente se trata de una cuestión de voluntad!» «No, no —gritaron los otros—. Es evidente que se trata de un defecto!», y empezaron a pelear entre ellos. La burra estaba perpleja. «Soy una burra perfectamente normal —dijo finalmente la burra—, ¿cuál es su problema?» «Tu color azul nos perturba —gimieron los ciudadanos—, no combina con el rojo de nuestro puente, y tampoco el rosa de tus zanahorias. ¿Qué vamos a hacer? No podemos ponernos de acuerdo. «Vuelvan a considerarlo», aconsejó la burra.

Así lo hicieron, volvieron a considerar el asunto y discutieron y se pelearon y debatieron, y después de un rato la mayoría se acostumbró al azul de la burra y dejaron de notarlo. Sin embargo, unos cuantos siguieron tercos con que la azulidad era inherente, contra los que afirmaban que era claramente intencional. Hubo unos cuantos, incluso, que lograron ver —aunque solo a veces— que la Burra Azul solo estaba siendo ella misma y que en eso residía su belleza. Estos últimos ocasionalmente le llevaban un ramo de flores azules, que ella ponía en un jarrón.

LA MONA TUERTA PUBLICA UN LIBRO

Era invierno. El sol brillaba, pero hacía fresco. La temperatura era de unos setenta grados Fahrenheit. La mona tuerta se sentía tranquila en su mediana edad. «He viajado —se decía—, he visto el mundo. Perdí mi cola, seis dientes y un ojo. He vivido. Es momento de que escriba lo que pienso al respecto». Pero sus amigos, los cocodrilos, hicieron como que no escucharon.

—Ejem... ejem... —carraspeó y dijo en voz más alta— Voy a escribir un libro.

—¿Para qué? —murmuró un cocodrilo, y siguió durmiendo.

—¿Sobre qué? —balbuceó el otro cocodrilo y fue a echarse junto a ella.

La mona ignoró al primer cocodrilo y se dirigió exclusivamente al segundo.

—Acerca de mí —dijo con firmeza.

—Oh —contestó el cocodrilo— ¿Y yo voy a aparecer?

—Bueno, pues no sé —respondió la mona—. ¿Por qué un libro sobre monos debería de incluir cocodrilos? —pero vio que los ojos de su amigo empezaban a cerrarse, así que añadió rápidamente— De cualquier modo hablaré de ti.

—¿Hablarás de mí así, tal cual soy? —preguntó estirando su extravagante cola.

—No, no. Hablaré de cómo eres en relación conmigo.

—Oh —dijo en tono dudoso.

—Tienes que ayudarme —dijo ella.

—¿Ayudarte a escribirlo? —pareció despertar su interés.

—No, yo puedo hacer eso. A decir verdad ya lo hice. Necesito que me ayuden a publicarlo.

—Ah —se quedó pensando un momento—. Bueno, tengo algunos contactos con la gente de derechos de los animales. Mándales tu libro, a ver qué te dicen.

Ella les escribió y le contestaron que su título carecía de interés humano. «Eso es lo que haría que el libro se vendiera, la gente se interesa en otras personas, ¿sabes?», señalaron con mucha amabilidad. No obstante, le dieron el contacto de unas cuantas editoriales independientes.

La mona tuerta tuvo un serio dilema: ¿Debía cambiar el título? Lo cambió. El libro se llamaba *Vida y enseñanzas de una mona tuerta*, pero se puso a revisar el texto y cuando aparecía la palabra «mona» la sustituía por un espacio en blanco. *Vida y enseñanzas de una _____ tuerta*. Se convenció de que sonaba bien. «Suelo hablar en parábolas —se dijo a sí misma llena de certeza—, los inteligentes sabrán cómo leer entre los espacios en blanco y apreciar mi verdad, mi origen, mi delicioso y malicioso humor de mona».

Mandó el libro a un par de editoriales. Algunos le contestaron y otras lo perdieron. Aquellos que le respondieron le dijeron sin rodeos: «La sintaxis es muy tortuosa» «La visión es monocular»

«¿Podrías decirnos por favor quién le habla a quien?» «Lamentamos informarle que su trabajo carece por completo de claridad». La mona tuerta se sintió muy desalentada. Se hizo bolita y se quedó así durante días. Luego volvió a mandar el manuscrito con la palabra «mona» claramente escrita. Y el milagro ocurrió. Una pequeña editorial le escribió diciendo que estaban intrigados por su manuscrito y que les gustaría publicarlo, sin embargo, le pedían que por favor tuviera presente que la audiencia lectora de libros escritos por monas tuertas era un mercado difícil, que si por favor ayudaba a pagar la edición.

La mona tuerta se tiró de los pelos con desesperación. Sus amigos, los cocodrilos se dieron cuenta y se prestaron a ayudarla.

—Muy bien, te ayudaremos a reescribirlo —dijo uno.

—Pero no debe ser acerca de monas y mucho menos de cocodrilos —dijo el otro.

—No —acordaron. Hicieron algunas sugerencias y la mona reescribió el libro.

Al final, el libro alcanzó un éxito moderado bajo el título *Las aventuras amorosas de una chiquilla tuerta*. «¿Es autobiográfico?» Preguntaron los entrevistadores. «No —declaró la mona con la boca llena de verdad—, debo decir que ya no me reconozco en él». Los editores sonreían complacidos y le daban palmaditas en la espalda. «Claro, el arte transforma», murmuraban con amabilidad.

TRES POEMAS DE ÁNGELES

I ÁNGEL FAMILIAR

La ángel se sienta en mi hombro
y ríe a carcajadas.
Le digo: «Esto no es sabio,
una debería suponer
que algún obsceno pájaro
nos ha conducido
al regocijo absurdo».
La ángel chilla y separa
sus alas negras.
Se inclina
hacia atrás.
Pierde
el equilibrio. Después
encaja las garras.
Se ríe y grita.
Balbuceo: «Me duele el hombro».
Y la ángel canturrea. Me canta al oído:
«Pobrecita. Pero pobre, pobre,
pobre, pobrecita».
Murmuro: «Eso no es lo que quise decir».
La ángel sonrío. «Oh, ángel feliz, ángel arrogante,
hermosa, encantadora y encantada ángel»,
La ángel canta. Hace una mueca. Agita sus plumas
y se engalana.
Una voz declara:
«La ángel gana el set y la partida».
La ángel gana.

II ÁNGEL VISITANTE

Ángel, cuervo, gorrión, sentado en mi hombro, que cagas cuando se te da la gana, ¿quién eres, ave? ¿Y por qué has venido a acecharme así? Mi ojo izquierdo se sacude las plumas. Te inclinas para picotearme las orejas. A veces pienso que te gusto, ave. Examinemos el asunto. Examinemos a esta mujer que lleva un pájaro. ¿No te importa cómo te ves? Te ves desaliñada. Pareces un pájaro criminal. ¿Y yo? Luzco tímida y algo despeinada. Pero deberíamos explicar cuando veamos a otras personas que yo soy yo y nosotras somos nosotras. «Qué bien», dirán. «Por favor ven y trae a tu pájaro». ¡Ave mía, qué gran equipo haremos! Seremos famosas. ¿No te lo imaginas? ¡La increíble mujer y su invisible pájaro!

III ÁNGEL QUE NO HA CAÍDO

Hay quienes tienen buenas y gentiles musas,
que vienen cuando se les llama, felices de ser útiles.
Se marchan cuando se les pide; no parece importarles.
Hay épocas en que los poetas no quieren ninguna musa.
A diferencia de los ángeles, llevan la ropa planchada,
su ademán es educado, su mirada grácil.
Y aunque es verdad que el ángel casi nunca se viste,
si lo hiciera sin duda se vería fatal.
Las otras nunca chillan. En cuanto a morder,
patear y pelear, lo considerarían grosero.
En verdad, la única tarea que disfrutan es
crear poesía pura a partir del fango.
Y aún así, por todos los cielos, aunque el ángel se pavonee y sonría,
todavía es un ángel. ¿Y quién podría decir que un ángel peca?

EN LA POLVOSA DISTANCIA

Una de las historias que cuenta la Burra Azul —porque sabrán que hay una intensa controversia entre clasificarlas como historias verdaderas o ficción literaria— es acerca de la primera vez que se fue andando por un largo y polvoriento camino en busca de su suerte. Más pronto de lo que esperaba, una mujer le ofreció una zanahoria, un lugar dónde quedarse y un trabajo. «No, gracias —respondió la burra—, lo que pasa es que soy poeta, tengo un largo camino por recorrer». «¿Qué cosa es poeta?», preguntó la mujer. Esto desconcertó a la Burra Azul, quien murmuró entre dientes una respuesta, se despidió y siguió andando. En su prisa casi atropella a uno de los caminantes.

La Burra Azul se disculpó muchas veces y de manera muy sentida para demostrar que estaba sinceramente apenada e interesada en ayudar al caminante, le preguntó quién era y qué era lo que hacía, cuál era su propósito.

—Ah —respondió con serenidad—, voy a buscarme la vida, cuando la encuentre la tomaré de la garganta y lucharé con ella.

—¿Y luego? —preguntó la Burra Azul, cautivada por el relato.

—Luego la ataré de pies y de manos para llevármela a mi casa.

—¿Y luego? —la Burra Azul ahora hablaba casi en un susurro.

—Luego —dijo con voz ferviente— voy a cortarla en pedacitos, a moler su carne y rellenar con ella pequeñas empanaditas que llevaré a vender al mercado, a cuatro peniques la docena.

Sus dientes brillaban. Volteó a verla y le preguntó:

—¿Y tú? ¿Quién eres? —preguntó.

—Oh, yo solo soy una poeta —murmuró la Burra Azul con lo que ella consideró un tono bastante modesto.

Sin embargo, el caminante se sintió profundamente indignado.

—¡Sandeces! —gritó con desprecio— ¡Yo soy poeta, ¿tú qué?! ¡Tú no eres más que un pedazo de vida.

Al hablar, sus ojos se abrían grandes y redondos, llenos de conjeturas.

La Burra Azul se dijo que no le importaba lo que sus lectores pudieran pensar, que la llamaran cobarde si querían, pero ni tarda ni perezosa se fue de ahí galopando a toda velocidad y dejó a atrás al hombre perdido en la polvosa distancia.

Con el tiempo los campos reverdecieron. Había bellos paisajes llenos de jardines, bosques immaculados, y en uno de estos bosques se encontraba una bella dama, reclinada con gracia sobre un conveniente tronco de árbol. Estaba leyendo un libro. Cuando la Burra Azul se acercó, la dama volteó y le sonrió.

—Hola —dijo la Burra Azul— ¿Qué estás leyendo?

—Poemas —suspiró la dama— me encantan los poemas. Creo que la poesía es hermosa. Siento que podría vivir por siempre de poesía y aire fresco.

La burra se acercó un poquito más.

—Pues verás... —se atrevió a decir con timidez— Sucede que soy poeta. ¿Te gustaría que te recitara un par de mis versos?

—Oh, no —se apresuró a responder la dama, luego se recuperó de la impresión y trató de justificarse—. Lo que pasa es que, a pesar de que he estudiado muchas lenguas, y de que mi francés y mi alemán son excelentes, resulta que no tuve oportunidad de estudiar burrazulino. Y aunque no tengo la menor duda de que tus poemas son excelentes, me temo que llegarían a oídos poco entendidos.

—Ay, por favor —dijo la burra—, pero si hablo inglés.

La Burra Azul podía oírse a sí misma que sonaba patética.

—Oh, pero seguramente, como Burra Azul, tu integridad implica que representes el mundo desde tu perspectiva. Y piensa: ¿Qué pueden tener en común una dama y una burra?

—Nada en absoluto —dijo la burra, y llena de tristeza volvió sobre sus pasos.

Finalmente, llegó hasta la puerta de la primera mujer que se había encontrado y le suplicó humildemente:

—Por favor, ¿aceptarías que trabajara para ti medio tiempo a cambio de media zanahoria?

POEMA CONTRA LOS POETAS

Caí sobre las espinas de la vida,
sollocé, sangré,
pero, ¿con qué propósito?
Hubo una vez una poeta
que se creyó rui señor,
y otra que pensó
que ella era una rosa
—encantadora, quizá,
y ciertamente capaz, pues había encontrado al menos,
un manera de soportarlo.
¿Habrían sido más poderosas las vísceras
del rui señor
(como objetos emblemáticos)
tiradas en el suelo
de una habitación en la que entrases, y luego
te alejaras,
sorprendida y maravillada?
Ah, la rosa no tiene sangre,
está blanca de dolor;
y el rui señor se lamenta
otra vez en los bosques.
Pero existen otros animales
más ordinarios.
No son literarios.
Son dueños de su dolor.

EL CUENTO DE LA JACANA

Era todavía temprano por la tarde, cuando los discípulos de la Burra Azul se reunieron alrededor de ella. La Burra Azul se sentía benevolente, así que cuando uno de sus discípulos le preguntó: «De todas las criaturas que has visto, ¿cuál crees que sea la más tonta?» Otro de sus discípulos interrumpió: «No, ¿cuál consideras que sea la más inteligente?» Y un tercero gritó: «No, no, mejor dínos ¿cuál piensas que sea la más modesta?» La Burra Azul hizo una pausa para hacer como que pensaba la respuesta.

—Cuando era joven —dijo la burra— fui una gran viajera. En uno de mis viajes entre los bancos del Ganges me detuve a beber en uno de los recodos del río. La corriente era muy tranquila en ese punto y el agua había formado una alberca. Mientras me abría paso con la nariz entre las lilas, los juncos y los jacintos escuché una voz que decía: «Solo mira tu reflejo en estas aguas por un segundo. Eres la criatura más hermosa que se haya visto jamás». Entonces miré, pero lo único que vi fue mi propia cara, tan igual como siempre. Entonces me di cuenta de que había cometido un error. Volví a mirar, esta vez por entre los juncos. La voz pertenecía a una rana pequeña y verde, que se dirigía a una enorme jacana. El hecho de que la rana estuviera atrapada en el pico de la jacana no parecía inquietar ni a una ni a la otra. La jacana estaba sentada a horcajadas entre dos tallos de lirio, tratando de asomarse al agua. La rana le dijo: «Si me pones en el suelo podrás ver tu reflejo mucho mejor». Tan pronto como el ave soltó a la rana, esta se hundió en el agua de un clavado diciendo sobre el hombro: «Déjame hacer a un lado estos tallos para que puedas verte mejor». Yo había observado la escena en silencio, pero cuando vi que la rana había logrado ponerse a salvo me atreví a decir: «Esa rana sí que es una adulatora astuta». La jacana pareció sorprendida por un momento, después se alejó unos pasos y siguió mirando su reflejo en el agua. Entonces me di cuenta de que no se había dado cuenta de lo que había pasado. «¿Cómo alguien puede ser engañado tan fácilmente?», murmuré para mí misma, cuando oí la voz de la rana que decía: «Pero mírala, es realmente hermosa». La miré y en efecto, era verdad.

La Burra Azul dejó de hablar, y sus discípulos se mantuvieron en respetuoso silencio. Entonces el más fuerte de ellos habló, con un poco de timidez y dijo: «Bueno, parece obvio que la rana es el animal más inteligente, y que la jacana es el más tonto. Pero entonces ¿cuál es el más modesto?» «Ah —respondió la Burra Azul con una sonrisa benigna en el rostro— yo no puedo decírtelo. Solo recuerda que había tres animales en la fábula».

LAS TRES CERDITAS

Sucedió durante los días en que la Burra Azul decidió retirarse al bosque para pasar un periodo en soledad, que una mañana muy temprano, mientras trataba de meditar, se le acercaron tres cerditas.

—Buenos días —dijeron—. Cada una de nosotras decidió lo que quiere ser de grande, y en general estamos seguras de nuestra decisión, mas no completamente seguras. Así que nos gustaría que nos hicieras una prueba de aptitud.

Las cerditas le dijeron que la mayor quería ser poeta, la de en medio quería convertirse en santa y la más pequeña quería abrir un negocio.

—Muy bien —dijo la Burra Azul, contenta de haber encontrado algo con qué entretenerse—. Ahora, por favor, mírenme con mucha atención y díganme qué ven.

—Yo veo la sabiduría encarnada —dijo la cerdita mayor, sonriendo ligeramente, porque sentía que había dado una respuesta muy poética.

Las otras dos se miraron abrumadas. Qué podían decir que superara lo que ya se había dicho. La segunda cerdita reunió valor:

—Yo lo que veo es una Burra Azul —dijo y alzó los hombros.

Bueno, al menos había sido honesta. Era el turno de la más pequeña, pero parecía tener un ataque de ansiedad que no le permitía hablar. La Burra Azul le preguntó con mucha amabilidad.

—¿Para qué quieres poner un negocio?

—Pues para pagar las cuentas.

La Burra Azul sonrió:

—Muy bien. ¿Quieren saber el resultado de la prueba?

—No —protestó la mayor—, nuestra hermana menor todavía no responde.

—Oh, es verdad —dijo la Burra Azul y se dirigió a la cerdita— Dinos, pequeña, qué ves. La cerdita miró a la burra.

—Te veo a ti —dijo y bajó la mirada al suelo.

—¿Están listas para saber el resultado?

—¡Sí! —exclamó la mayor— ¿Pasamos la prueba?

—Todas ustedes pasaron —respondió la burra—, solo que su orden estaba ligeramente equivocado.

—¿Cómo? —respondió la cerdita poética con gran indignación.

—Tú, amiga mía, deberías ir pensando en abrir un negocio... O tal vez... Podrías hacer una carrera política —luego se dirigió a la segunda—. Por lo que respecta a ti, podrías ser poeta. Al

menos tratas de describir exactamente lo que ves.

—¿Y qué hay de ella? —dijeron señalando a la pequeña— ¿Será santa?

—Eso no puedo saberlo —respondió la burra—, los santos están más allá de mi comprensión.

TERRITORIO

Una rana que vivía al fondo del jardín se envalentonó y le croó con fuerza a la gata que iba pasando por ahí: «Este pedazo de césped es mi territorio, yo lo gané». La gata fácilmente pudo haber dado un zarpazo a la rana y mandarla a volar, pero era una buena bestia, así que solo se quedó mirando a la rana sin responderle. La rana interpretó su silencio y pensó que le daba la razón. A la gata no le importó. Las ranas le parecían algo irrelevante. Sabía que su verdadero problema eran los gatos del vecindario. A ellos sí tenía que perseguirlos, gruñirles, bufarles y, cuando la ocasión lo ameritaba, pelearse con ellos. De modo que regresó a la casa, donde la acariciarían y la admirarían.

Era la señora de la casa quien la acariciaba y la mimaba. Ella pensaba que los gatos eran irrelevantes, pero no quería desilusionar a la gata. La gata se estiraba y se ponía de barriga para que le rascaran, y la señora de la casa, quien era una buena mujer, a veces accedía.

Las tres criaturas vivieron felices de ese modo durante algún tiempo, cada una pensando que tenía el inalienable derecho sobre ese pequeño pedazo del planeta. Hasta que ocurrió que el dueño de la casa se divorció de la señora, y entonces no hubo más señora ni hubo más gata. La rana estaba encantada. Ella siempre había tenido dudas acerca de su capacidad para echar fuera a la gata, de modo que se sentía triunfante.

EL PECADOR

Una tarde, mientras la Burra Azul recitaba unos versos ante una audiencia, una burra gris y ordinaria avanzó hasta ella, cayó a sus pies y lloriqueando y dijo:

—Hermana, ¡he pecado! Por favor necesito que me absueles.

La Burra Azul se sintió muy avergonzada, se inclinó y le murmuró:

—Levántate, por favor. Qué importa si pecaste, no pasa nada.

—Pero es que no lo entiendes —se lamentó la burra gris—, tú eres mi hermana y es contra ti que he pecado.

La Burra Azul estaba completamente segura de que la burra gris tendida a sus pies no era hermana suya.

—Lo lamento —dijo con mucha educación—, tal vez me confundes, pero yo no soy tu hermana. De hecho, me parece que no te conozco, así que no hay razón para llorar, no pudiste haber pecado.

—Oh, claro que sí —la burra gris no quiso moverse de donde estaba— he actuado con soberbia y pedantería. Muchas veces he pensado que desprecio a las burras azules, y que no me gusta estar al lado de ellas ni tener a ninguna amiga.

—Ah, es por eso —dijo la Burra Azul al colmo de su paciencia—, ¿ves? Esa es una excelente razón para que te quites y te vayas.

—Pero debes escucharme: He cambiado por completo —siguió lloriqueando la burra gris—, ahora creo en la sororidad. Ahora quiero ser tu amiga.

La Burra Azul se quedó pensando y llegó a la conclusión de que incluso para las buenas maneras debía haber límites.

—No —respondió—. No, eso no va a pasar.

—¿Qué? Pero... ¿por qué? ¿Después de todo lo que te dije? ¿Quién te crees que eres? —la burra gris estaba completamente fuera de sí.

—Bueno —soltó la Burra Azul— pues llegaste pidiendo absolución, pero resulta que no haz hecho ninguna penitencia.

—¿Y qué es lo que debo hacer?

—Cae a los pies de las otras burras que están aquí y diles a ellas —igual que hiciste conmigo— que te disculpas por el hecho de que sean grises.

—Pero... no comprendo.

La Burra Azul la empujó para hacerla a un lado y le dijo:

—Estoy segura de que ellas te harán comprender.

EL LADO GROSERO

La arrendajo azul le trinó a la Burra Azul: «Las aves somos mejores». La burra hizo como si no hubiera escuchado, pero la arrendajo siguió trinando: «Las aves somos mejores, mejores, mejores, mucho, mucho mejores». La burra se dio por vencida y le contestó: «¿Mejores que quién?» «Mejores que los burros, naturalmente», respondió de inmediato la arrendajo. «¡Tonterías!», dijo la Burra Azul. «No son tonterías, es un hecho». «¿Mejores en qué?», preguntó la burra exasperada y reprochándose a sí misma por haber preguntado. «Mejores voladores», contestó la arrendajo. «Pero los burros no volamos». «¡Exacto! —exclamó la arrendajo con una nota triunfante— ¡Ese es mi punto!», luego agitó las alas y se fue.

Durante todo el día la Burra Azul se sintió fastidiada. Trataba de concentrarse en asuntos importantes, pero las palabras de la arrendajo seguían volviendo a su mente. Cuando se descubrió a sí misma agitando las orejas para probar si podría volar, se sintió muy molesta. «Bueno y qué importa si los burros no podemos volar», murmuró. Se recompuso e hizo un esfuerzo para olvidarse del asunto y sentirse bien. Sin embargo, a la mañana siguiente la arrendajo volvió.

«¿Te gustaría volar?», preguntó a la burra, quien se enorgullecía de ser muy honesta. ¿Qué iba a decir? «Sí», contestó. «Pero no puedes», señaló la arrendajo. «No», dijo la burra. «Pues qué mal», dijo la arrendajo y se fue volando. Durante todo el día la Burra Azul estuvo de mal humor. Sus amigas le dijeron que la arrendajo era una tonta, que no valía la pena que la escuchara y, en todo caso, qué importancia tenía que los burros no pudieran volar. «No me importa volar —dijo la burra enfurecida—, lo único que quiero es darle una buena lección a esa pajarraca». «No vale la pena», dijeron sus amigas, pero a la burra no le importó.

Al día siguiente, cuando la arrendajo volvió, la Burra Azul la llamó con voz alegre: «¡Oye! ¿Podrías por favor enseñarme a flotar?» «¿Qué?», preguntó la arrendajo. «Bueno, comprenderás que volar puede ser muy extenuante para un animal de mi edad, pero tal vez podrías enseñarme a flotar, entonces yo podría intentarlo y practicar por mi cuenta». «¿De qué hablas? No entiendo», respondió la arrendajo. La había tomado desprevenida. «Ya sabes, cierras las alas y te quedas flotando en el aire —la Burra Azul se quedó mirando a la arrendajo de forma suspicaz—. ¿O qué? ¿Vas a decirme que no sabes flotar? Tal vez mejor debería pedirle a alguien más que me enseñe». «No, no —exclamó la arrendajo—, por supuesto que puedo flotar. Mira, te mostraré». La arrendajo voló hacia lo alto, cerró sus alas y cayó en picada hasta el suelo.

La Burra Azul puso un colchón de paja para amortiguar la caída de la arrendajo, pero aun así a la pájara le tomó varios minutos recuperarse. «¿Pude flotar?», preguntó. La Burra Azul agitó negativamente la cabeza. «¡Oh!» «¿Quieres aprender a flotar?», le preguntó la burra. «Sí», respondió la arrendajo. «Pues lástima, no puedes», y diciendo eso, la Burra Azul se alejó.

Más tarde las amigas de la Burra Azul le reclamaron y la regañaron: «Lo que hiciste es muestra de una moralidad descarnada y cruel», dijeron, y cuando contaban la historia se estremecían sin remedio. La verdad es que la Burra Azul también tenía su lado grosero. En aquel momento parecía obstinada; les lanzó una mirada fulminante y dio un resoplido: «Díganle eso a los pájaros», respondió.

CITERA

Pequeños riachuelos corrían a sus pies
y regresaban al océano.
Yo sabía quién era,
pero ella caminó entre las olas
y se sentó a mi lado.
Me quedé muy quieta.
Dijo que hacía calor.
Yo no dije nada, pero pensé
en silencio que escribiría un poema
sobre esto, sobre cómo me senté en la playa
y charlé con una diosa, y sobre
lo buena y amable que fue ella.
Se movía con lentitud. «Es perezosa»,
me dije. «En el Olimpo tienen al tiempo,
y por eso no se apresuran».
Me pregunté cómo me veía, pero ella estaba
peinándose. Esperé en silencio.
Luego, me sonrió. Me sentí
muy avergonzada. Ella era mi amiga
y yo la había hecho una diosa:
eso me apenaba.

SI DE ALGUNA FORMA YO PUDIERA...

Si de alguna forma yo pudiera

ver a los humanos en su simple conversión
a animales, ni amargos ni brutales ni conscientes
de ser nada más que ellos mismos, en nada
malcriados, y sin pensar en su necesidad
de presentar una estampa halagadora de su codicia,
entonces quizá algún bien nutrido macho que se pavonee
podría parecer sin más un animal hermoso
en todo el esplendor de su temporada de apareamiento,
y yo, sin razón para temer la angustia,
podría encontrar la ocasión de sentirme bendecida y bendecir.

LA NOVIA

Hubo una vez un joven príncipe que se sentía muy orgulloso, y vaya que tenía motivo para estarlo: era el heredero del trono, era muy apuesto y gozaba de excelente salud. Además, había recibido la mejor educación y desde pequeño le habían inculcado cuidadosamente todo tipo de habilidades para desenvolverse en sociedad. Y por si fuera poco, su padre era rey y también el padre de su padre, y el padre del padre de su padre. De modo que su derecho a reinar era indisputable. Ahora bien, cuando le llegó el momento al joven príncipe de contraer nupcias dijo a su padre: «Padre, tú siempre has dicho que quieres solo lo mejor para mí. Tengo los mejores halcones, los mejores corceles y los mejores sabuesos de todo el mundo. ¿Cómo harás para encontrar una novia digna de mí?» El rey no pensaba que esto representara un problema. Había instituido torneos en todo su reino: concursos de belleza y de fuerza, concursos de conocimiento, inteligencia y buen humor, concursos de habilidades de todo tipo, como arquería y música. Cuando acabaron los torneos, las ganadoras de los diferentes concursos fueron presentadas ante el príncipe. Él las miró. Sus referencias eran muy buenas. De hecho, empezó a temer que algunas de sus capacidades fueran mejores que las de él. «Todas estas mujeres son sobresalientes —dijo el joven a su padre—, pero me parece que carecen de cualidades femeninas. «Pues claro —respondió el rey—, a todas esas mujeres las descalifiqué. Ahora podrás elegir entre aquellas que no compitieron.

¡MIRA, MEDUSA!

Medusa vivía en una remota costa

sin molestar a nadie; los peces nadaban, los pájaros volaban y el mar no se convertía en cristal. Todo era como antes.

Unas cuantas estatuas rotas yacían desordenadas en la solitaria playa, pero más allá de eso nada tenía de raro aquella escena pacífica.

Así que, cuando el héroe Perseo vino a reclamar la cabeza de la Gorgona, pensó que quizá estaba equivocado. La observó durante un rato, mas ella no convirtió nada en piedra. Las olas rugían como era su voluntad, hasta que al fin el héroe escondido se consumió en deseos de ser visto por aquella a quien había venido a matar.

«¡Mira, Medusa! ¡Yo soy Perseo!» gritó, y así se volvió famoso antes de perecer.

ENTRE LOS TIGRES

Debo vivir entre los tigres, pero puedo tomarme un descanso
cuando los tigres están ocupados o han comido lo suficiente
para admirar su valor, sus formidables músculos,
la seguridad fácil de una raza de señores.
Desde su punto de vista yo existo, por supuesto,
pero difícilmente importo; soy una especie de evento,
y no tengo ningún efecto para su magnificencia...

Ser carnada de tigre —un alarde temible;
pero si tomas en cuenta sus «normas», sus maneras y leyes
semejante proeza no amerita el aplauso.
Sin embargo podría valer la pena —casi—
para observar a un tigre en acción.

Verás, he sobrevivido durante tanto tiempo,
mis hábitos de observación se han vuelto tan fuertes
que a veces pienso que casi pertenezco.
Sé exactamente cómo bebe un tigre,
cómo anda y sonrío y piensa,
pero descubro que de alguna forma no puedo imitar
ese orgullo impensable ni su forma manifiesta.
Entiendo por completo la causa de los tigres
y mantengo mi distancia de sus enormes mandíbulas.

EN EL JARDÍN

La Burra Azul y el unicornio blanco estaban comiendo lirios. La Burra Azul se sentía muy extraña. Le había tomado semanas conseguir el valor para pedirle una entrevista. El unicornio al principio pareció sorprenderse, pero aceptó sin dificultad, «De modo que no había razón para sentirme nerviosa», se dijo la burra y se infundió ánimos. Ahí estaba, ante la presencia del unicornio, tenía que hacerle una buena entrevista.

—Debe ser maravilloso ser un unicornio —dijo la Burra Azul. Ella misma se hubiera dado una patada en el trasero y se hubiera mandado a volar.

Pero el unicornio fue muy amable en responder:

—Está bien, es agradable. ¡Oh, mira, allá hay muchas rosas! Ven, vamos a probarlas. Se ven deliciosas.

La verdad era que la Burra Azul apenas había podido con los lirios, y le costaría mucho a su estómago digerir las rosas, pero hizo su mejor esfuerzo e incluso comentó el sabor y la textura del nuevo rosal. El unicornio blanco asintió muy contento y con el hocico lleno. «Para ser una criatura tan delicada tiene un apetito muy grande», pensó la burra, pero por supuesto hubiera sido impropio comentarlo. Pensó en algo más que preguntar.

—¿En qué momento compones?

—¿Componer? —preguntó el unicornio.

—Sí, me refiero a cuál es tu mejor momento del día para trabajar. Supongo que será al amanecer. Eres una criatura del amanecer —la Burra Azul reparó en la efusividad con que hablaba y deseó que no se notara.

—Oh, yo no trabajo —respondió el unicornio.

La Burra Azul se ahorró los comentarios. ¿Qué quería decir con eso? ¿Que el trabajo del verdadero poeta no debe requerir esfuerzo? Sin embargo, no se detuvo en eso. Ahora que ya habían entrado en el tema debía aprovechar para lanzar otra pregunta.

—¿Qué tipo de poesía es la que más te gusta? —no era una pregunta muy buena, pero algo podría salir.

—¿Poesía? —preguntó perplejo el unicornio blanco— La mayor parte de lo que últimamente se escribe es tan blanda, que no he probado nada reciente. Me resulta difícil de digerir. ¡Y ya no digamos las novelas! Al menos la poesía viene en raciones pequeñas.

Ya no quedaban rosas. Quedaba un solo lirio. El almuerzo había llegado a su fin.

—Bueno, encantado de conocerte —dijo con gracia el unicornio y se fue.

—Adiós —dijo la Burra Azul—, y muchas gracias.

Se quedó de pie en medio de los restos del almuerzo, tratando de poner en orden sus pensamientos. «Orgánico —murmuró—, esa es la palabra clave». Miró el lirio solitario. «Creo... creo que he tenido una revelación».

SER POETA

Decir que así fue como se sintió poner
el pie derecho delante, y luego el izquierdo, decir
que aquel fue el sabor de la avena por la mañana,
aquel el de la leche y este otro el de un nimio
pero persistente dolor, decir
—eso, supongo, era lo que lo hacía distinto—
ser incapaz de mantener la boca cerrada,
la mente sin trabajar. Pero una poeta vive
como cualquier otra criatura, habla quizá
más de lo normal, y su destino no es más brillante
ni su muerte menos triste que la de ningún otro.

PIEDRA DE TROPIEZO

—¡Oh!, ¡Perdón! —exclamó la Burra Azul y dio un salto hacia atrás.

—Mira dónde pones las patas —gruñó la oruga—, por poco me pisas.

—Ya te pedí perdón —dijo la burra.

—¿Y eso de qué sirve? —respondió la oruga, y siguió arrastrándose por el camino.

—Por favor, ¿te puedes detener un momento para que me permitas pasar y no lastimarte?

—¿Por qué tendría que hacerlo? —contestó la oruga sin detenerse.

La Burra Azul avanzó muy lentamente para, según explicó, no pisarla.

La oruga de pronto viró hacia la izquierda, trepó dificultosamente hasta llegar a una hoja, hizo una pausa y miró muy enojada a la burra.

—Típico —murmuró con el más agudo desprecio.

—¿Típico de qué? —preguntó la Burra Azul.

—De los burros: grandes, torpes, toscos, bestias y descuidados.

—Oye, a ver, espera —la Burra Azul empezaba a enojarse—. No es justo que digas eso. Todo lo que hice fue pedirte permiso para pasar, y lo hice de forma educada.

—Sí, y cuando no quise complacerte respondiste con una amenaza.

—¿Cuál amenaza? —gritó la Burra Azul, que para entonces ya se sentía muy, pero muy molesta. Había acercado la cara a la oruga y su aliento hacía temblar la hoja de la que colgaba la oruga.

—¿En serio quieres que discutamos el asunto? —preguntó la oruga con tono racional.

—¡Sí!

—¿No te das cuenta que desde mi punto de vista los burros son completamente innecesarios y un gravamen peligroso para el planeta?

—Pero no puedo hacer nada para remediar el hecho de tener el tamaño que tengo. Y por lo que respecta a ser bestia, bueno, pues resulta que soy una bestia, es mi naturaleza.

—Exacto —dijo la oruga.

La Burra Azul se recompuso:

—¿Y tú no te das cuenta que desde mi punto de vista las orugas son una molestia innecesaria?

—No. No lo somos —contestó la oruga con firmeza—. Y en cualquier caso pasamos por una transformación.

—Por favor, sé razonable —suplicó la Burra Azul—. Si fuera por ti desaparecerían todos los

burros. Pero ponte a pensar, ¿qué daño te hago al ir caminando?

—¡Aplastas orugas!

—¡Pero no lo hice! —gritó la Burra Azul.

—Sí, pero estuviste a punto de hacerlo —replicó la oruga.

—Por lo que veo, no hay modo de que seamos amigas —dijo con tristeza la Burra Azul.

—No, hasta que cambies —respondió la oruga de modo terminante.

—¿Y qué podemos hacer?

—No sé —dijo la oruga encogiéndose un poco—, haz que te crezca un par de alas, medita para cambiar tu naturaleza. Es tu problema.

La Burra Azul se dio la vuelta despacio para alejarse. Se sentía inútil, desesperanzada, y sobre todo, desairada. Con su flanco rozó el arbusto donde estaba la oruga, pero no se dio cuenta. Tras ella, la oruga cayó al suelo con un leve plop.

«TRANSIT GLORIA»

- Enfrentémoslo —señaló el zoólogo—, el burro no es una bestia heroica.
- Eso no es verdad —protestó la Burra Azul.
- Te refieres a que no hay pruebas que lo demuestren. ¿Pero eso qué importa? El heroísmo no lo es todo.
- No, me refiero a que no es verdad. Hay docenas de burros distinguidos.
- Nombra uno.
- Shanti.
- ¿Quién?
- Shanti, mi abuela.
- Nunca oí hablar de ella.
- ¿Ves? Eso demuestra que no tienes idea de lo que estás hablando.
- Muy bien —respondió el zoólogo—, hablemos de Shanti. ¿En cuántas batallas estuvo y cuánto territorio conquistó?
- ¿Qué? —preguntó la Burra Azul.
- Intentemos otra cosa. ¿Era Shanti grande, musculosa y extremadamente fuerte?
- No —respondió la Burra Azul—, era una burra de tamaño normal. Pero las apariencias no importan.
- Muy bien —continuó el zoólogo— Entonces, ¿podía rebuznar muy fuerte? ¿Ganaba en todas las discusiones?
- No, su voz era suave y dulce —dijo la Burra Azul, y empezó a sentir que estaba perdiendo terreno.
- Bueno, entonces sería una *sex symbol*...
- ¿Una qué?
- Olvidalo —el zoólogo se alzó de hombros—. Si tu abuela no era militar ni política ni una estrella entonces, ¿de qué tenía fama?
- Era inteligente —respondió la burra.
- ¿Qué?
- In-te-li-gen-te.
- Ahí está —señaló el zoólogo con gran entusiasmo—, podemos estar de acuerdo en que por lo general los burros no discuten, no pelean y no brillan en sociedad.
- Pues no, es verdad que no —dijo la burra—, no sería sensato.

—Exacto —exclamó el zoólogo lleno de entusiasmo—, he estudiado a los burros durante mucho tiempo y eso es lo que los burros piensan. ¿Ahora por fin entiendes lo que quiero decir?

—Sí —murmuró la Burra Azul, muy triste—. Que para poder ganar tengo que ser estúpida.

NOCTURNO

La Burra Azul se quedó quieta bajo la luz de la luna. «Está bien —se dijo— los burros han dormido bajo la luz de la luna muchas veces; en Shakespeare, por ejemplo». Además, no había nadie que la viera. Aunque se sintiera ligeramente cohibida, ¿qué importaba? Los búhos ululaban y las ramas de los árboles crujían. Ninguna Titania vino a decir que la Burra Azul era bella y además amada —y eso, tal vez daba lo mismo. Ella, por supuesto, no podía verse a sí misma mientras dormía, del mismo modo que no podía escuchar sus propios ronquidos. Si hubiera estado despierta y alguien hubiera preguntado, habría explicado que se veía a sí misma como un criatura ordinaria. Pero nadie preguntó, y la burra se quedó dormida bajo la luz de la luna como inútil protección.

LAS MADRES DEL MAYA DIIP

En alguna parte de *Un cuarto propio*, Virginia Woolf dice que hubiera sido bueno que nuestras madres y las antepasadas de nuestras madres nos hubieran dejado dinero para nuestra educación (es decir, para la educación de las mujeres). Sin embargo, si así se hubiera hecho desde siempre, continúa diciendo, «no hubiera habido —y ese es el meollo de la cuestión— virgen María». Ya otros han dicho cosas semejantes en diferentes contextos. La suposición oculta entre líneas parece ser que los hombres no querrían ni podrían cuidar a los hijos adecuadamente, y que las mujeres ni querrían ni podrían permitir que sus hijos quedaran en tal abandono. De modo que en la primera parte de *Las madres del Maya Diip*, me propuse explorar el modo en que las mujeres lidiarían con «el problema de los niños» en un matriarcado propiamente dicho.

En la Parte II de *Las madres del Maya Diip* me propuse plantear cómo funcionaría una sociedad masculina civilizada. La nieta de la matriarca, Asha la Apóstata se siente atormentada por el trato que reciben los bebés varones en el Maya Diip (la mayoría eran abandonados bajo un árbol para que murieran), y es así como establece Ashagad, una colonia que se convierte en una sociedad funcional de hombres que habían sido descartados. Luego de un golpe de estado, muchas mujeres se ven obligadas a refugiarse en Ashagad. El grupo consiste en la vieja matriarca, Saraswati (una de las hijas de la matriarca), Jyanvi (una visitante que no tiene interés alguno en la maternidad pero sí en Saraswati), la Burra Azul (otra visitante cuyo propósito es vivir en la comunidad y aprender) y Valerie (una norteamericana heterosexual que también es visitante). Lo que resultó particularmente cautivador para mí, como escritora, fue trabajar con los patrones que iban emergiendo de los fragmentos y piezas culturales que pueden encontrarse en una sociedad. Para ser honesta, debo decir que disfruté de manera muy especial el horror que experimenta Valerie cuando le dicen que es la serpiente en el paraíso que corrompe a los niños de Ashagad.

En la Parte III, el grupo de mujeres se encuentran ahora en una sociedad que realmente puede llamarse paradisiaca. La sociedad está dividida en dos géneros, pero aquí el género no es biológico, sino que depende del rol que cada individuo elige. Hay dos roles disponibles: un individuo puede ser madre o puede ser caballero. La crisis sobreviene cuando los caballeros se matan entre ellos y hay una sorprendente escasez de madres. La historia continúa con la decisión de los caballeros de formar una armada para ayudar a las matriarcas a recuperar Maya Diip.

Los tres capítulos que aquí se publican corresponden a la Parte II. La matriarca y las otras mujeres aceptan la invitación de Asha y se dirigen hacia allá. Le di al paisaje de Ashagad las características del oeste de Maharashtra, el lugar donde crecí.

CÁPITULO 11

UNA LEAL HIJA DE MAYA

Ashagad, o la fortaleza del amor, quedaba todavía lejos. Una vez que salieron del bosque, el terreno se volvió escarpado y árido. Había piedras negras por todas partes y en algunas de ellas todavía era posible ver los círculos concéntricos que había hecho la lava. Muy alto sobre sus cabezas el sol relucía y los halcones volaban en círculos aprovechando las corrientes de aire. La Ranisahib se sentía complacida. Miró en torno suyo con gran interés. Después de un rato se fatigó, y luego los guapos muchachos se la llevaron en su palanquín. Saraswati tenía sus dudas acerca de si todo aquello era apropiado o incluso aconsejable, pero por el momento no parecía haber otra opción.

Por fin, después de una empinada subida, llegaron a la fortaleza. Incluso Saraswati se sentía impresionada. Los habitantes de Ashagad gustaban de vivir en los acantilados. Habían tallado espléndidas cámaras en el risco para albergarse. Debajo de ellos yacían sus campos y el ancho afluente que los irrigaba. El efecto general no era de pobreza ni salvajismo. A Jyanvi y la Burra Azul les recordó el templo de la cueva, aunque estas cámaras habían sido construidas recientemente y solo había unas cuantas tallas aquí y allá. Las tallas parecían celebrar a la emperatriz, o quizá a la diosa, pero a diferencia de las tallas del templo de la cueva, la figura femenina aparecía rodeada usualmente de un grupo de jóvenes, y solo en ocasiones estaba con un pequeño niño y una pequeña niña. Valerie se preguntó qué pensarían de eso las hijas de Maya, pero ni la matriarca ni Saraswati hicieron ningún comentario al respecto.

Después de que los visitantes se hubieron bañado y acicalado, fueron invitados a cenar con Asha. Preguntaron los apóstatas: «¿Les gustaría presenciar primero un espectáculo de danza?» «Sí», respondió la matriarca. «Eso sería de lo más agradable».

Para su sorpresa, descubrieron que el baile era muy bueno y la música excelente. La historia, sin embargo, les resultó un poco oscura. Los bailarines principales eran un árbol y dos hombres jóvenes. Los dos jóvenes parecían implorar al árbol que les diera algo. El bailarín que representaba al árbol expresaba su indiferencia con gestos minuciosos y sutiles. Luego, hacia el final, cuando los dos hombres casi se habían rendido, el árbol les concedía su deseo y parecía que les daba su bendición.

—Muy bonito —murmuraron los mayas y durante la cena felicitaron a Asha por la pericia de sus bailarines.

Asha la apóstata se volvió hacia su madre:

—¿Admitirás ahora que los chicos pueden ser civilizados?

La matriarca la miró, sorprendida.

—Querida, si podían o no civilizarse no fue nunca la discusión. Es solo que nunca se ha considerado que valga la pena, en realidad.

Durante una fracción de segundo Asha la apóstata se encogió como si su madre la hubiera abofeteado, pero respondió con ligereza:

—Bueno, no lo discutiremos ahora. Mañana quisiera que conocieran a Mohan y Madhu. Tal vez ellos podrán convencerlas mejor que yo.

—¿Quiénes son Mohan y Madhu? —preguntó la matriarca.

—Mis chicos mayores.

¿Había una pizca de desafío en el tono de Asha?

—¿Los llamas tuyos? —Saraswati no había podido evitar intervenir, a pesar de sí misma.

—Sí, los llamo míos —el desafío había dado paso a una franca hostilidad.

Antes de que ocurrieran más daños, la Burra Azul dijo rápidamente:

—Disfruté mucho del espectáculo de danza, pero no estoy segura de haberlo entendido. Me pregunto si podrías explicarme una cosa.

—Por supuesto —respondió Asha la apóstata con una sonrisa. Sintió que la Burra Azul podría ser su aliada, aunque no sabía porqué.

—Bueno —dijo la Burra Azul—. ¿Quiénes eran los dos jóvenes, y por qué le suplicaban al árbol?

—Los dos jóvenes eran madres y le suplicaban al árbol que les concediera una hija —respondió Asha.

—¿Pero cómo podrían ser madres? —protestó Valerie en ese punto.

Sin embargo, Asha la apóstata había recobrado la compostura.

—Las instituciones de Ashagad no son tan distintas de las de Maya Nagar —explicó educadamente—. Aquellos hombres jóvenes habían pasado las pruebas y habían adquirido el estatus de adultos.

—¿Pero por qué le rezaban a un árbol? —preguntó Jyanvi, sintiendo que esa, al menos, era una pregunta inofensiva.

—En Ashagad, cuando un joven pasa su primera prueba, se talla a sí mismo una muñeca de madera —le dijo Asha—. Simboliza al bebé que él espera recibir del árbol de la vida. Muchos jóvenes también tallan varas cortas, que representan al árbol mismo.

—Un mito encantador —murmuró Jyanvi.

—Oh, no es un mito —explicó Asha—. Existe un árbol en el bosque bajo el que encontramos a los bebés varones. Pregúntale a la matriarca. Estoy segura de que las madres de Maya lo conocen. Lo llamamos el árbol de la vida.

Por primera vez desde que la conocía, Jyanvi vio a la matriarca estremecerse, pero la voz de la anciana era lo suficientemente templada cuando respondió:

—Sí, ese árbol existe. Lo llamamos el árbol de la muerte.

Jyanvi y la Burra Azul quedaron estupefactas. Habían esperado limar asperezas, no descubrir infanticidios.

Durante un momento, nadie supo qué decir. Por fortuna sirvieron la cena. Dos o tres de los jóvenes de Asha fungieron como sirvientes. Las visitantes comentaron la comida, que les pareció deliciosa. Los panes estaban calientes y apilados con gracia. Los vegetales eran frescos y estaban

bien condimentados. Conforme fueron comiendo se sintieron también más tranquilas, y durante un rato parecía que el buen ánimo iba a prevalecer. Pero Saraswati había decidido que no se ganaba nada con ser circunspecta, de modo que dijo:

—Por favor... no deseo ofender a nadie, solo busco entender. ¿Eres la única madre verdadera que hay aquí?

Asha la apóstata la miró con frialdad.

—Por supuesto que no —respondió—. Sin embargo, para contestarte con precisión en términos de las hijas del Maya, términos que espero que entiendas, soy la única madre de grado B.

—¿Y has parido hijos? —continuó Saraswati. Jyanvi y la Burra Azul la miraron. ¿Qué se le había metido en la cabeza? ¿Acaso no se daba cuenta que estaban de visita?

Asha la apóstata replicó con fría furia:

—Parí una sola hija. Cuando era todavía una bebé fue separada de mí por la fuerza.

La matriarca le puso un brazo sobre los hombros y explicó suavemente:

—Gargi está bien. Saraswati es del Maya, después de todo. Trata de ser paciente con ella... no alberga malas intenciones.

La Burra Azul volvió a intervenir:

—Gargi, la buena, es una niña espectacular —le dijo a Asha gentilmente—. Perdona nuestra torpeza. Creo que lo que todas deseamos preguntar es cómo mantienes a tu población.

Asha la apóstata la miró sorprendida.

—Pero eso es obvio, ¿no? robando a las madres del Maya, por supuesto.

Pero Saraswati estaba perpleja.

—¿Quieres decir que te has robado a nuestros niños y nadie se ha dado cuenta? —preguntó.

Fue a Saraswati a quien la matriarca regañó, entonces.

—No, querida. Asha no está diciendo que se robe a las hijas de Maya. Está hablando de los niños lindos.

—Exacto —dijo Asha, con calma—. Nos robamos a los niños lindos, a quienes dejan bajo el árbol siempre que hay un sobrante en la población.

—¿Pero por qué? —preguntó Saraswati, para quien aquello no tenía sentido—. ¿Para qué los quieres? Son belicosos y estériles y ni siquiera pueden reproducirse. ¿Cuál es el punto?

—Son las madres de Maya quienes los producen —le dijo Asha, intentando ser paciente con Saraswati.

—Pero eso es solo por el semen —replicó Saraswati.

Asha la apóstata miró exasperada a su hermana y le dijo

—¿Matarías a una de las hijas de Maya o la dejarías bajo un árbol para que muriera?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces por qué estarías dispuesta a destruir a los niños lindos? —Asha pensó que quizá entonces Saraswati entendería su punto.

Pero Saraswati solo negó con la cabeza antes de agregar:

—No es lo mismo en absoluto, y en todo caso no queremos matarlos. Es simplemente un tema de mantener los números.

Asha la apóstata se dio por vencida.

—Me doy cuenta —agregó en voz baja— que muy poco ha cambiado en mis años de exilio.

—Ah, pero si ha estallado una rebelión últimamente —dijo Valerie, interviniendo por primera vez—. Tu hermana Shyamila ha usurpado el trono.

Asha se rió.

—¿Quién hubiera pensado que Shyamila sería capaz de eso? —le estaba costando tomarse el asunto en serio.

—Sarla Devvi la apoyó —explicó Saraswati—. Todas hemos sido exiliadas.

Asha se dio cuenta entonces de que para las otras era un asunto verdaderamente serio.

—¿Es cierto eso? —preguntó a su madre, pero al no recibir ninguna explicación se contentó con añadir—. Es en realidad una sorpresa.

—Que debe rectificarse —corrigió Saraswati—. ¿Nos ayudarías?

—¿A qué? —preguntó Asha.

—A reconquistar el matriarcado de Maya —respondió Saraswati de inmediato.

Asha la apóstata sonrió.

—¿Cómo y por qué las ayudaría?

—Con la ayuda de los niños lindos podríamos vencer —explicó Saraswati—. En cuanto al porqué, eso depende de ti. ¿Quizá podríamos darte algo a cambio? ¿El perdón real? ¿La oportunidad de ser de nuevo una habitante de Maya? Algo así...

En aquel momento Asha la apóstata se rió abiertamente.

—Ahora Saraswati, considera. ¿Me estás proponiendo tú, una leal habitante de Maya, que marche con un ejército de muchachos lindos en contra de la ciudad?

Saraswati tuvo la decencia de lucir avergonzada.

—Bueno, no necesitamos marchar sobre la ciudad. Una amenaza podría bastar —agregó mirando a Valerie—. Hemos recibido ofertas de ayuda.

—Ya veo —Asha la apóstata todavía se veía divertida—. Y una vez que mis niños lindos te ayuden a recuperar Maya Nagar, ¿qué harás tú por ellos?

—¿Qué te gustaría? —contraatacó Saraswati.

—Un cambio en las instituciones y derechos iguales para los chicos —dijo Asha subiendo el tono—. Los niños deberían recibir una educación decente. Debería permitírseles convertirse en madres como todos los demás.

—¡Pero no son capaces! —protestó Saraswati.

—Los niños lindos no pueden convertirse en madres biológicas, pero ciertamente son capaces de obtener estatus de grado A y grado C. Lo hemos probado aquí en Ashagad —Asha trató de sonar lo más razonable posible.

—Bueno, eso puede ser o no —respondió Saraswati, escéptica. Sabía que su hermana mayor tenía ideas raras. Por algo la habían exiliado, después de todo—. Si se me permite decirlo, los asuntos internos del matriarcado maya no tienen nada que ver contigo.

Asha la apóstata seguía sonriendo.

—Muy bien. Entonces propongo un intercambio entre el matriarcado del Maya y la fortaleza de Asha a cambio de nuestra ayuda.

—¿Un intercambio? —la propuesta de Asha había tomado a Saraswati por sorpresa—. ¿Pero qué querrías? Oh claro, por supuesto...

—Exacto —le dijo Asha—. Lo que queremos son sus sobrantes de varones. En realidad, ¿por

qué no darnos a todos sus varones? a cambio nosotros les donaríamos el semen.

Saraswati frunció el ceño antes de replicar:

—Pero eso no sería lógico, pues ahora mismo ya podemos proveernos de nuestras propias reservas con muy pocos problemas y gastos.

La matriarca detuvo entonces la conversación.

—Asha está jugando contigo —le dijo a Saraswati—. Eres una buena hija del Maya y has sido criada correctamente, pero también estás fuera de tu ámbito. Guarda silencio.

Era un desaire, pero la matriarca lo consideró necesario. Luego se volvió hacia su otra hija y le advirtió:

—Eres mayor que Saraswati. Deja de molestarla... habla en serio.

—Pero madre —dijo Asha la apóstata sonriendo a la matriarca—. Estaba hablando en serio. De hecho, ahora he pensado en un plan mejor. Podríamos intercambiar algunas de las hijas de Maya por los hijos de Ashagad.

Saraswati había molestado a Asha y esta no se pudo contener para provocarla.

—¿Qué quieres decir? —interrumpió Saraswati—. A cambio de nosotras, ¿exigirías que te mandaran una cantidad extra de muchachos? ¿no entendiste nada? Shyamila nos exilió. No nos quiere de regreso.

—Tú eres la que no entiende —respondió Asha—. Me refiero al intercambio abierto de niños por niñas.

—¡Nunca! —Saraswati se puso de pie, indignada.

—¡Cállense las dos! —silenció la matriarca a sus hijas.

—Sí, madre —respondió Asha, dócil, y Saraswati se sentó, pero la matriarca sabía que la obediencia de sus hijas tenía un límite. Se recargó con fuerza en la Burra Azul aquella noche mientras caminaban por los corredores de piedra.

En cuanto a las otras, Valerie no sabía si sentirse complacida o confundida; Saraswati estaba de un humor de perros; y Jyanvi, como se estaba volviendo habitual en ella, se sentía ansiosa.

Ella soñó aquella noche que la Burra Azul estaba en un trono tallado dentro de la montaña. Ante ella se hallaban todas las criaturas, y tras ella se agrupaban las madres de Maya. A sus pies se congregaban docenas y docenas de bebés chillando. Jyanvi no estaba en el sueño, y por eso se sintió agradecida. De repente una gran voz (quizá la diosa) rugió la pregunta: «¿Deberían vivir estas criaturas?». La Burra Azul miró hacia arriba, perpleja. «Sí», respondió. «¿Por qué no? Todas las criaturas quieren vivir». Parecía que no había entendido el significado de la pregunta, mucho menos su dimensión moral. Se paró y se alejó para mordisquear un poco de césped.

Jyanvi se preguntó si debía contarle a la Burra Azul sobre su sueño, pero al final decidió que no era conveniente.

CAPÍTULO 12

LOS BEBÉS DE ASHA

Mohan y Madhu eran encantadores... desde cualquier punto de vista. En secreto Saraswati lo reconocía. Eran educados, ansiaban complacer y la trataban con gratificante consideración. A su manera eran incluso bien parecidos. Asha les había encargado que lidiaran con las visitantes. Asha misma estaba en una reunión con la matriarca y la Burra Azul. Saraswati se había sentido un poco decepcionada de que no la hubieran invitado, pero había decidido sacar el mejor provecho de ello. Después de todo, Jyanvi y Valerie estaban con ella. Tomaban té junto al gran estanque que abastecía de agua a todo Ashagad. El verde del estanque, los lotos, los pequeños peces que nadaban en sus aguas, la sombra de los árboles y el placentero tapiz de tierra roja y campos verdes en el valle bajo ellos hacían que a cualquiera le resultara difícil estar de mal humor.

Mohan respondía una pregunta que Jyanvi le acababa de hacer.

—El trío que observan tallado una y otra vez en las laderas son Kurup y Kripa, son los primeros niños, y su madre, la diosa.

—Pero en la mayor parte de las inscripciones que he visto, parece que la madre está enojada con ellos. ¿Por qué?

Madhu le sonrió a Jyanvi antes de responder:

—Bueno, ya sabes cómo es esto. Narramos historias para explicarnos las cosas a nosotros mismos. La diosa está enojada con el chico, Kurup, porque él no se parece a ella ni se convertirá en una mujer como es debido. Y como no está segura de quererlo, lo manda lejos. Por eso él llora.

—¿Qué pasa con la niña? —quiso saber Jyanvi—. ¿Por qué la diosa está enojada con ella?

—Porque se rió de Kurup, y le dijo que era un inútil y que jamás sería capaz de ser madre, en absoluto —respondió Madhu.

Saraswati había intentado seguir la conversación, pero las últimas palabras de Madhu la confundieron. Después de todo, la niña solo había dicho la verdad.

—¿Por qué eso hizo enojar a la diosa? —preguntó.

Madhu parecía confundido a su vez. Para él la respuesta estaba clara. Sin embargo hizo un esfuerzo antes de responder:

—Bueno, pues porque después de todo, la diosa había hecho a Kurup.

Jyanvi decidió que aquel era terreno resbaloso. Además, quería enterarse del resto de la historia.

—¿Y luego qué ocurrió? —preguntó.

—Luego la diosa maldijo a la niña y dijo que, sin la ayuda de Kurup ella, Kripa, también sería estéril. Por eso está llorando —explicó Madhu.

—Ya veo. Gracias por decírnoslo.

Jyanvi no hizo ningún comentario más acerca de la historia. Miró a Saraswati, pero Saraswati también estaba practicando la discreción. Fue Valerie la que explotó:

—¿Sabes? Originalmente vengo de un país donde los chicos lindos gobiernan.

—Ah, sí —respondió Mohan con gentileza—. Tu país debió ser como Ashagad. ¿Tú eras la emperatriz? ¿Qué hicieron después de que los dejaste?

—Ni siquiera se dieron cuenta de que me había ido —le explicó Valerie—. No lo entiendes. Mi país está repleto de mujeres como yo. Una más o menos no importa mucho que digamos.

Mohan la miró, sorprendido.

—Pero las madres siempre importan —dijo con lógica—. Si había muchas otras madres como tú, entonces... ¿cómo era posible que los chicos lindos gobernaran? Por cierto, preferiríamos que no usaras esa expresión. Por algo nos hacemos llamar hijos de Asha.

—Lo siento —Valerie reconoció la corrección—. Es difícil explicar —continuó—, porque los hijos de Asha y las hijas de Maya siempre han vivido juntos en mi país. Y los hijos de Asha dominan a las hijas de Maya.

—Ya veo —Mohan estaba haciendo todo lo posible por ser educado, aunque era obvio que en realidad pensaba que Valerie estaba diciendo un montón de tonterías—. Sería un arreglo inusual, ¿no es cierto? ¿Por qué los hijos de Asha dominaban a las hijas de Maya? ¿En qué sentido?

Valerie miró a Jyanvi pidiendo ayuda, pero Jyanvi tenía los ojos fijos en el estanque. En cuanto a Saraswati, parecía tan sorprendida como los hijos de Asha. Valerie perseveró valiente:

—Bueno, verás, los hijos de Asha querían que las hijas de Maya parieran a sus hijos.

—Es obvio que solo una hija de Maya puede ser madre biológica, y un hijo de Asha no. ¿A eso te refieres? —Mohan fruncía el ceño debido al esfuerzo que le costaba comprender.

—No, me refiero a que los hijos de Asha esclavizaron a las hijas de Maya y se las dividieron entre ellos. Mientras más importante fuera el hijo de Asha, más hijas de Maya poseía —Valerie trató de hablar lo más lento posible, con la intención de que eso hiciera que su discurso fuera más claro.

Ahora era Madhu quien fruncía el ceño.

—¿Pero para qué querrían los hijos de Asha esclavizar a las hijas de Maya? Y además... ¿cómo lograrían eso? ¿por qué las hijas de Maya no los detuvieron?

Valerie empezaba a desear haberse quedado callada, pero los jóvenes la miraban, expectantes. Tomó aire antes de continuar:

—Bueno, verán, es que solo los hijos de Asha existen. Las hijas de Maya, no.

—Pero acabas de decir...

—Quiero decir que solo los hijos de Asha importaban de verdad —clarificó Valerie.

—¿Quieres decir que solo los hijos de Asha eran importantes para los hijos de Asha y que solo las hijas de Maya eran importantes para las hijas de Maya? —preguntó Madhu.

—No exactamente. Me refiero a que los hijos de Asha tenían todo el poder. No, no me interrumpas. Piénsenlo de este modo: cada hijo de Asha pensaba que era una especie de granjero, y cada hija de Maya era un pedazo de tierra que podía ser de su propiedad.

—¿Qué?

Algunas de las ideas de Valerie eran tan ajenas que los dos hijos de Asha tenían problemas para escucharla.

—Su propiedad —repitió Valerie—, que podrían usar para hacer crecer a sus bebés. ¿Ahora lo entienden?

Madhu negó con la cabeza, como disculpándose, pero el rostro de Mohan se iluminó de repente.

—Creo que puedo explicarlo —le dijo a Madhu con entusiasmo—. Creo que quiere decir que en su país los hijos de Asha encuentran a sus hijos en los campos, en lugar de bajo los árboles, como hacemos aquí —se las había arreglado para hacer sentido de la historia de Valerie, y lucía muy orgulloso de sí mismo.

Jyanvi escondió una sonrisa, pero Valerie se dio cuenta.

—Podrían haberme ayudado —le reprochó.

—¿Ayudarte a qué? —preguntó Jyanvi.

—Explicar las cosas.

—¿Por qué?

Valerie se dio por vencida. Se volvió hacia los hijos de Asha con ánimos de conversar y preguntó:

—¿Ustedes tienen bebés?

Madhu sonrió con expresión afectuosa.

—Ambos hemos alcanzado el estatus de grado A —explicó—. Yo tengo un niño. Mohan está esperando todavía a su bebé.

—¿Cuándo lo tendrá? —inquirió Jyanvi, sintiendo que debía contribuir a la conversación dado que Saraswati no estaba aportando prácticamente nada.

—Pronto, me parece —respondió Mohan—. Tan pronto como el árbol sea generoso.

—¿Hay muchos bebés?

—Oh, no.

En aquel momento Saraswati preguntó:

—¿Todos los bebés que encuentran son chicos lindos... quiero decir, pequeños hijos de Asha?

—Sí, por supuesto —respondió Mohan.

—¿Qué harían si encontrarán a una pequeña hija de Maya? —preguntó Jyanvi, sin poder resistirse.

Mohan y Madhu dudaron. Esa posibilidad nunca se les había ocurrido.

—Devolvérsela a las hijas de Maya, supongo —dijo por fin Mohan—. ¿Qué podríamos hacer con ella? Las hijas de Maya y los hijos de Asha no se mezclan —añadió con una inclinación de cabeza en la dirección de Valerie—, al menos no es una de nuestras costumbres.

—Pero ustedes tienen una emperatriz —dijo Valerie.

—Sí, pero ella es la primera madre, la representante de la diosa, y solo hay una —explicó Mohan.

—Supongo que podríamos mantener a la pequeña hija de Maya como una especie de emperatriz en ciernes —aventuró Madhu con una sonrisa.

Los hijos de Asha les ofrecieron más té y samosas, que las visitantes aceptaron, agradecidas. Saraswati estaba a punto de hacer algún comentario sobre el sistema de riego cuando Valerie,

quien de pronto había visto una manera de hacer que los hijos de Asha entendieran lo que les había querido explicar, preguntó de repente:

—¿Qué harían ustedes si en algún momento los bebés dejaran de llegar?

Mohan puso en la mesa el plato con samosas que había estado repartiendo.

—Bueno, supongo que les pediríamos por favor a las hijas de Maya que nos dieran algunos. De ahí es de donde provienen originalmente, ¿no es cierto?

—¿Y qué pasaría si las hijas de Maya se negaran? —persistió Valerie.

Los hijos de Asha lo pensaron un momento.

—Quizá podríamos ofrecerles pagar por los bebés —ofreció Mohan.

—¿Y si les dijeran que no hay nada con lo que puedan pagar por los bebés?

No se podía negar que Valerie hablaba con una intensidad particular.

—Entonces supongo que tendríamos que hacerlos —respondió Madhu, renuente.

—¿Cómo?

Valerie lo miraba directamente.

—Por la fuerza, supongo —masculló Madhu mirando a lo lejos. No le gustaba nada aquella conversación.

Pero Valerie había obtenido lo que deseaba.

—¿Ahora lo ven? —les preguntó.

—¿Ver qué? —preguntó Mohan, intentando no sonar molesto. ¿De qué hablaba esa extranjera?

—Por qué los hijos de Asha han esclavizado a las hijas de Maya en mi país —respondió Valerie.

Mohan negó con la cabeza. ¿Qué tenía que ver eso con todo lo demás?

—No, no lo veo —dijo al fin.

—¿Acaso no lo entienden? las han esclavizado para forzarlas a parir a sus hijos —durante un instante Valerie se preguntó si los hijos de Asha se estaban haciendo los tontos.

Mohan estaba perplejo.

—¿Bebés de Asha?

—No, bebés de Asha y bebés de Maya que entonces pertenecen a un hijo de Asha en particular —explicó Valerie.

Madhu suspiró. Era obvio que Valerie no pensaba dejarlo ir. Habría que complacerla, entonces.

—¿De qué manera? —le preguntó, educado.

—Los bebés poseen sus genes en específico —les dijo Valerie.

Tanto Mohan como Madhu protestaron al unísono:

—¿Cómo es eso posible?

Valerie explicó:

—Porque solo su semen es utilizado para impregnar a la hija de Maya que le pertenece —Mohan y Madhu se veían asqueados, de modo que no ahondó en los detalles, pero concluyó diciendo—, así que ahora se dan cuenta por qué la propiedad exclusiva de una hija de Maya es tan importante para los hijos de Asha en mi sociedad.

—Con todo respeto —murmuró Madhu—, nada de eso suena placentero en absoluto.

—No lo es —replicó Valerie.

—Entonces, ¿quién es la madre del bebé? —preguntó Mohan.

Valerie lo pensó antes de responder:

—Un hijo de Asha es siempre la madre de grado A, y una hija de Maya es siempre la madre de grado B —profirió por fin—, pero el hijo de Asha le delega sus deberes a la hija de Maya. A veces, si son ricos, contratan a un grupo de hijas de Maya y en ocasiones a algún hijo de Asha para que funcionen como madres de grado C.

—Ya veo —dijo Mohan. Había tenido suficiente, de modo que se puso de pie—. Gracias por explicarnos todo esto. Fue muy interesante. Ahora, ¿les gustaría ver nuestros campos?

—Sí, por favor —respondieron al instante Jyanvi y Saraswati. Saraswati se había sentido cada vez más aburrida, y agradeció el respiro, pero Valerie se sentía molesta aunque intentara ocultarlo. Le parecía que tanto Saraswati como los hijos de Asha la consideraban inferior por pertenecer a una sociedad mixta. En cuanto a Jyanvi, pensó que como lesbiana no se sentía implicada en nada de aquello.

Valerie se adelantó y se alejó de los otros, pero Madhu se percató de su estado de ánimo y le propuso:

—Ven. Hemos preparado el almuerzo para ustedes en uno de los canales del valle. Es muy bonito. Asaremos granos frescos y creo que te gustará. Vayamos a divertirnos —agregó entrelazando su brazo con el de ella. Valerie suspiró. Se le habían olvidado cuántos años habían pasado desde que caminara tomada del brazo de un apuesto joven; pero para este joven ella era, supuso, no más que una amigable criatura de otra especie. Todo aquello resultaba, como Mohan había dicho, muy interesante. Se sentía sola.

CAPÍTULO 13

DESPRECIABLE REPTIL

Asha la apóstata entró en los aposentos de Madhu. Estaban escasamente amueblados y bellamente proporcionados. Algunos muebles habían sido tallados directamente en la piedra y en la pared de la derecha yacía una talla, todavía incompleta, de un árbol de Neem. Cada una de las hojas había sido delineada a consciencia, incluso los bordes serrados. Asha lo miró y le sonrió a Madhu.

—Está quedando muy bonito —le dijo—. Mohan debe estar complacido. ¿Tienes un momento? Madhu le sonrió de vuelta.

—Sí, madre, pero debemos ser silenciosos. Apenas me las arreglé para dormir a Balu, y no quiero que despierte y se ponga a llorar otra vez.

Se puso de pie y cargó al bebé hasta su pequeña cuna, donde lo arropó. El bebé continuó durmiendo en paz; por un momento ambos miraron al bebé dormido, uno al lado del otro.

—Son los dientes, seguro —murmuró Asha—. Fuera de eso, ¿se encuentra bien?

Madhu asintió antes de responder:

—Creo que sí. Ha estado un poco malhumorado.

Asha le dio un golpecito a Madhu en el hombro y dijo:

—Te ves cansado.

Madhu sonrió.

—Lo estoy... un poco. Balu lloró casi toda la noche. Desearía que viviéramos en algún lugar donde hubiera más madres entrenadas —confesó, esperando a que su madre se sentara para sentarse él también fatigado.

Asha lo miró, sentado con su *sarong* azul y la *kurta* blanca. Fuera lo que fuera que las madres del Maya pensarán, era inteligente y grácil, además de hermoso. Se sentía orgullosa de él.

—¿Te gustaría vivir en Maya Nagar? —le preguntó.

Madhu dudó.

—Si me lo hubieras preguntado ayer —convino—, podría haber respondido «sí» o «no lo sé», pero ahora creo que no —dijo frunciendo el ceño al recordar la conversación de la mañana.

—¿Por qué? —inquirió Asha—. ¿Nuestras visitantes te disuadieron? —sonaba un poco preocupada.

—No, no exactamente —replicó Madhu—. Fueron muy agradables. Es solo que una de ellas describió una sociedad en la que los hijos de Asha y las hijas de Maya viven juntos. ¡Fue horrible!

—enfaticó con una mueca—. Habló de esclavitud y otras prácticas que parecen inimaginables.

Asha le sonrió, tranquilizadora.

—Oh, no quise decir que quisieras vivir en Maya como uno de los «chicos lindos» —le aseguró—. Me refería a si te gustaría vivir ahí como un igual, un hijo más de Maya.

—Supongo que sí —Madhu sonaba dudoso—. Sabes, en la sociedad que describió Valerie, las hijas de Maya eran esclavas y nosotros sus dueños.

—¿Quiénes son «nosotros»? —preguntó Asha, molesta.

—Los hijos de Asha, por supuesto... ¿quién más? —preguntó Madhu.

—Ya veo —dijo Asha, poniéndose de pie—. Bueno, lamento escuchar que nuestras huéspedes te hayan metido tanta basura en la cabeza. Valerie, por supuesto, es una extranjera... no una hija de Maya.

El reproche en la voz de Asha era evidente, pero Madhu no respondió a él. Estaba tratando de formular una pregunta. Al final, lo intentó:

—Madre... ¿eres una hija de Asha o una hija de Maya?

Asha se sorprendió.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó—. Nací en Maya. Crecí en Maya, y ahora gobierno en Ashagad. Supongo que, si has de usar esas ridículas etiquetas, entonces soy ambas.

—¿Pero yo puedo ser ambos? —Madhu tenía el ceño fruncido por el esfuerzo que le costaba meditar el problema—. No sé cómo podría yo proclamarme un hijo de Maya.

—Bueno, ¿y qué si no puedes? —respondió Asha con brusquedad—. Digamos que eres un hijo de Asha. ¿Por qué es importante?

—Sería importante si los hijos de Asha pelearan contra las hijas de Maya —explicó Madhu lentamente.

Asha se le quedó viendo.

—¿Por qué pelearíamos unas contra otras? ¡Qué idea tan extraña! esta mañana, justo cuando discutíamos la posibilidad de un tratado, uno de los problemas con el que nos encontramos es que las hijas de Maya y los hijos de Asha tenemos en realidad muy poco en común.

Madhu dudó y luego dijo con voz quebrada:

—Madre, todo el mundo sabe que las hijas de Maya tienen algo que nosotros queremos... bebés de Asha. Si dejaran de llegarnos, tendríamos que pelear.

Asha sintió una tremenda tristeza. ¿A ese punto habían llegado? Aún así, era mejor saber a qué ideas había llegado Madhu. Jaló el borde de su sari y se lo colocó alrededor de los hombros con firmeza antes de declarar:

—Ya veo. ¿Es eso lo que las hijas de Maya te han estado diciendo?

—No, no exactamente. Solo estuvimos hablando —Madhu miró a su madre y trató de explicarse—. Es solo que me di cuenta por primera vez de que para obtener bebés dependemos de las hijas de Maya.

Asha se inclinó hacia adelante y acarició el cabello de Madhu. Luego le dijo con gentileza:

—Fuiste tú quien inventó la historia de Kripa y Kurup. Ustedes son necesarios también.

Pero Madhu solo parecía cada vez más conflictuado cuando aseveró:

—No, madre, justo ese es el punto. Las hijas de Maya tienen su propia reserva de hijos de Asha cautivos... los llaman «los chicos lindos». A los hijos de Asha no nos necesitan. Tú sabes eso —hizo una pausa antes de continuar—. Madre, ¿qué pasaría si tuviéramos nuestra propia

reserva de hijas de Maya cautivas para que hicieran a nuestros bebés? Entonces no dependeríamos de ellas.

Asha se retorció, furiosa.

—Me avergüenzas —le dijo—. ¡No sabía que fueras capaz de una idea tan alienante!

Madhu se disculpó de inmediato.

—No lo dije en serio. Solo trato de entender las cosas. Además, no es mi idea, sino de Valerie.

—¿Valerie?

—Bueno, Valerie dijo que, de donde ella viene, los hijos de Asha son dueños de las hijas de Maya y las obligan a tener a sus hijos —explicó a Asha.

Asha no sabía qué pensar.

—¿Te dijo por qué? —preguntó a Madhu.

—No, pero cuando Mohan y yo lo discutimos con los otros, Mohan sugirió que si en realidad fuera cierto que los hijos de Asha y las hijas de Maya vivieran juntos, entonces sería la única forma en que las hijas de Maya parirían muchos hijos de Asha —miró a Asha y continuó—. Ese debe ser el porqué.

Asha estaba empezando a confundirse cada vez más, pero era importante descubrir qué estaba ocurriendo en realidad.

—¿Por qué? —preguntó ella con cuidado—. ¿Querría alguien forzar a las hijas de Maya a parir más hijos de Asha?

Madhu parecía sorprendido.

—Para que pudiera haber más como nosotros —afirmó—. Mira, nos dimos cuenta de que para hacer bebés no se requiere un gran número de hijos de Asha. Y de todos modos, las hijas de Maya seguramente querrían hacer más hijas de Maya. No se molestarían en hacer más hijos de Asha —agregó mirando involuntariamente a su propio hijo.

Asha frunció el ceño.

—Ya veo... han estado hablando de esto entre ustedes. ¿Te das cuenta del daño que has causado?

Madhu nunca había visto a su madre tan enojada.

—Solo compartíamos ideas —protestó—. Son solo ideas. ¿Qué daño pueden hacer?

—¿Y te atreves a llamarte a ti mismo poeta?

Madhu se encogió al escuchar el desprecio en la voz de Asha. Esta añadió, más tranquila:

—Será mejor que me cuentes el resto.

Madhu se veía avergonzado.

—Bueno... —confesó— Mohan sugirió la idea de la «guerra».

Asha no podía creerlo.

—¿Me estás diciendo que Mohan quiere hacer la guerra contra las hijas de Maya?

—Oh, no —respondió Madhu—. No pretenderíamos hacer nada de eso. Era solo una idea, pura abstracción. Él nada más quería reflexionar al respecto.

—Ya veo. ¿Y puedo preguntar a qué conclusiones llegó?

Era obvio que Asha estaba furiosa, y Madhu casi deseaba no haber dicho nada de lo que dijo, pero las ideas lo perturbaban y quería saber lo que su madre pensaba al respecto. Bueno, no le

quedaba más que continuar.

—Simplemente la guerra era la conclusión lógica, madre. Verás, para estar totalmente seguros acerca del suministro de bebés, tendríamos que esclavizar a las hijas de Maya. Y para eso tendríamos que hacer la guerra.

—Bueno —replicó Asha—, dado que estamos siendo lógicos... ¿nadie apuntó que para eso se necesitaría un gran número de hijas de Maya?

—Sí —masculló Madhu.

Pero Asha continuó:

—¿Y a nadie se le ocurrió añadir que, si le hacemos la guerra a las hijas de Maya y las matamos, entonces habría un descenso considerable de hijas de Maya y por lo tanto de bebés?

Madhu se sentía cada vez más incómodo, pero respondió con la verdad:

—Enviamos a alguien a preguntarle eso a Valerie, pero ella se enojó. No lo entendimos del todo... parecía que ella estaba diciendo que para poder someter a las hijas de Maya, y para poder tener más bebés, los hijos de Asha las impregnaban.

—¡Qué!

—Bueno..., era todo muy confuso. Te dije que no tenía sentido —dijo Madhu, sintiéndose muy desdichado—. Y en todo caso hay una idea que muchos de nosotros hallamos más interesante, y es que existe la posibilidad de marcar a tus bebés por medio de tus genes —miró la cuna de Balu y continuó trabajosamente—. Amo a Balu, pero si supiera que cuenta con la mitad de mi carga genética, entonces creo que me sentiría diferente. Quizá lo amaría más, no lo sé. Hay algo en esa idea que es tan seductor... —miró a Asha antes de continuar—... y al mismo tiempo todas estas ideas son ¡tan repulsivas! —dejó de hablar, impotente.

Pero por una vez Asha no parecía conmovida por su miseria.

—Y entonces, ¿qué concluyes? —le preguntó con frialdad—. ¿Habría que hacer la guerra, o no?

—Oh, madre, no concluimos nada. Era simplemente un tema de lógica. Verás, estábamos particularmente interesados por la idea de poder tener bebés propios, genéticamente marcados... así que si ese era el fin, el medio lógico sería esclavizar a unas cuantas hijas de Maya. Nada de eso iba en serio. Solo jugábamos con las ideas. No pretendíamos hacer daño a nadie —rogó Madhu.

Asha se puso de pie.

—Y sin embargo han hecho un daño considerable —declaró—. Tú y Mohan se han portado como un par de niños irresponsables. ¿Cómo pudieron? ¡Ustedes, que tienen grado de madres! Esto no es un juego. No estaban «jugando» con las ideas. Enviaré a alguien para cuidar a Balu. Por favor componte. Toma dos guardias y pon a Valerie en una celda de aislamiento. Dile que lo hacemos para su propia protección. Luego envíame a Mohan. Y, Madhu...

—¿Sí, madre?

—Crece de una vez.

* * *

Era muy tarde por la noche. Habían despertado a Jyanvi y la habían convocado a los aposentos de la matriarca. Ahora miraba a la matriarca, a Saraswati y a la Burra Azul.

—¿Valerie corrompió la moral de los hijos de Asha? —repitió la pregunta de la matriarca de forma estúpida. No estaba segura de haber entendido bien.

—¿Y? —dijo la matriarca— ¿la corrompió? ¿por qué está Asha tan enojada? ¿qué pasó esta mañana? ¿qué le dijo Valerie a los hijos de Asha?

—No ocurrió mucho —respondió Jyanvi—. Valerie trataba de explicar las costumbres de su país... donde creció, quiero decir... pero Madhu y Mohan no le entendían, y entonces empezó a alterarse cada vez más. Ya sabes cómo es ella... eso fue todo.

Saraswati se aclaró la garganta y dijo:

—Los cargos que se le imputan son que Valerie incitó a Madhu y Mohan a declarar la guerra a las hijas de Maya.

Jyanvi se sentía confundida.

—Pero no hizo eso —dijo—. Tú la escuchaste... tú estabas ahí. Y en cualquier caso me parece que estaban buscando aliados para reconquistar el país de Maya. Así que incluso si lo hubiera hecho... ¿por qué sería importante? ¿Está de verdad enojada la apóstata?

—Sí —respondió Asha, entrando de pronto en los aposentos de la matriarca—. Tu amiga ha estado enseñando a mis pobres niños inocentes a hacer la guerra contra todas las mujeres. Aparentemente así se estila en el país del que proviene.

Hasta ese momento Jyanvi pensaba que había existido algún malentendido absurdo, pero ahora miraba a la Burra Azul, inquieta. La Burra Azul le devolvió la mirada y susurró:

—Verás, Valerie les ha presentado los conceptos de esclavitud, violación y guerra a los jóvenes hijos de Asha.

—¿Y ellos? —preguntó Jyanvi.

—Están fascinados.

Jyanvi no sabía qué decir. Empezaba a tener alguna idea de lo que había ocurrido. Escuchó que la matriarca le decía:

—Ve a ver a Valerie y persuádelas de que se retracte.

Jyanvi estaba a punto de decir que Valerie no iba a entender de qué se trataba todo aquello, pero la mirada de la matriarca la hizo comprender que aquel no era el punto.

—Sí, Aisahib —le aseguró—. Iré de inmediato.

Descendieron por los corredores. Tan pronto como vieron a Valerie, ella se puso de pie y exigió saber por qué se le dispensaba aquel rudo trato.

Asha la miró con asco. Era evidente que cualquier proximidad con Valerie le desagradaba.

—Será mejor que tú hables con ella —le dijo a Jyanvi, y las dejó.

Jyanvi entró a la celda y se sentó. Valerie estaba muy alterada... el primer paso era tranquilizarla.

—Mira —comenzó a decir Jyanvi—, no es cuestión de justicia o injusticia, solo de perspectiva. Tienes que ponerte en su lugar.

—¿Cuál lugar? —gritó Valerie— ¿Qué es lo que se supone que hice? ¿Por qué Asha me mira como si fuera una especie de despreciable reptil?

De repente Jyanvi tuvo una idea. Le explicaría todo a Valerie en términos que Valerie pudiera entender.

—Te criaron como cristiana, ¿cierto? —preguntó Jyanvi.

—Sí —dijo Valerie—. ¿Pero qué tiene que ver eso con todo lo demás? Pensé que se suponía que ibas a tratar de ayudarme.

—En eso estoy —le dijo Jyanvi—. ¿No te das cuenta de que, desde el punto de vista de Asha, tú eres la serpiente del jardín del edén? Hiciste que sus preciosos muchachos probaran la fruta del árbol del conocimiento, y ahora han sido corrompidos.

Valerie la miró, incrédula.

—¿Asha, la apóstata, dijo eso?

—No, por supuesto que no —respondió Jyanvi—. Ella nunca ha escuchado nada sobre el jardín del edén ni nada de eso. Solo estaba tratando de hacer que entendieras.

—¿Entender qué? —Valerie sonaba furiosa y exasperada.

—Cálmate y escúchame un momento —exigió Jyanvi, dándole unos golpecitos a Valerie en el brazo—. Les contaste a los hijos de Asha sobre un patriarcado heterosexual, ¿no es cierto?

—¿Y qué?, parecían asqueados —dijo Valerie con amargura.

—Bueno, quizá sí por algunos aspectos, pero también estaban fascinados. Les diste conocimiento, ¿no lo ves?

—¿Conocimiento de qué?

—De otras posibilidades —explicó Jyanvi—. El conocimiento de que las cosas podrían ser distintas a como son. Les metiste ciertas ideas en la cabeza.

—¿Cuáles ideas?

Valerie se sentía perpleja. ¿De qué se le acusaba?

—Ideas de violación, esclavitud y guerra —respondió Jyanvi.

—¡No hice nada de eso! —gritó Valerie.

—¿Pero no te acuerdas?, describiste los conceptos. Y lo que no describiste lo dedujeron ellos mismos.

—Pero no dije que ninguna de esas ideas fuera buenas —protestó Valerie—. No pretendía hacer ningún daño. No hubo mala intención.

—No recuerdo que la serpiente hiciera ninguna recomendación en específico —dijo Jyanvi con sequedad—. No fue necesario.

—Pero dejé esa sociedad y esas normas. ¡Sufrí por ellas!

A Valerie le estaba costando creer que lo que había dicho se hubiera malinterpretado de tal modo.

—La serpiente también sufrió —señaló Jyanvi—. ¿Puedes imaginar una conversación en la que le dicen a la serpiente que lo que sería demasiado para cualquier serpiente sensible podía estar muy bien para los hombres ordinarios?

Valerie miró a Jyanvi con horror y le preguntó:

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo —aclaró Jyanvi—, que describiste una sociedad en la que había amos varones y esclavas hembras. Que tú digas que era un lugar horrible hace mucho sentido desde tu punto de vista, pero no necesariamente desde el punto de vista de los hijos de Asha.

—Pero Mohan y Madhu fueron tan amables —aulló Valerie—. Seguro no me estás diciendo que estarían sugiriendo violar y matar...

—Oh, no, no. Pero inseminación artificial y esclavitud probablemente sí —respondió Jyanvi.

A Valerie todavía le costaba trabajo creerlo.

—¿Me estás diciendo que los hijos de Asha de hecho lo entendieron todo?

Jyanvi negó con la cabeza.

—No, pero hay especulaciones, y una preocupación natural sobre lo que más les conviene.

—¿Qué vamos a hacer?

Valerie había perdido la indignación. Sonaba temerosa.

—Encontrar una manera de convencer a los varones de que no les conviene una sociedad dominada por varones.

Jyanvi lo sentía por Valerie, pero al explicar el problema había terminado por entenderlo demasiado bien.

—¿Pero eso es posible? —preguntó Valerie.

—No lo sé —murmuró Jyanvi. Luego añadió, con un poco más de amabilidad—. Ahora duerme, intenta descansar un poco.

SANTA SUNITI Y EL DRAGÓN

Como había hecho ya en *Conversaciones de la vaca*, le di mi propio nombre a la bienintencionada, pero ligeramente ridícula figura protagónica de Santa Suniti, con la finalidad de dejar claro que su contexto es hindú y no necesariamente cristiano. Pero hay otras razones, también importantes. Existen tres Sunitis en la serie: la aspirante a santa, la escritora que atraviesa las páginas del libro y la Suniti cuyo nombre aparece en la portada. Estas tres corresponden al mundo privado en que Suniti lucha por ser buena, el mundo de la escritora, donde estos esfuerzos son descritos y el mundo real, en el que ocurren muchas atrocidades al mismo tiempo. Todos estos mundos están confundidos, sin embargo, la lucha por «ser buena» es la constante que comparten y que se mantiene.

Santa Suniti quiere ser buena, pero no demasiado buena, porque eso sería muy difícil y muy complicado. La escritora Suniti quiere escribir acerca de todo esto, pero no puede evitar ser consciente de que la sola escritura es un acto de indulgencia, siendo que en el mundo ocurren cosas horribles constantemente. Es por eso que la narrativa salta del formato de diario personal, al de registro noticioso. Luego está la Suniti que es una humana común y corriente que vive en el mismo mundo que el lector del libro y que entiende que se encuentra implicada en todo esto.

En la Sección III, «Este es el ojo de la infancia...», que incluyo aquí, la aspirante a santa trata de hacer frente a su miedo. No se ha dado cuenta claramente de que muchos de esos demonios y dragones son internos. La Sección IV, también incluida aquí, se llama «Las tribulaciones de la santa», pero su único juez es un monstruo cursi y empalagoso (Grendel) que le pide más de lo que ella quiere —o puede— dar.

A veces me preguntan por qué mezclo diferentes formas, poesía y prosa. No sé por qué. Uso lo que necesito, lo que siento que funciona. La serie de «Santa Suniti y el Dragón» no era suficientemente larga para formar un libro, así que le añadí un conjunto de fábulas individuales a las que titulé «Las fábulas solidarias». El movimiento feminista estaba empezando a disolverse en ese entonces, y el título era una reflexión de la falta de solidaridad entre algunas feministas. Incluyo aquí algunas de esas fábulas. La belleza encarnada y el cantante supremo se burlan con gentileza de cierta forma de romanticismo, y presta atención a la historia de Oscar Wilde acerca del ruiseñor y la rosa. «Junto al río» parte del señalamiento que hace Virginia Woolf en *Una habitación propia*, «A Chloe le gusta Olivia» y la tendencia del patriarcado a que la figura masculina o la perspectiva masculina sean centrales en las relaciones de pareja. Una miniatura pintada en una tarjeta postal que traje del Museo Británico disparó la historia.

Me llevó mucho tiempo escribir *Santa Suniti y el dragón* (alrededor de cinco años), y fue el primer libro de la vanagloriosa y privada tarea que me había impuesto. Quise escribir mi propia *Divina Comedia*, y este sería el Infierno. Ahora me sorprende descubrir que esta hubiera sido una misión perfecta para Santa Suniti.

SECCIÓN III

«ESTE ES EL OJO DE LA INFANCIA...»

I

LA CABALLERA SUNITI Y EL TERRIBLE DRAGÓN

Ella se burla de sí misma.

Ha hecho todo lo posible por desterrar su orgullo.

Pero este miedo magnífico

(que la vuelve magnífica)

—¿era este el miedo que intentaba esconder?

II

ELLA SE IMAGINA ENFRENTÁNDOSE A LA MUERTE

Si pudiera enfrentarme a la muerte sin miedo,

¿entonces por fuerza sería yo una doncella conquistadora?

III

Después ella se lanzó a encontrar su miedo. No era un ciervo blanco, seductor en su belleza, sino transparente y fluido. Y no la guió a un bosque entre árboles benignos, sino a través de pavimentos duros como piedras, rebosantes de personas. Y ahí se convirtió en terror. Saltó dentro de su cuerpo. El pánico líquido la recorrió, invadió sus más pequeños y remotos capilares. Sus ojos se convirtieron en vidrio; sabía que si alguien la tocaba, sus dedos se congelarían, o ella se congelaría. Se sintió alerta y un poco enferma, pero el miedo se estaba transformando en cristales. Si se cristalizaba del todo, la mataría. El miedo debe estar hecho para mezclarse con la sangre, tomar su color.

Se obligó a respirar. Permitió que el miedo fluyera libremente. Cuando al fin se convenció de que continuaría viviendo, descubrió que se había perdido. El miedo era tan seguro como su casa. ¿Ahora a quién debía cazar? ¿Cómo matar?

IV

«Quizá el miedo es imposible de matar», anunció ella con esfuerzo. «Quizá sea una bestia mítica e inmortal». Quizá —y este pensamiento hizo que su corazón se regocijara— quizá esta aventura está condenada al fracaso, y no es mi deber ni mucho menos mi objetivo intentar matarlo. Miró al dragón que yacía a sus pies. Y luego, en un instante, se vio parada frente a las patas del dragón, confundida y endeble. Quizá el miedo no es más que un animal muy grande... incluso entonces, no tenía necesariamente que matarlo. Al contrario. Acarició al dragón. No ocurrió nada. A pesar de ser gigantesco e informe, no se sentía baboso. ¿Quizá estaba muerto? Pero era del todo absurdo que ella, como santa o incluso como mujer, tuviera que trepar a los flancos de la bestia y encajarle una bandera. No lo haría. Podía ver que respiraba. ¿Aunque quizá estaba muriendo?, ¿era su tarea poner fin a la agonía del monstruo?, ¿no sería mejor dejarlo vivir, realizar, por decirlo de alguna manera, su propio destino?, le dio unos golpecitos en las costillas y el dragón gruñó. «Ayúdame», le rogó. «Por favor ayúdame». Ella lo miró, aterrada. ¿Quién era ella para ayudar a un dragón jadeante? Tomó su distancia, pero el dragón había parido. Se descubrió retorciéndose entre un revoltijo de bebés.

V

Aunque los pájaros y las bestias cantan
y Suniti afirma que ella fue testigo
de todo,
los listos y astutos
no lograron descubrir
lo que el dragón dijo
cuando nadie más
estaba escuchando.
Suniti declaró: «Él jadeó y gruñó,
suspiró y gimió...»
Suniti declaró: «La piel del dragón
colapsó por dentro.
El dragón murió. A través de su progenie
fue glorificado».
«Y», agregó ella,
«el dragón gritó,
un grito terrible, final, pavoroso.
Soñé que él gritaba.
Luego murió».
Pero ellos dijeron
que Suniti mentía.

VI

Suniti se encogió de hombros. Había hecho su mayor esfuerzo por proporcionar evidencias, incluso al extremo de confesar abiertamente; no le habían creído. A veces ocurría. Dijeron que el dragón había sobrevivido. Ella había dicho que el dragón había muerto. No había contradicción. Ella enterraría la verdad en una tonada nueva..., ya les tocaría a ellos escarbar para encontrarla.

Nadie sobrio en primavera. Arranca cada una de las simientes

[del dragón.

Reúnelas en un platón de ensalada verde.

Ellos chillan y ellos chirrían, ellos berrean y ellos aúllan;
acarícialos y mímalos, luego dales pastel.

Engaña a los pequeños. No vayas a equivocarte.

Cuando los dragones hayan crecido devorarán rápidamente
la vida de tus venas, la dicha de tu hogar.

Más tarde sóbalos y estrújalos, dales un beso de despedida.

Los dragones deben dormir si no van a morir.

Con eso Suniti se puso de pie, llenó una jeringa y anestesió a los bebés dragones uno por uno. El efecto fue instantáneo. Se congelaron sin protestar y se convirtieron en guijarros. Era como si se las hubiera arreglado para congelarlos y secarlos a la vez. No podrían florecer sin que se los regara con cuidado. Con mucha concentración, ella se rajó el pecho izquierdo y los guardó en una bolsa a prueba de agua.

Luego hizo un examen de conciencia. La hazaña se había logrado. ¿Pero había estado bien hecha? Un dragón adulto estaba en constante peligro de toparse con santos y civiles valientes. Había asegurado el bienestar de santos y dragones, e incluso de civiles. Merecía una medalla. Miró al cielo, pero el árbol que la cubría solo tenía manzanas. Mordisqueó una de ellas. Se le ocurrió que la policía y los políticos podían superar a los santos bajo ciertas circunstancias.

(De la serie:

«Santa Suniti y el dragón»)

SECCIÓN IV

LAS TRIBULACIONES DE LA SANTA

Ocurrió que mientras santa Suniti iba caminando por la calle, absorta en los pensamientos que corresponden a una vida de santidad, se topó con Grendel y su mamá. La vieja arpía la miró con lascivia. «¡Hey Sunny», la llamó. «Vamos a tener que comerte, ¿sabes? No por mí, sino por mi pequeño hijito que se muere de hambre... tengo que alimentarlo». Suniti miró a Grendel, un alto adolescente con ojos famélicos; apartó la mirada rápidamente. Era una situación difícil, ¿sería posible que las palabras la salvaran de ésta?

«Por favor, señora», comenzó a decir, «de mujer a mujer, seguramente usted no engordaría a su hijo a costa de asesinarme, ¿no es cierto?».

«De buena o de mala gana, eso no importa», respondió la madre. «Él tiene que alimentarse y eso es todo». Luego hizo un gesto astuto, e imitando la voz de Suniti, replicó artera: «de mujer a mujer, seguramente tú estarías dispuesta a ayudar y sacrificarte, ¿no es cierto?».

Suniti se quedó perpleja por un momento. «Lo estoy», respondió. «Venga conmigo y la ayudaré a encontrar algo de comer».

Entonces, mientras la santa y la madre, seguidas por Grendel, se adentraban por las calles, las mujeres huían o se escondían en sus casas, y también casi todos los hombres, excepto uno o dos que estaban demasiado borrachos o se sentían demasiado valientes como para darse por aludidos. «¿Y si se los comen?» sugirió Suniti. Mamá miró a Grendel, como preguntando, pero Grendel permaneció de pie obstinado. Sus labios temblaban... era como si fuera a echarse a aullar en cualquier momento.

«Pobrecito mío», dijo la madre. «Tiene una fuerte preferencia por la carne femenina y cada vez está más hambriento». Miró a Suniti, midiéndola. «Más te vale encontrarle algo rápido», agregó.

Para entonces habían llegado a las afueras de la ciudad y la santa estaba empezando a desesperarse. Unos días antes había hecho el voto de abstenerse de comer carne, pero en una situación como aquella sin duda podía hacer una excepción. «Además, yo no necesito estar en la repartición», se dijo.

«Esperen aquí», indicó a los monstruos. Los dejó a un lado del camino y se lanzó a los campos rápidamente. Casi de inmediato vio un conejo, pero para cuando se inclinó a recoger una piedra, el animal había desaparecido. Tomó la precaución de recolectar varias piedras, pero no vio más conejos. Se le estaba acabando el tiempo, y lanzó un guijarro contra un gato que pasaba. Lo estuvo cazando durante un rato. En el segundo intento le atinó a su objetivo, pero no pudo encontrar el

cadáver.

Estaba molesta consigo misma. «Debí haberlo engatusado». Aún así, no tenía tiempo que perder preocupándose por lo que debía o no haber hecho para matar al gato. Frente a ella había un campo lleno de vacas. Le brillaron los ojos. ¡Una vaca sin duda bastaría! Estaba segura de que las vacas no podían correr demasiado rápido. De hecho, algunas se le estaban acercando. Pero las piedras que llevaba no harían más que rebotar sin ningún efecto en el lomo de las vacas. Buscó alguna piedra grande con la que pudiera darle a alguna vaca en la cabeza. Había leído que si golpeas al ganado en el lugar preciso, caen muertos de inmediato. Pero no veía ninguna piedra, y cualquier caso desconocía dónde se hallaba el lugar preciso. Quizá si tuviera una piedra filosa podría cortar la garganta de la vaca y llevarle la sangre a Grendel... para apaciguarlo, digamos. ¿Y quizá luego podría traer a mamá y a Grendel a la campiña para que terminaran el trabajo?

Justo cuando comenzaba a buscar entre sus piedras, escuchó un trueno en el seto. Se le había acabado el tiempo. Grendel y su mamá habían venido a atacar. La santa reunió toda su fortaleza. «Hola», los saludó, alegre. «Precisamente iba a ir por ustedes. Miren, encontré todo un rebaño de vacas que pueden comerse». Por alguna razón sus palabras no estaban produciendo el efecto deseado. Grendel y su mamá la miraban.

«Yo..., estaba a punto de degollar a la vaca de allá para llevarte su sangre. La cosa es...» explicó Suniti mientras trataba de sonreír, avergonzada, «que no tengo ningún recipiente...».

Su voz se volvió más débil. La mamá de Grendel dio un paso al frente. «Mi hijo», rugió la madre, «solo come carne humana».

En aquel momento santa Suniti se rindió. Esperó a que Grendel desgarrara su cuerpo, pero Grendel lloraba en alguna parte del claro. Entre sollozos lo escuchó decir: «No es una mujer de verdad. Tengo hambre, mamá. Necesito carne de mujer». Por un instante Suniti no pudo entender qué estaba pasando. Vio que mamá se daba la vuelta, y en la luz del atardecer observó cómo empezaba a amamantar a Grendel. Dándose cuenta por fin de que el monstruo la había rechazado, Suniti se alejó y los dejó hacer. No estaba segura de cómo se sentía, aunque sí sabía una cosa: su santidad estaba hecha jirones.

(De la serie:
«Santa Suniti y el dragón»)

PELÍCANA

La Burra Azul dijo: «Les contaré una historia».

«Ah, muy bien», respondieron sus discípulos, como debía ser.

«Hubo una vez una pelícana —comenzó a decir la Burra Azul— que se había forjado la reputación de ser muy sabia. Los pájaros atravesaban a vuelo el lago para consultarla, y los consejos que daba eran muchas veces sensatos y siempre bondadosos, de modo que su fama no hizo más que crecer. Muy pronto el lago se convirtió en un lugar de peregrinación y los pájaros volaban desde todos los rincones del mundo por un poco de consejo y otro poco de turismo. Pronto llegaron las multitudes, pero a nadie le importó demasiado y la pelícana continuó siendo modesta y amistosa. Luego una mañana, un pez sacó la cabeza del agua, y antes que terminara de decir: «Por favor, gran pelícana...», la pelícana lo había sacado del agua y lo había almacenado en su pico. El pez continuó diciendo: «¿Siempre te comes a quienes se encuentran en problemas y acuden a ti por consejo y ayuda?», La pelícana quería responder: «¡Por supuesto que no!», pero el pez estaba en su pico y no podía hablar. El pez prosiguió: «En este momento me encuentro en una dificultad espantosa, ¿qué me aconsejas?». La pelícana quería responder: «Aléjate de los pelícanos, tonto pez», pero por supuesto, como tenía la boca llena, no podía decir nada. «¿Y?», insistió el pez. «Pequeño rogón obstinado», pensó la pelícana. Se había acostumbrado a ofrecer sus consejos y le molestaba no poder hacerlo.

«Tienes un problema, ¿no es cierto?», continuó el pez, quien parecía querer hablar todo el tiempo. «Desde mi perspectiva, tienes dos opciones: puedes tragarme y olvidar mi necesidad de consejo junto con mi necesidad de una pelícana bondadosa, o puedes escupirme y descubrir para qué vine en realidad».

«Te dejaré ir», dijo la pelícana, escupiendo al pez mientras hablaba. «Ahora dime, ¿para qué has venido?».

«Vine a decirte que, en lo que concierne a los peces, tu reputación como sabia ha quedado muy maltrecha».

«Oh», respondió la pelícana. «Eso no importa».

«¿Qué quieres decir?», preguntó el pez.

«Bueno, verás», explicó la pelícana, «yo no como pájaros y para mis congéneres eso es lo único que vale».

«Pero existen peces entre nosotros», argumentó el pez, «que están dispuestos a considerar a los pelícanos como peces también».

La pelícana agitó las alas e ignoró al pez, sin más.

La Burra Azul hizo una pausa y miró a sus discípulos con fervor. «Ahora díganme», exigió, «¿era la pelícana malvada?».

«No», respondieron todos.

«¿Era tonto el pez?».

«Sí», respondieron todos.

La Burra Azul sacudió la cabeza y frunció el ceño. «Ahora piensen», los exhortó, «Reflexionen, ¿De qué lado están?».

«De ninguno», contestaron los discípulos, sorprendidos. «No nos interesan los pájaros ni los peces».

La Burra Azul frunció aún más el ceño antes de decir: «Esa no es la respuesta correcta. Vuelvan a intentarlo».

Los discípulos estuvieron pensando largo tiempo. Luego uno de ellos aventuró: «En realidad depende...».

«¿De qué?».

«De si los pelícanos consideraban a los peces como pelícanos o simplemente como peces».

La Burra Azul suspiró. «Miren... simplifiquemos las cosas», agregó y miró al círculo de pequeños burros. «¿Ustedes son peces, o pelícanos?»

«¿Ambos?»., respondieron los discípulos ansiosamente, esperando de verdad que esta vez estuvieran en lo correcto.

LA BELLEZA ENCARNADA Y EL SUPREMO CANTANTE

para Oscar Wilde.

«Mira», dijo el reyezuelo al lirio, «yo no soy un ruiseñor y tú no eres una rosa. Pero ambos tenemos también un cuento que contar, una canción que cantar, ese tipo de cosas».

El lirio estaba asombrado. No había visto al reyezuelo. Estaba ocupado dejando que el sol brillara a través de su piel traslúcida, concentrándose en resplandecer en azules, con un poco de púrpura que se degradaba para hacerse más oscuro. «¿Qué quieres decir?», preguntó.

El reyezuelo se quedó perplejo y tardó en responder, pues pensaba que su comentario había quedado claro la primera vez. «Bueno», explicó, «tú no eres una belleza encarnada como la rosa».

«¡Yo soy bella!», respondió el lirio.

«Bueno, sí, para allá iba...», respondió el reyezuelo. No pretendía enfadar al lirio, más bien al contrario. «Lo que estaba diciendo es que yo no soy un cantante supremo, y tú no eres una rosa, por supuesto...».

«¡No quiero ser una rosa!», respondió el lirio.

«No, por supuesto que no», la tranquilizó el reyezuelo. «No eres una rosa, pero eres muy bella, y me gustaría mucho cantar en honor a tu belleza».

«Oh, adelante, entonces. Solo que ahora estoy ocupada».

«No es tan simple», dijo el reyezuelo. «¿No lo recuerdas? El ruiseñor cantó toda la noche...».

«No toda la noche», exclamó el lirio, tajante.

El reyezuelo prosiguió, ignorando la interrupción: «...con su corazón encajándose en una de las espinas...».

«Yo no tengo espinas», explicó el lirio mirando su largo tallo verde, sus suaves hojas verdes con cierta arrogancia.

«... y sangró hasta morir», terminó el reyezuelo, triunfante.

«¿Por qué?», preguntó el lirio, poniendo atención al fin.

«Porque sufría. Para poder cantar, tienes que sufrir», dijo el reyezuelo.

«Pero tú no estás sufriendo, ¿o sí?»

«Un poco», respondió el reyezuelo con modestia.

«¿Vas a sangrar?», preguntó el lirio, alarmado.

«No si eres amable conmigo».

«Soy amable, soy muy amable», le aseguró el lirio de todo corazón. «Y por favor, no hace falta que cantes en honor a mi belleza... la verdad es que ni siquiera me importa mucho la poesía».

«Ahora estás siendo cruel».

«No, no. No soy cruel. ¡Y no soy una rosa!» protestó el lirio.

Pero el reyezuelo no la escuchó, porque ya había empezado a lamentarse.

JUNTO AL RÍO

para Virginia Woolf

Un día en que el verano comenzó a languidecer, de modo que cada hoja temblaba y se teñía de oropel, la hermosa yegua negra y su señora cabalaron hacia el bosque para bañarse en el río. Mientras la mujer chapoteaba y jugaba en un remanso y la yegua pastaba entre el césped, la magia del lugar las cautivó.

—Querida yegua —dijo la mujer al tiempo que le caían gotas de agua del negro cabello—, ahora te entiendo... debe ser una de las virtudes de este río.

—Y yo te entiendo —respondió la yegua, volteando la cabeza en un ángulo tan hermoso que a cualquiera que la hubiera visto se le habría roto el corazón ante la belleza del gesto—. Pero no puede ser el río. Debe ser el pasto que acabo de comer.

Durante un tiempo discutieron alegremente; la mujer afirmaba que ella no había mordisqueado ni una hoja de césped, y la yegua decía que ni siquiera se había mojado las pezuñas en el río. Finalmente la mujer salió del agua y se acostó en el pasto, mientras que la yegua se metió a nadar. No importaba demasiado si se trataba de la hierba o del agua.

¿Pero qué era lo que las dos tenían en común? Un observador podría haber dicho que ambas eran hermosas. Otro observador podría haber agregado que ambas eran deseables. Mas, ¿acaso notarían que se gustaban?

SANGRE Y AGUA

Cuando las hijas desobedientes del río Ganges hicieron público su desacuerdo, probaron que se habían «desviado» y dejaron bien claro que deseaban seguir sus propios caminos, su madre las repudió. Aunque no podía matarlas, las convirtió en pálidas flores azules; unas anodinas cosas de cinco pétalos, ya no valientes sino recatadas y totalmente indefensas. «Vayan a donde quieran», les dijo, despectiva, «Sin honor, distinción ni vergüenza». Eso último no había querido decirlo tal cual, pero el río Ganges no se caracterizaba por retirar sus palabras, de modo que la oración se quedó así.

Centímetro a centímetro las hijas del Ganga se esparcieron sobre la tierra. Se encontraban en todas partes y en ninguna, pues nadie se preocupaba por buscarlas. Una vaca o una cabra podían pisarlas, un niño ignorante podría quizá arrancarlas —hasta que sus padres le explicaban que no eran más que hierbas. En su mayor parte continuaron sin ser vistas, y por tanto, seguras. Los siglos pasaron y la adoración del Ganges pasó de moda. Los hombres las subestimaban como un río que alguna vez había sido poderoso, pero que ahora languidecía y ya no era fuente de ganancia ni cosechas. Y el río comenzó a entender que incluso una diosa puede sufrir la desgracia. Las noticias que no son noticias viajan despacio. A pesar de que las hijas del Ganga habían ido a todas partes, se habían cuidado de ir a su lugar de origen, pero comenzaron a regresar. Las delató el azul de sus pálidos pétalos y su súbita reaparición.

«¿Podemos ayudarte, madre?» preguntaron en silencio. Inmersa en su desesperación como estaba, Ganga no las escuchó. Con la pasión que le quedaba rogaba por su muerte. Y las hijas vieron que la muerte se acercaba. ¿Fue su lástima o la debilidad de una diosa moribunda lo que rompió las ataduras impuestas hacía tanto tiempo? Con un sonido como la explosión de millones y millones de pétalos de cristal, las hijas del Ganga inundaron el lecho del río.

LOS MODOS DE BARBAZUL

La verdad es que Barbazul era un avaro. Acumulaba oro, acumulaba muebles y —también, ¿por qué no?—, acumulaba mujeres. Después de todo, los economistas dicen que desde el punto de vista masculino las mujeres y las vacas son una forma de propiedad. Él no acumulaba vacas. Limpiar la mierda, los problemas de espacio, la incomodidad del tamaño, en fin, la logística no lo valía, desde su punto de vista. Y, en cualquier caso, consideraba que las mujeres eran una especie superior. Su casa era un panal con cientos de celdas, y en cada una de esas celdas sus mujeres eran alimentadas, engordadas y tranquilizadas según lo necesitasen.

La cuestión de la propiedad es un asunto serio, y el precio de ser dueño de algo es la eterna vigilancia. Barbazul trabajaba mucho. Atendía a sus mujeres dos veces al día, una en las mañanas y otra cada tarde. La analogía con la ordeña estaba siempre en su mente, y también con el atender una granja, escarbar, arar la tierra, usar el azadón y todo lo que tuviera que ver con la crianza de animales. Sus métodos eran eficaces y las mujeres fértiles, lo que resultó en que Barbazul prosperara. Se deshacía de las crías masculinas al nacer, pero las hembras las conservaba, y cada una de ellas era encerrada en su propia celda tan pronto como fuera necesario.

Pero incluso Barbazul no podía acumular tiempo. El tiempo pasó, el tiempo se agotaba tanto si Barbazul lo permitía como si no. Y en el transcurso de ese tiempo Barbazul se hizo viejo. ¿Qué iba a ser de sus propiedades? ¿Quién las cuidaría? ¿Quién ordeñaría? ¿Quién reemplazaría lo viejo e inútil con lo nuevo y joven? Por encima de todo, ¿quién apreciaría sus logros y los valoraría en su justa dimensión? Al siguiente macho le permitió vivir. Conforme el joven Barbazul se fue convirtiendo en hombre, el viejo fue testigo de un evento extraordinario; mientras que él tenía que convencer, amenazar y en ocasiones abofetear a su rebaño de vacas, para el chico imberbe las reses hacían lo que se esperaba de ellas y mucho, mucho más, por voluntad propia. El viejo Barbazul estaba perplejo. ¿Debía sentirse complacido? ¿Era de verdad esa la medida de su éxito, o lo reflejaba a él de algún modo?

Hasta el día de su muerte no pudo encontrar respuesta, pero murió de todas formas. ¿Y el joven Barbazul? Él prosperó. Era, por decirlo de algún modo, un hombre más educado. ¿Acaso no había sido criado con leche y generosidad? Se permitió vivir a más herederos varones, no solo por bondad, sino también por necesidad. La granja se convirtió en una hacienda y luego en un castillo. Para cuando los nietos de aquel Barbazul asumieron las cargas del poder, el prestigio y la prosperidad, el viejo se había convertido en un personaje de cuento de hadas. Los métodos que había usado se sistematizaron. Los machos que sobraban se dividían en bandos y se les pedía que mataran —que se mataran entre ellos. Los sobrevivientes que habían probado ser dignos al sobrevivir eran premiados con propiedades para cuidar. Al final, uno o dos señores se las

arreglaron para escapar. Hubo batallas y sitios y daños a las propiedades. El daño a las propiedades hubiera entristecido al viejo, pero para entonces ya se le consideraba un mito fundacional, y las mentiras sobre su persona corrían como el agua. Se decía, por ejemplo, que se había casado con sus mujeres consecutivamente y que las había asesinado en el mismo orden. Otros declaraban que nunca se había casado. Otros más mantenían que una carnicería había tenido lugar en el momento de su muerte, y una enorme hoguera había marcado el final de sus esposas. Hubo desacuerdos acerca de esta última versión de la doctrina, pero sobre su imagen barbada nunca se escuchó ninguna protesta. Cualesquiera que fueran sus diferencias, todos los pequeños Barbazules vociferaban, con algo de justicia, es cierto, que su mandato provenía directamente de él.

Sin embargo, conforme los modos de Barbazul se extendían por el planeta, las dificultades comenzaron. Su impulso original, como sus genes, se había diluido terriblemente. Hubo accidentes y herejías, mutaciones y mutantes. Y hubo momentos —particularmente en el fragor de la batalla— cuando incluso el respeto a la propiedad se perdió, si bien de forma breve. Enlistar todas las herejías, muchas de ellas mal consideradas e incluso sin pies ni cabeza, como «la adquisición de propiedad no es el verdadero fin del hombre», tomaría demasiado tiempo; pero existen dos que, pese a ser del todo ilógicas, merecen ser mencionadas. La primera era un incipiente rumor: «Todos somos Barbazul». Su simplicidad, o su simplismo, la volvió efectiva. No necesitaba pruebas ni raciocinio. Si se los presionaba, quienes creían en eso respondían: «Todos descendemos de Barbazul; por tanto, todos somos Barbazul». Ha creado el caos. La segunda y más reciente herejía fue un efecto secundario de la primera, aunque es todavía más irracional. Estipulaba que todos aquellos que eran propiedad podían a su vez poseer propiedades. Obviamente es una tontería, pero cuando se dijo, los herejes declararon que aquellos que eran propiedad no lo serían más. Para decirlo crudamente, liberaron vacas, hasta el punto en que podemos ver vacas extraviadas vagando por las calles, sin supervisión ni cuidado. Becerros balando. ¿Qué hombre que se respete atendería una propiedad que no le pertenece? Y la más terrible idea de todas: vacas independientes (¿Qué puede significar eso?) que con rudimentarias y falsas barbas intentan ganarse la vida.

A pesar de todo algunos fieles hijos de Barbazul siguen existiendo con los genes intactos. Sus mentes están claras y su mensaje también: DE REGRESO AL ORIGEN. La autoridad y el territorio son los derechos inalienables del hombre. Nuestro programa es simple: las hembras deben mantenerse descalzas y preñadas. Los machos que sobren deben desaparecer.

Es posible que los modos originales de Barbazul sean reestablecidos en toda su pureza.

CONSTRUIR BABEL

Con las *Fábulas feministas* me di cuenta de que podía tomar los bloques de las construcciones culturales para elaborar nuevos constructos sin que fueran sexistas o misóginos. Usar la tradición cultural para sus propios fines es algo que todos los escritores hacen. Era a lo que Pound se refería con «hacerlo nuevo», sin embargo, para los escritores cuya identidad cultural no es *mainstream*, esta renovación tiene que ser equitativa y radical. En *Las madres de Maya Diip* me divertí mucho proponiendo nuevos bloques de construcción y estableciendo los patrones que se podían elaborar con ellos. Es fácil imaginar a Euclides divertido, inventando diferentes geometrías al elaborar distintos grupos de axiomas (aunque creo que la diferencia entre matemáticas y literatura es que en matemáticas no se debe saltar de un sistema a otro, mientras que en literatura, algunos de los efectos mejor logrados se consiguen justamente al yuxtaponer sistemas).

En *Construir Babel* tomé el término acuñado por Richard Dawkins de «meme» para esos bloques culturales, y traté de personificar el proceso de construcción cultural en el trabajo mismo. Estos bloques son sobre todo mitos, arquetipos, imágenes. Las hermanas, es decir, las feministas, deciden construir una nueva cultura. Ellas no son personajes como tal, sino arquetipos (Rap-Rap, Ceni, Caperuza) y tienden a convertirse en aquello que se entiende que son. La cerdita negra y la hermana Soledad pasan el rato inventando historias acerca del tiempo, la memoria y la muerte porque son temas centrales en la poesía. Las hermanas tratan de construir Babel, pero descubren que los memes mutan. Esa es su naturaleza. Como los genes, están sujetos al tiempo y van cambiando de una generación a otra. A la generación anterior (Rap-Rap, Caperuza, etcétera) le desagrada el «barbarismo» de la nueva generación (Alicia y Mad Med) y siente que su proyecto es un fracaso. No obstante, el proceso cultural continúa. Crece como un arrecife de coral. Y me di cuenta de que el ciberespacio es la analogía perfecta del espacio cultural ordinario, por eso puse el último capítulo en internet e invité a otros a que contribuyeran.

Es la conexión entre los cerebros de las personas lo que constituye un espacio cultural. Un artefacto cultural no puede existir en el vacío. Necesita que lo miren, que lo lean, que lo escuchen. Lo que es importante del ciberespacio no es que vincule computadoras, sino que vincula los cerebros de las personas. Los poemas y los cuentos vienen «de los trapos y huesos del corazón» de los poemas e historias de otros: «monumentos de intelecto que no envejece» (ambas referencias son de Yeats.[6]). Es por esa razón que el último capítulo de *Construir Babel* se encuentra en el sitio de Spinifexpress[7] e invita a otros a contribuir con el proceso de construir Babel. Haz tus propios poemas y cuentos con los fragmentos de los míos. Ese es el proceso.

Incluyo aquí el capítulo I, «Pieza para solistas: lo que las hermanas dijeron» y el capítulo VI, «Remiendos». De este modo será posible ver el proceso y la manera en que cambia. Los fragmentos del capítulo VI hacen eco de los del capítulo I, pero han cambiado, como es inevitable que suceda con el paso del tiempo.

CAPÍTULO I

PIEZA PARA SOLISTAS: LO QUE LAS HERMANAS DIJERON

I. SI DOS HERMANAS

Si dos hermanas se sientan juntas un día soleado, en un bosque protegido —un lugar seguro—, y en un banco, entonces podrían decirse mentiras la una a la otra, podrían fabricar historias, declarar que algo sí ocurrió, podrían alardear. Podrían hablar acerca de lo que podrían haber hecho y lo que podían hacer. Irían a dar un paseo tomadas de la mano, y el planeta temblaría y los árboles se estremecerían con suavidad; todo eso solo porque aquellas hermanas pasaron.

Luego podrían decir, como dijo Blancanieves a su hermana: «Una vez dejé caer mi dorado cabello. No transigí ni me puse ningún disfraz. Anduve fuera, hacia el mundo, hacia las calles. Era más alta que los hombres, y obviamente más fuerte, pero nadie me miró. Entré a un bar, me senté, pedí un trago. Las personas me trataron como a una cliente frecuente, y el cantinero no me llamó *preciosa*. Ocupaba el espacio y no sabía que lo ocupaba».

Después Rosa Verde dijo: «A veces me gustaría yacer desnuda bajo un árbol, y que las hormigas no me picaran, y que el sol no calentara demasiado y que nadie viniera y pensara: *Ah, una mujer desnuda. Qué buena suerte la mía. Ahora puedo violarla*. Supongo que, en realidad, me gustaría ser la jefa de todo el planeta y tenerlo para mí».

Blancanieves preguntó: «¿Y yo? ¿dónde quedo yo?»

O podrían decir que Alicia y su hermana estaban leyendo un libro, así que Alicia murmuró: «La gata es mi hermana, o por lo menos mi amiga». Pero la gata protestó: «¿Sigues estando de mi lado cuando torturo a los pájaros? ¿Eres de verdad mi amiga? Me has quitado tantas cositas con las que jugar. No eres mi hermana. La leopardo es mi hermana, y tú no te atreverías a tener a la leopardo por amiga».

II. DULCE HERMANA SOL

i) Al sentirse sola

ella pregunta a la luna,

¿Eres mi hermana?

a la rana, ¿eres mi hermana?

incluso al lirio, tan remota y fría

¿Podrías?

¿Por favor?

¡Sé mi hermana!

cuando el agua está quieta, ella puede buscar
a su hermana; pero los renacuajos ríen.

¿Ser su hermana?

¿De una mujer ahogada?

Ella se volvió hacia la roca,
pero la roca no dijo nada,
ni siquiera cuando esculpió
una saliente para sentarse.

ii)

¿Contra quiénes eres mi hermana?

III. DAMA TÍMIDA

i)

En el espejo mi hermana no
me sonrío. Luce ansiosa y necesitada. «¡Hermana!»
la llamo. «¡Seamos amigas!» ella quiere
que seamos amigas, pero sus ojos son como agujeros,
y su voz llega a mí como la oscuridad a través del cristal.

ii)

Esa noche, cuando ella fue a pedir una copa llena de sangre, lo hizo con encanto. «No es que yo sea una pediche», explicó con timidez. «Y, de todas formas, entre nosotras no hay deudas. Es solo que... bueno... es que... bueno», terminó de decir, «mi necesidad es grande». Naturalmente, la noche siguiente no hubo necesidad de explicaciones. Ella alzó su copa y yo la llené. Su necesidad, después de todo, era muy grande. Y ganar tanta virtud por tan poquita sangre... la tercera noche, lo confieso, me sentí un poco renuente. ¿Pero cómo admitirlo?, la copa estaba indudable e irrefutablemente ahí. Y después de eso, noche tras noche, el hábito lo hizo cada vez más sencillo. ¿He terminado ya? sí, por supuesto, he terminado. Pero antes de que me crean una suicida, déjenme que pregunte: ¿Precisamente, qué opciones tuve?

IV. LA CERDITA NEGRA

i)

*La muerte me dio la bienvenida,
pero mi alma...*

ii)

Ve a la larga playa a encontrarte con tu muerte.
Ahí estará tu hermana, quien te dará la bienvenida, te dará
la mano y te guiará. Toda tu vida
solo hubo una más. ¿Tu sombra, dices?
No, su sombra,
que todavía no se había manifestado.

iii) *La cerdita negra*

*Y esta pequeña cerdita nació en el bosque,
esta pequeña cerdita nació para correr, salvaje.
Esta pequeña lloró y lloró...
su necesidad era la más dolorosa.
Y esta pequeña, y aquella pequeña,
quienes sea que fueran, lo que sea que hicieran,
todas murieron.*

La pequeña cerdita, una vez que hubo reflexionado sobre aquellos asuntos, se alejó del mundo, dejó de obtener y engendrar, y se fue a los matorrales. Es cierto que tenía un largo linaje, un buena casa. Pero, ¿de qué servía ser mimada y consentida, alimentada y engordada, si al final todo iba a terminar con el cuchillo del carnicero? ¿Cuál era el propósito? Podía ir a buscar a la muerte, hablar con ella, hacerla entrar en razón, de alguna forma obligarla a negociar. ¿Pero qué podía ofrecerle? Solo a sí misma. ¿Y qué podía ofrecer la muerte? Suprimió la respuesta. Debe existir una forma de lidiar con la muerte.

Conforme olfateaba entre los arbustos y volteaba las piedras, vio una sombra negra con el rabillo del ojo. Como era una cerdita perspicaz, de inmediato se imaginó que aquella debía ser la muerte. Se dio la vuelta, pero la muerte también giró. «Qué cobarde», pensó. «No quiere hablar conmigo cara a cara. ¿O quizá la muerte es tímida? ¿A lo mejor este no es el lugar ni el momento correcto? Empezó a vagabundear por los matorrales otra vez. Estaba consciente de que la muerte la seguía todo el tiempo. Finalmente llegó a un árbol frondoso. Quizá ahí podrían sentarse y hablar cara a cara. La cerdita miró hacia todas partes, pero la muerte había desaparecido. «¿Dónde estás, muerte?» «Estoy aquí», respondió la muerte. «¿Dónde?» «Aquí mismo». La cerdita se encogió de hombros. Aunque no pudiera ver a la muerte, de todos modos podía hablar con ella. Sería mejor que aprovechara su oportunidad, pero antes de hacer una petición directa quizá sería más apropiado saber más cosas sobre la muerte.

—¿Cómo estás, muerte?
—Bien, un poco cansada.
—¿Por qué estás cansada?
—Porque sí.
—¿Porque sí qué?
—Porque te seguí.
—¿Y por qué me seguiste?
—Te pertenezco y por eso te he seguido.

—¿Pero por qué?

—Porque soy obediente.

—¿Eres un perro? ¿Un pequeño perro que sigue a una cerdita?

—No, soy una cerdita.

La cerdita negra no era estúpida. Había empezado a entender.

—Ya veo —dijo—, tú eres mi muerte personal y por eso adoptas la forma de una cerdita negra...

—Sí.

—Por favor, muerte, no quiero que me estés siguiendo. ¿Cómo te sentirías si siempre te estuviera persiguiendo una cerdita negra?

—Quieres decir...

—¡Sí!

—Bueno, pues divorciémonos. Separémonos.

Pero incluso mientras lo decía la cerdita sabía que aquello no iba a funcionar.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque entonces moriríamos.

La cerdita ya había sospechado que aquella sería la respuesta, pero quería obligar a la muerte a decirlo.

—Muy bien —dijo la cerdita—. En ese caso, podríamos ser amigas. A veces yo guiaré, y otras veces tú puedes ser la que me indique el camino.

La muerte se sintió más segura y se acercó un poco. El sol relucía con fuerza. La cerdita y su muerte descansaron del fulgor y se durmieron a la sombra del árbol.

V. YO SOY ALICIA

i)

Yo soy Alicia. No tengo miedo. No soy vulnerable. El conejo blanco espía a través del espejo. Ha dicho que es inofensivo; solo es un mirón. Solo es un conejo. En el país de las Maravillas me ha separado de todas mis hermanas. Pero yo soy Alicia. Sé que soy Alicia. Puedo discutir con sus criaturas. Ellas son sus criaturas. Él solo puede mirar.

La duquesa no es mi hermana. (Dulce duquesa, ¿me cantarías una canción de cuna?). La duquesa no canta. No puede cuidar bebés. Y su uso de la pimienta no la convierte en ninguna experta. Y la reina de corazones tampoco es mi hermana. (¿Eso me convierte en una reina, o solo en una princesa?) No tengo aspiraciones (en ese sentido) todavía. Además, ella está absorta en las rosas y los naipes, y en el rey, su marido, aunque es cierto que me invitó a jugar al golf.

No hay nadie más, ¿o sí? Está la doncella del conejo blanco, pero yo no soy la doncella. Y ciertamente tampoco soy la hermana de la doncella. Está la paloma, por supuesto. Y el gato, pero el gato es neutral. Y una serpiente no puede ser hermana de una paloma.

¿Por qué me ha arrebatado a todas mis hermanas? ¿Y cómo me ayuda eso? Si yo fuera la única niña en el mundo, y tú fueras el único conejo blanco... es ridículo. Él lo sabe perfectamente.

Debo correr tan rápido y aventajar a tantos hasta que me convierta en reina, una reina

compañera de mis hermanas reinas, y luego todo estará bien.

ii)

Un día, entre las páginas y los lapsus de la pluma, cuando la gata estaba dormida, Alicia se le acercó. «Nadie nos observa», informó a la gata. La gata no se movió, pero tampoco se desvaneció. Con timidez, Alicia se dirigió a ella: «¿Y si las dos fuéramos tigres?». La gata sonrió; Alicia se dio cuenta de que estaba practicando, echada al sol para adquirir sus rayas. «Soy más tigre que tú». «Sí». Con humildad, Alicia le concedió la razón. Agachándose con gentileza, comenzó a acariciar a la gata. «A veces», murmuró, «incluso si en realidad eres una tigresa... a veces pienso que podríamos ser amigas». La gata parpadeó. Envalentonada, Alicia agregó: «Deberíamos cortarte las uñas». «Deberíamos», respondió la gata, «hacerte más pequeña». Alicia retrocedió. Se puso de pie. «¿Iguales pero distintas?» propuso a la gata. Lo dijo directamente, pero no obtuvo respuesta. La gata no era una moralista. La gata no era una legalista. A la gata no le interesaban las actitudes igualitarias. Carroll el creador lo había entendido a la primera: la gata vivía momento a momento.

iii)

Tambaleándose fuera del hoyo negro,
esperando otra resurrección,
incluso en este estado vacante y nonato,
Yo no soy pasiva,
Soy voraz.
Excepto en cuanto a la gracia...
Millie no puede deletrear.
Tillie es tediosa.

VI. VERDAD Y CARIDAD

i)

Las hermanas claman,
¿Fatigadas vagabundas? ¿Sucias marineras?
No, ellas no. Solo la una a la otra.

ii)

Estas hermanas:
Que sean justas y generosas.
Que sean desapasionadas.
Que hablen
(sin ningún placer)
de las muertes de sus hombres.

iii)

Luego Verdad y Caridad zarparon juntas
hacia el atardecer.

VII. OH MEMORIA

*Oh Memoria, madre de las musas,
deja que tus hijas crezcan.
No hagas que ellas se callen.
Permíteles volver a recordar
el parloteo de días pasados.*

Tres gracias, nueve musas, siete estrellas, diez urracas —¿eran hermanas las urracas? Sí, ¿por qué no?— y una pequeña gansa fueron arrojadas a un bote que goteaba y se les envió a cumplir con su destino. Adiós, adiós, adiós, que te vaya bien, que te apachurre un tren[8]. La marea absorbe y emborriona sus palabras. Oh, alegría. Oh, tierra recién descubierta. ¡Oh, pie en el cielo! Oh, mirlos que suavemente vuelan cerca de las cabezas de las moiras, quienes al ser también hermanas, se les parecen bastante. Y ningún rey a la vista, ni siquiera el bigote de un rey, en su estado recién descubierta. El mar, sollozante y maleable, les arrojó de vuelta sus recién descubiertos sonidos como guijarros en la costa, y los guijarros crecieron y crecieron y ningún guijarro se quedó otra vez como estaba. «Este es mi guijarro», dijo la pequeña gansa, tomando uno que todavía estaba mojado, y al tocarlo de inmediato con su pico dorado lo transformó en un huevo de oro. «¡Má!» gritó la pequeña gansa, «¡Má!» y se acurrucó cerca y las urracas se rieron y le llenaron su lecho con plumas. Más tarde, la gansita comenzó a llenarse de plumas negras y blancas. ¿Era un ganso canadiense, una urraca blanquinegra, un pájaro sin hermanas? No, ninguno de ellos. Un fénix transicional, pues un huevo es una semilla, es un árbol, es un pájaro con penacho, alzándose hasta lo alto del cielo con otras criaturas emplumadas que alzan el vuelo y rodean y rodean y rodean su cabeza. Y más tarde el mar estaba picado y encrespado, el ganso sacrificial se cocinó y rebanó, y los guijarros se convirtieron en letras sobre la página, sobre las que el sol brillaba y brillaba y brillaba para siempre como un huevo de oro.

¿Qué idioma hablan estas hermanas? Yo no lo sé. Muy pronto y muy rápido mi visión terminó.

VIII. DULCE ÉXITO DE LAS HERMANAS

*Sé buena, dulce doncella.
Y deja que aquellos que no pueden...
¡refunfuñen!*

i)

Las hermanastras compiten, pero las hermanas también, e incluso más. Sin embargo esta chica, Cindy o Ceni, si prefieren, tenía dos hermanos. Esos dos eran astutos y ambiciosos. «Ceni», decían, «si el zapato te queda, tienes que ponértelo. Buscamos un ascenso y más oportunidades. Seguramente el príncipe será un excelente patrón». Y Ceni, que era también astuta y ambiciosa, hizo lo que le pidieron, hasta el punto de que los tres vivieron felices para siempre.

ii) Rap Rap

Subiré hasta lo alto de la escalera, haré lagartijas, no hiparé. Y cuando alcance lo alto de la torre, entonces dejaré caer mi cabello dorado, y todas mis hermanas se me podrán unir. Exclamarán: «Ah, sí. ¡Sí! ¡Ella fue la primera! ¡Es una heroína!» pero me temo que al final aprenderán a acusarme. «Una bruja», dirán. «Ha reclamado. Ha insistido en sus derechos. Ha dicho una o dos veces que le gustaría estar sola».

iii)

La Caperuza, Roja brutal, dulce, sonriente y empobrecida Roja, con el lobo que le toca la puerta constantemente, sin ningún hombre a la vista, solo una fila infinita de madres y abuelas que se repiten como espejos, quienes un día fueron niñas, quienes a su modo tuvieron que aprender a lidiar con los lobos, que son buenas para dar consejos y cocinar platillos caseros, pero quienes, en sus múltiples manifestaciones e historias han dejado el problema del lobo sin resolver, así que ahora los lobos se encuentran por todas partes y Lobo es un hecho, y entonces Roja deberá decidir qué hacer al respecto.

«Hermano Lobo», dice Roja con suavidad. (Hay una cadena en la puerta y al principio titubea). «Hermano Lobo». Su voz es atractiva, pero Lobo no es un dulce franciscano. El lobo es literal, y la hermana R. es buena carne roja. Eso es lo que es, sin duda. El resto es un tema de texto y contexto.

La puerta sigue atrancada. Pero hay un lobo en ella. Y la despensa está vacía. Hermana Roja debe intentar otra vez. Se toca los colmillos y se concentra.

—¡Compañero Lobo!

El lobo gruñe:

—Si quieres unirme a la pandilla, tienes que firmar con carne y sangre. ¿A quién más escondes ahí?

—Solo a la abuela.

—Sácala.

Pero la pequeña R no puede hacer eso.

Vuelve a pensar.

—¡Hey, Lobo! —le dice—. No eres un lobo, en realidad. Eres un hombre.

—¿Y eso qué? —pregunta el lobo.

—¡Cásate conmigo!

—¿Qué ganaría con eso?

—Tendríamos hijos y trabajaríamos la tierra.

—¿Tienes tierra?

—Sí —responde Roja—, pero debo limpiarlas de lobos primero. Necesito tu ayuda.

De modo que la brutal Caperuza y el antiguo hombre lobo forjaron una alianza. Compraron escopetas. Trabajaron arduamente y limpiaron la tierra.

IX ¡GORGONAS A LA VISTA!

i) La deriva

Mientras tanto, dos hermanas en un barco

lentamente se aproximaron a una costa donde oscurecía

«Existe una isla llamada Muerte», dijo
una hermana.

«No, Muerte es un continente, un planeta entero.

Tampoco estamos alejándonos de ella», responde la otra.

El barco flota sin rumbo; la luz se desvanece.

¿O es solo su vista?

«¿Aprovechar el día hasta la última gota?»
sugiere la primera.

«Mira, ahí yace el más pequeño rayo de sol».

«¿La belleza del atardecer? ¿Deberíamos disfrutarla?»
murmura la segunda.

En el barco hay provisiones,
incluso algo de vino.

Ella hurga lentamente. Es la deriva
del barco —todo se vuelve más lento.

«Es raro, ¿no es cierto?» pregunta una hermana,
«¿que estemos las dos en el barco?»

La otra se encoge de hombros.
«Cuestión de metáforas».

Sonríe a su hermana y le toma la mano.

Se sientan en la oscuridad.

El barco se mece sin rumbo.

Sueltan sus manos.

ii)

¿Pero quiénes eran estas hermanas? ¿Arpías, brujas, dos ancianas a la deriva que ni siquiera habían podido despedirse? ¿Las dos gorgonas mayores, huyendo, como si se pudiera, y dejando a la pobre Medusa defenderse sola? ¿Supongamos que Medusa no lo permitiría? ¿Supongamos que se mete al agua y nada con fuerza para perseguirlas? Supongamos que las alcanza. Supongamos que dice: «Hey, no pueden irse. Aún necesito su ayuda». ¿Qué pueden hacer estas hermanas por ella? ¿Qué pueden ofrecerle? Solo su barco, que Medusa, que para entonces está cansada y sin aliento, sin duda aceptará.

X. ¡Y AHORA TODAS JUNTAS!

Alicia dio un paso al frente.

—Hay un problema. El problema es que no tengo hermanas. Soy única.

Luego la Dama Tímida:

—En verdad hay un problema. El problema es que las hermanas no son fraternales.

Y Medusa dijo:

—¡No! ¡El problema es que no son maternales! La hermandad de los hombres... ¡suenan grotesco! ¡Miren cómo se retuercen las serpientes en mi cabello! ¡Hermandad con ojos de espejo! ¡Miren lo que me han hecho!

Después Rap Rap habló sin emoción, despojándose de sus propios intereses:

—El problema es que no todas las hermandades son igual de inteligentes, o amables, o divertidas.

Hermandad Verdad asintió:

—Eso es muy cierto.

Y Hermandad Caridad agregó:

—¿Pero cómo importa eso? ¿Y qué significa?

Mientras tanto, la cerquita negra:

—Muerte es mi hermandad, y la tuya y la tuya... —pero eso era tan obvio, que nadie sabía qué responder.

El aire se aclaró. La gata habló:

—Soy más tigre que ustedes. Son más mono que yo.

Todas escucharon, aunque trataron de no darse por aludidas.

Y la pequeña R rugió:

—Estoy cubierta de rojo. Sangre roja de abuela. Sangre roja de lobo. Incluso mi propia sangre roja, probablemente. ¡No me gusta ser roja, me han convertido en un estereotipo!

—Bueno, pero querida... —Ceni agrega con sencillez—. El problema es que no tenemos demasiado poder, sabes. Tenemos que ser alguien, hacer algo.

—¡El problema es que todas hemos sido encasilladas!

—¡El problema es Dios!

—¡No, no, el problema es el hombre!

—El problema somos nosotras. Por el pecado original... miren hacia dentro de ustedes mismas.

—¡El problema es la madre!

—¡El problema son las palabras!

—¡Necesitamos nuevas palabras!

—¡Sí! Palabras fuertes y resbalosas como anguilas.

—¡Sí! Palabras que se apareen y proliferen.

—¡Sí! Palabras como guijarros que llenan las playas.

—¡Sí! Pero no como guijarros. Palabras como dulces.

—Palabras como dulces y semillas y guijarros.

—No, no «como», palabras que «sean».

—¡Y no sean, también!

—Palabras que nadan por los océanos como los peces.

—¡Y se alcen por los aires!

—¡Para preparar un plato delicado!

—¡Palabras que podamos comer!

—¡Palabras que podamos beber!

—Que no nos envenenen.

—¿Que envenenen a nuestros enemigos?

—«Enemigo» es una palabra.

—Pues lo es.

—Construiremos un gran edificio de palabras maleables.

—Cultivaremos una cultura.

—Crearemos un lenguaje común.

—¡La hermandad de las mujeres tendrá significado!

—Traeremos nuestras propias palabras.

—Nos adueñaremos de nuestras palabras.

—¡Seremos capaces de hacer lo que sea!

—¡Lo que sea que hagamos será importante!

Y fue así como las hermanas comenzaron a construir Babel de nuevo, sin ninguna razón real más allá de la urgente necesidad.

CAPÍTULO VI

REMIENDOS

I. DOS HERMANAS

i)

Rosa Verde dijo:

—Si tú fueras la jefa de todo el planeta, si fueras reina, si lo tuvieras todo y no tuvieras nada, entonces yo no sería nada. Eso no me parece justo.

Blancanieves replicó:

—No seas tonta. Todo lo que tenemos son nuestros propios cuerpos, el aire que respiramos, y el permiso del anciano Cronos para seguir existiendo. El resto solo fluye y flota con nosotras, junto a nosotras. No somos sus dueñas.

—De todos modos —insistió Rosa Verde—, me gustaría mucho quedarme con los títulos.

—Quédatelos —exclamó Blancanieves.

Rosa Verde dijo, con modestia:

—No, quédatelos tú también.

—¿Por qué?

—Porque entonces tú tendrás tus propios intereses en la legalidad del asunto.

—Eso es muy fraternal de tu parte —murmuró Blancanieves.

Sin ningún tipo de vergüenza, Rosa Verde contestó:

—Sí, lo es. A su manera, lo es.

ii)

Habiéndose dividido el mundo a su gusto, las hermanas tienen tiempo para divertirse.

—¿A qué jugamos? —pregunta Rosa Verde.

—Cerditos y periquitos.

—¿Cómo?

—Te enseñaré. Corres en círculos muy rápido, e intentas tocar todo lo que puedas. Todo lo que toques se convierte en un cerdito.

—Y todo lo que tú toques se convierte en periquito. ¿Luego los contamos y vemos quién gana?

—No. Yo me convierto en periquito, vuelo por encima de tu cabeza y te observo correr.

—Te sientes superior, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bueno, pues entonces me convertiré en algo que vuele más alto y más rápido, ¡más rápido y más alto que cualquier periquito!

—¡Me convertiré en un águila!

—¡Yo me convertiré en una nave espacial!

Se lanzaron hacia el cielo hasta no ser más que unas motas de polvo en el horizonte. Tienen ambiciones y aspiraciones. Muy pronto no podrán respirar. Nadie ha volado tan alto antes. Nadie las ve, nadie aprecia sus habilidades, su energía ni la audacia de su gesto. Se vuelven una hacia la otra en las corrientes de aire y dan vueltas como expertas.

II. SENTIRSE SOLA

Ella arrulla a la luna

charla con los renacuajos,

y cuando está cansada

se queda dormida en silencio

bajo el saliente

de una roca vecina.

«Los pájaros han llenado de plumas

sus propios nidos»,

susurra el astuto viento.

Ella golpea al viento,

lo convierte en su almohada.

Susurra entre sueños,

«¿Por qué no deberían?»

III. CONEJO O LO QUE SEA

i)

En el bosque

tanto el ciervo como yo

nos perdimos.

Nos caemos bien

y somos excelentes amigos.

Pero después

ya no es tan agradable.

El gato es un gato.

Los gatos comen ratones,

le sonrían a las niñas.

Los conejos huyen.

Las niñas asustan a los ciervos.
Los ciervos huyen.
Las orugas gruñen,
son muy groseras.
Las reinas matan gente.
Las doncellas friegan los suelos.
Quiero volver a aquel bosque perdido
donde las metáforas se revuelven,
pasan tiempo juntas,
y todo se convierte en todo lo demás.

ii)

Luego ocurrió. En el transcurso de sus vagabundeos Alicia se encontró con una persona maternal. Era la Caperuza, quien había crecido y estaba muy cansada, pero que todavía conservaba un poco de su bondad. El conejo blanco se le acercó, el grifo, la gorgona e incluso Alicia, hasta la gata que valoraba su independencia, todos se le acercaron, el rey y la reina, incluso los jardineros. Caperuza suspiró. Le dio a cada uno un abrazo y un beso y les acarició la cabeza.

IV. SECCIÓN EXITOSA

Pero el estruendo de las pistolas aún se escucha.

Tres ancianas se sientan alrededor del fuego en medio de un bosque. ¿Pero por qué los disfraces, las locaciones, la compañía? El fuego es necesario; las mantiene calientes. El bosque está ahí: Caperuza lo ha guardado para sí misma. Hay una cabaña, y las otras dos son invitadas de Caperuza. En cuanto a ser viejas, eso no es algo que Ceni, Rap Rap ni Caperuza puedan solucionar.

—Teníamos buenas intenciones —comienza Ceni.

—¿Qué diferencia hace eso? —murmura Rap Rap.

Ceni se encoge de hombros y responde:

—Nos habría ido mucho peor si fuéramos malvadas.

Rap Rap la mira. Caperuza suspira. De alguna manera nada de eso importa, pero ella es la anfitriona.

Con tristeza, dice:

—La dulce hermana del éxito no asciende hasta la edad madura. Llega el viejo Cronos. Las cosas por las que hemos trabajado cambian.

Rap Rap agrega:

—Entonces aparece la Mad Med, exuberante, entusiasta: «Soy de suprema importancia. ¿Dónde está mi herencia? ¿Dónde mi estipendio?» Se roba nuestro pan con sus largas zancadas. Se burla de todo lo que hemos logrado.

Ceni suspira y responde:

—Ella es todo lo que hemos logrado.

Tres ancianas miran el fuego. En la oscuridad se escucha un golpe. Blancanieves y Rosa Verde. Quieren compartir el fuego. Alicia y el ciervo. La Mad Med y compañía. Las tres viejas brujas se sienten tentadas de incendiar el bosque. Rap Rap esgrime una antorcha ardiente, pero solo en la mente, solo durante algunos instantes. Rompen el círculo. Se mueven y crean espacio.

V. UNA REMOTA PALMA

Mientras tanto, Caridad y Verdad, bajo la sombra de una remota palma, observaban a su hermana Soledad recorrer las nubes.

—¿Tú crees que lo esté disfrutando?

Verdad la mira. Su hermana no es de las que hacen preguntas ni sonríe con nada que no se parezca al entusiasmo.

—Quién sabe... —responde sonriendo, y mira los arabescos.

Una mota se divisa en el horizonte. La Dama Tímida cabalga el viento y siembra torbellinos. La arena sisea como si contuviera partículas de metal. ¿Qué alimenta su furia? Ella misma. La Dama T y la hermana S tallan las dunas, demarcan fronteras, abren espacios. Quizá sean almas gemelas, incluso hermanas.

—¿Por qué haces que la arena sisee bajo tus pies?

—¿Por qué no examinar un grano de arena?

Tímida y Solly se bajan de sus bicis para la arena. Cultivan su jardín; hacen crecer memes que son gordos y redondos.

Y bajo otra palma, la muerte y la cerdita negra se acurrucan juntas. Duermen y sueñan y charlan en la sombra.

—No es nada más que nos comamos los unos a los otros —dice la cerdita negra—. El futuro se come al pasado —agrega, repegándose más—. Es así. No se puede remediar.

—¿Así que perdonas a la Mad Med?

—Ni siquiera la he conocido.

—No me vengas con sutilezas.

—De acuerdo, perdono a la Mad Med.

—¿Y ella te perdona?

—Mad Med es ignorante. Ni siquiera sabe que ha sido perdonada, ni entiende lo que debe perdonar... todavía.

VI. ADVIENTO

En la difícil distancia un domo reluce
sobre el horizonte del océano.

¿Es Babel que se alza? ¿El sol, o la luna?

Pero ninguna ciudad flotante encalla en sus costas.

Por ahora no hay metáforas.

Es Mad Med acunada en una concha.

¿Dormida o despierta?

No hay hi-fi en el aire.
No hay algas en su cabello.
Y las olas son tan dulces que las hermanas
esperan escuchar un arpa,
o al menos algo de música celestial.
«¡Mad Med, bienvenida a bordo!
¡Mad Med, sanguinaria...!»
No, nada de eso, solo el sonido
de las olas chocando,
dado que las hermanas se guardan sus penas
y perdonan a Medusa su ignorante belleza.

VII.

Queja, queja que oí un día
Canto 30, Ezra Pound

De modo que es mi cumpleaños y todas estas madrinas han venido a desearme el bien o el mal —dependiendo de la hora del día, y cómo se sientan—. Caperuza trajo una cajita de metal. ¿Se supone que le agradezca? Rap Rap tiene cerebro, Rap Rap es una erudita. Trae una computadora. Juego con ella. Rap Rap me regaña. Pretendía que yo adquiriera sabiduría y aprendizaje. Estoy aprendiendo. Ceni es superior. Ceni produce un vestido de fiesta... eso me gusta más. Brilla y reluce con seda y lentejuelas. Cuando lo abro, se desintegra. Ni siquiera puedo venderlo. Bueno, sus intenciones eran buenas. Se supone que debo sonreír. Sonríe un poco. Luego lloro. Hago lo que se supone que debemos hacer las jóvenes. Ellas sonrían. Ellas me regañan. Se necesitan dos para jugar a esto. ¿Por qué no? La soledad me trae su soledad. ¿La cerdita negra? Cuenta más historias. Bueno. Traen lo que pueden. Tomo lo que puedo. Arranco las lentejuelas. Algún día haré un vestido totalmente nuevo —algo que me quede.

Y NO les perdonaré mi empobrecimiento.

VIII. Y EL GATO DIJO

¿Me van a excluir de este precioso paraíso? Un pequeño contratiempo lo haría volar en pedazos. ¿Es porque solo soy un gato? ¿O porque soy más que un gato? ¿Tengo personalidad? Causo una buena impresión. A pesar del texto, el contexto y la corrección gramatical, ¿quizá parezco borracho como una cuba, bebedor entusiasta de whisky y cerveza, incluso un poeta gato? ¿Cuál es el problema? ¿Soy un GATO DOMÉSTICO? ¿Quién me define, me desafía, me deifica? Oh, hermanas, ustedes son mis hermanas, ¿no es cierto? Sí, sí, lo sé. El problema es que no soy su hermana. ¿Entonces soy su hermano? Si estoy dispuesto a ser su hermana, ¿me aceptarían? ¿me rehabilitarían? ¿me resucitarían, corregirían y halagarían hasta que encaje? Oh hermanas, en esta estación de feliz humanidad, ¿acaso no hay lugar para un gato ordinario, sobre el que han escupido al que han rasguñado, un escabroso gato? ¿Un gato malo? ¿Dicen que me acariciarán? ¿A pesar de mi mal humor? Bueno, adelante. A ver si se atreven. Vean lo que ocurre. Dicen que funciona. Aquí

me tienen, ronroneando y disfrutando la luz de sus ojos. A veces funciona. Pero señoras, que no se les olvide la lógica de la gramática. A veces funciona, y a veces... sí, sí. Muy placentero. Acaricia mi panza. Un poquito más abajo. Un poco más fuerte. Piensan que me han domesticado. ¿A que es cierto? Dicen que no. Bien. Bien. Eso es excelente. Solo un poquito más abajo. Un poco más fuerte. Hacerme feliz... de eso se trata, ¿no es cierto? han logrado algo. Han complacido a un gato. Intenten ahora con los chicos. Chicas. Intenten con mujeres. Hombres. ¿Piensan que me estoy burlando? No, no, ¿acaso no lo ven? Ya he dejado claros mis intereses.

Alicia al gato:

—Madura de una vez.

—¿Por qué?

—Porque de otro modo el sol dejará de brillar. Las estrellas se apagarán y todos moriremos.

—De todos modos moriremos.

—Sí, pero deja que el viejo Cronos venga a recogernos. No es necesario que nos matemos... eso no es obligatorio.

IX. BROTA BABEL

En el paraíso, ¿está permitido
que las hermanas vivan su pesar? el desierto
ha dado sauces; un río
profundo, ancho y poderoso corre
por doquier. El suelo está lleno
de sorpresas. Alguien va
a vivir. Alguien va
a morir. Unos cuantos determinados
han sido determinados. Ignoran
por qué. ¿Deberían las hermanas arar
el desierto? ¿Debería su ánimo
estar abatido y triste? ¿Qué deberían
hacer las hermanas? ¿Es posible?
¿Deberían estar contentas?

X. UN TEXTO NO EXISTE

Las hermanas se recomponen. Es mucho más placentero estar en la sombra. Que el edificio de Babel se autorregule. Pero la cerdita se agita en los brazos de la muerte. Solly y Tímida —durante un rato, al menos—, descansan de la jardinería. Y Rap Rap, Ceni y Caperuza se presentan.

—Ok —le dicen al Gato con G mayúscula—. Sé un gato periodístico, borracho e individualista. Deja crecer tus bigotes, deshazte de tu piel. Sé quien tú quieras... sé tú mismo.

—Sí, pero —dice el Gato—, ¿entonces seré libre de ir y venir cuando me plazca?

Alicia niega con la cabeza. Ha decidido que es su función controlar al Gato.

—¿Y tú? —pregunta el Gato.

—Oh, yo estoy implicada —responde Alicia encogiéndose de hombros.

Mientras el Gato considera y reconsidera su postura se vuelven hacia la Mad Med.

—Te dimos a Virtud, Verdad y Belleza.

—Te dimos nuestros memes.

—Te dimos memorias.

—¡Nuestro pasado!

—¡Tu futuro!

La Mad Med solo permanece ahí y frunce el ceño. Mientras más hablan, lo frunce con mayor ferocidad. Las hermanas paran. Le preguntan a la Mad Med:

—Bueno, ¿y tú qué quieres?

—Yo quiero —la Mad Med titubea—, quiero adueñarme del edificio de Babel. Quiero a mis amigas. Quiero descubrir qué pienso de Babel. Quiero —agrega, sonriendo con malicia—, quiero, si es necesario, destruir Babel.

Las hermanas se estremecen. Si tuvieran escudos, en ese momento los alzarían.

—Pero si te falta educación.

—Y modales.

—Iletrada.

Med las observa.

—Tus amigas pisotearían los memes de Babel.

Med se encoge de hombros.

—Babel no se construyó en un día, ¿sabes? ¿Estás proponiendo conquistarla?

Med se aleja.

—Quédense con Babel, entonces. Manténganla intacta. Que el abuelo Cronos y la muerte y la Mad Med acechen las ruinas de Babel.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo —responde la Mad Med de inmediato—, que Babel no puede florecer en el aire del desierto, y que un texto no existe hasta que no se lee.

Las hermanas inclinan la cabeza.

—Muy bien —conceden—. Baja las barreras. Abre las compuertas. Revela el texto. Que los amigos y los bárbaros entren. ¿Estás contenta?

Mad Med sonríe.

—Por favor —las seduce—, no es para tanto.

Las hermanas tiemblan. Mad Med parte para comunicarle al mundo que ahora Babel está abierta para caminantes y visitantes, turistas y vagos, amigos y aliados, posibles inmigrantes, ciudadanos perdidos y otros buscadores de artefactos culturales. Muy pocos llegan. Una vez más, las hermanas tiemblan. Se aprestan para ayudar a Mad Med

GOJA: UN MITO AUTOBIOGRÁFICO

De algún modo sentía que *Goja* era el libro para el que había estado preparándome toda la vida. Cuando escribí el primer capítulo —salió en un extraño verso en blanco— sentí que por fin podía escribirlo. Después vinieron muchas cosas que me inhibieron. Primero estaba la culpa. ¿Cuál era el punto al expresar mis sentimientos de culpa? En el mejor de los casos me parecía algo tedioso y autocomplaciente, en el peor me parecía una falsa autoexoneración. Además, me había tocado ver la parte tonta del proceso, cuando escuchaba a las feministas de Occidente disculparse conmigo por ser más «privilegiadas» de lo que yo era. También era triste ver que el hecho de su privilegio las hacía que de manera inconsciente alzaran los hombros y se sintieran mejor consigo mismas. ¿Si una se siente culpable por ser relativamente más rica, en un país en el que abunda la pobreza, acaso lo que hay que hacer es regalar el dinero que una tiene y cerrar la boca?

De nuevo quería escribir la verdad. Pero ¿cómo puede alguien decir la verdad completa, o siquiera saber la verdad completa? Para reconocer esto llamé al libro «Un mito autobiográfico». Luego, por si fuera poco, estaba la vergüenza de saber tan poco acerca de los hechos —no digamos ya la verdad—, de la vida de Goja. Nunca pude encontrar una fotografía de ella. Los amos no toman fotografías de sus sirvientes. Y no obstante algo tenía que decir. Había un mal enorme del que había sido testigo toda mi vida, y si no de un mal, sí de una herida. Había algo que estaba muy mal con la enorme discrepancia entre los pobres y los ricos, y yo estaba implicada en ello. Se tenía que hablar del asunto, pero no estaba segura de cómo hacerlo.

Finalmente estaba la necesidad de cerrar la brecha entre dos mitades de mí misma. Nací en India, pero fui educada en Inglaterra y la grieta empezó en ese ir y venir. Cuando mis padres me mandaron al internado me dijeron: «Aprende todo lo que tengan para enseñarte, pero no te conviertas en una de ellos». Asentí como los niños y le supliqué que no me mandaran. No podía explicar que es imposible aprender lo que alguien tiene para enseñarte y su idioma, sin que la mente de una se colonice, al menos hasta cierto punto. De algún modo, tener dos colonialismos es útil: una puede ponerlos a pelear uno contra el otro. No obstante, la grieta ahí estaba. En algún punto me dije: «Es momento de que nos contemos uno a otro historias tanto de Occidente como de Oriente». Ese es el modo en que lo puede decir una escritora. Traté de escribir un libro que fuera las caras de Jano, una hacia el Oriente y otra hacia Occidente, en el que las dos mitades de mi vida estuvieran en comunicación, aunque esa comunicación fuera, por definición, imaginaria.

*Quería enviar mensajes como cisnes
río abajo para que cuando se acercaran
tú alargaras las manos con sorprendido placer.*

GOJA,
CAPÍTULO 18.

(Goja se pronuncia «Goza»: la o es igual a la de la palabra «go» y el sonido de la «j» es como entre «j» y «z».)

CAPÍTULO I

GOJA

Nadie dice que haya sueños y visiones donde Goja nace. Hay millones de millones de estrellas en el cielo. Siempre las hubo. Y hay un árbol de Babul afuera de la choza: visible e invisible, como si pidiera que lo usaran para algo. ¿Debería convertir al Babul en un emblema de la caridad? ¿Aquel tronco negro, duro y retorcido? ¿Las espinas plateadas? ¿Y debería convertir a Goja en la personificación de Caridad porque me dio amor cuando yo más lo necesitaba?

Goja nace en, digamos, 1900 en una pequeña aldea del Dekán, al oeste de la India. El sol reluce sobre la tierra del color de los leones. El pasto está quemado, y no hay agua suficiente. Ella casi muere por la falta de agua y el agua sucia. En cualquier caso, es mujer. En India es posible morir solo por eso, pero ella no muere. ¿Alguien ha visto alguna vez a un Babul floreciendo? ¿Alguien se ha molestado en verlo? Crecen por todas partes. Deben ser duros.

Eruptar, cagar, beber —durante todo el día. Incluso Goja, quien más tarde se convertirá en la representación viva de la bondad, tiene una madre. Las bebés tienen madres. Así es, o debería ser, bueno, tienen a alguien o deberían tener a alguien. Dotaré a Goja con una madre generosa, pobre como ella, sobrecargada de trabajo, con otros niños a quienes cuidar y la leche volviéndose cada vez más líquida en sus pechos. Hacen lo que pueden. Los pobres siempre lo han hecho, o no han sobrevivido. Goja sobrevive. ¿Suspiras de alivio? ¿La heroína ha sido salvada? no de Herodes, solo del sistema. Es la misma cosa, en realidad.

Aquí llega un Herodes: el rey del reino a la que aquella particular aldea pertenece. No tiene hijos. Busca hijos en lugar de matarlos. La práctica común entre los hindúes es la de adoptar un sobrino cuando no se tienen hijos. Goja no es candidata, por supuesto. Pero tiene una edad similar que el verdadero candidato, el heredero al trono y sobrino del rey. Este bebé (que nació en una casa en una ciudad cercana), este bebé y Goja podrían ser hermano y hermana, ¿no es cierto? No, no podrían. Existe una clara división entre aquellos que son gobernados y quienes los gobiernan, entre los ricos y los pobres. Más tarde el bebé que se convertirá en gobernante me informa que no tuvo madre. Su madre lo dio en adopción al gobernante de su estado. ¿Sin madre? Pobre diablo. ¿Y Goja? Tuvo una madre de medio tiempo durante cinco o seis años; luego ella (Goja, no la madre) fue entregada como parte del servicio a la casa del gobernante. ¿La rescató el gobernante? ¿La esposa del gobernante? No, no tenía esposa todavía. Bueno, ¿por el mayordomo del gobernante? no lo sé. No creo que los gobernantes ni los mayordomos de los gobernantes se preocupen mucho por las sirvientas de cinco años. Quizá en aquel tiempo la gente decía que Goja era muy afortunada porque se le permitía servir en la casa del gobernante.

Cuando eres una sirvienta y solo tienes cinco años, duermes en el suelo, en la oscuridad, y si las señoras de la casa son amables contigo, te dejan dormir cerca de su cama. Es para hacerles compañía, para contarles una historia o ir por un vaso de agua si arremete la sed. Para ti es protección. Para ti es una vida, un lugar en el mundo. Para ti es estatus —se te ha dado una función.

Una vez escuché la historia de una dama que era tan rica y malcriada que tenía a dos sirvientas que dormían a los pies de su cama; una le contaba historias y la otra escuchaba las historias que se contaban. Quizá sea divertido no ser ni una dama ni una sirvienta.

¿Cómo se supone que se cuenten estas historias?

No son cuentos de hadas. El pobre zángano crece. Se convierte en Rajasahib. No era una persona de importancia. Era mi abuelo. No era un mal hombre. Pero regresemos a la historia. Él se casa. La joven con quien se casa (que había sido nombrada en honor a una diosa, ¿acaso no lo hemos sido todas?) se convierte en Ranisahib. Ella era mi abuela y yo la amaba. La amaba con todo mi corazón. Pero también amaba a Goja. Y eso es un problema. Si las amaba a las dos, entonces, ¿por qué a una se le permitía ser reina y por qué la otra tenía que ser una sirvienta? Si fueron las dos personas en todo el mundo que me dieron amor cuando yo era pequeña, entonces, ¿por qué no es les permitía a ambas ser mi madre? Llamaba «madre» a mi abuela, pero llamaba «Goja» a Goja. Era lo apropiado. Ahora entiendo que también era profundamente inapropiado.

Un día el rey, mi abuelo, me llamó y me dijo que no debía llamar a mi abuela con el singular. Debía dirigirme a ella en plural. Respondí el equivalente a «Sí, claro», pues en varios sentidos yo era una niña obediente. Pero él no me dijo que me dirigiera a Goja en el plural. Si se me hubiera ocurrido preguntar por qué, ellos habrían sonreído. Hubiera sido evidencia de que yo era una niña dulce y algo de que estar orgullosos.

En la historia el Rajasahib y la Ranisahib tienen cinco hijos, cuatro de ellos varones. Su hija mayor es mujer, y me tiene a mí por hija. Todos son buenas personas. Tienen sirvientes. Ser reyes y reinas y princesas es glamoroso como en los cuentos de hadas. También es repugnante. Considera los hechos, que son como piedras lanzadas al agua clara de un estanque. ¿Cómo es posible ser una buena persona cuando la mayor parte de la gente cerca de ti es pobre? ¿Qué quiere decir ser noble cuando has edificado tu vida sobre las vidas de otros? ¿Quizá para propósitos prácticos toda la nobleza se compone de hombres ricos y jorobados que no pueden entrar por el ojo del cielo?

El hecho es que muchas veces pueden ser amables, incluso generosos. Tienen el dinero y los medios para serlo. También cuentan con su noble imagen; les gusta ser generosos. Y quizá el dinero no sea tan importante.

Un día mi abuela me regala un tazón lleno de dinero, puras monedas. No sé por qué me lo ha dado —para jugar con él, a lo mejor. No sé qué hacer con él. Conforme bajo las escaleras con el tazón en la mano, el dinero se me cae. Los sirvientes lo recogen. Me miran de forma extraña. Creo que piensan que el dinero no debería ser juguete de los niños.

Esta nobleza india, estos gobernantes principescos eran a su vez gobernados por la emperatriz británica, y luego por su hijo. En esta pintura los representantes de la emperatriz son como los monos de ojos grises y caras rosadas a quienes el domador de monos lleva en una carreta, y que montan un número. Por lo menos las divisiones parecen estar claras. Visto de ese modo aquí estamos todos del mismo lado: el Rajasahib, la Ranisahib, Goja y demás contra la emperatriz de India y su progenie, morenos contra blancos, negro contra rosa. Bueno, quizá no Goja. ¿Por qué a

la pobrecita tendría que interesarle quién o qué gobierna la India o incluso una parte de la India? Y quizá no el Rajasahib, quizá no la Ranisahib. Después de todo, ellos han hecho un trato con el equipo de la emperatriz. Y además, no debería animarse a las personas a deshacerse de sus gobernantes.

Una vez, en Delhi, nos sentamos en el pasto cerca de una estatua de Jorge V, y yo le digo a Goja que el rey parece un mono. Supongo que debo haber escuchado que alguno de los adultos lo decía. (No mis abuelos... ellos tienen que ser cuidadosos). Goja no dice nada. Tal vez no le importa si los británicos parecen monos. Quizá a mí no me importe más que en teoría. Tengo cinco años y estoy feliz mascando una brizna de hierba sentada con Goja bajo el sol de la mañana.

Años después cuando Goja es muy, muy anciana, está sentada en la cocina pelando ajos. Quiere ser útil. «Goja», le dice la familia, «no tienes que hacer nada. Está bien» (ha trabajado para la familia desde que tenía cinco años. Nadie sabe qué edad tiene ahora). Ella mira hacia arriba con su ojo sano. ¿Qué tan sano está? ¿Qué tanto ve? Está jorobada y torcida. ¿No estuvo siempre así? ¿Qué le pasó a su otro ojo? No lo sé, nunca me lo dijo. ¿Por qué no me lo dijo? Quiero abrazarla. ¿Quién, yo? (¿De qué serviría? A mí me haría bien). Una tía rechoncha dice que todas deberíamos ser como Goja: siempre activas para mantener la figura.

No sé mucho de Goja, y ahora es demasiado tarde. Goja se ha ido. La Ranisahib se ha ido. Ese mundo se acabó. Y a pesar de sus horrores importaba, todavía importa. Estoy descubriendo que las vidas de los sirvientes no se registran, que en los sirvientes nadie se fija. Desaparecen en silencio —como todos, pero debería ser por distintas razones. Debería ser por la muerte, por el tiempo. No porque sus vidas fueran insignificantes. He buscado una foto de Goja, pero no hay ninguna. De la Ranisahib existen docenas y docenas de fotografías.

Por la noche los sirvientes soñaban sus sueños. Creo que deben haber dormido de forma distinta. ¿Por qué no? Cualquier cosa es posible. Vivieron de forma distinta. Incluso olían distinto. Los sirvientes olían a comida, a las especias picantes de la comida. No estoy segura. Creo que no tenían jabón para lavarse las manos.

La reina huele a jazmín, Goja, su sirvienta,
huele al lodo más común. Pero el lodo es un perfume
sobre el que los poetas han gozado.
Se vende en los mercados, etiquetado:
«el olor a lluvia sobre la tierra seca».
La reina tiene una botella.
¿Y Goja?
No tiene nada. Las ropas que viste.
No existe voto de pobreza más mezquino.

La reina y la princesa no son malas por naturaleza. Cuando se niegan a comer carne, lo hacen de forma despreocupada. Y cuando mandan pedir la comida que los sirvientes han preparado (para sí mismos), sus órdenes no tienen afectación; resulta ser un gusto que tienen sin afectación. En cuanto a la nieta, le gusta el pescado seco, lo que hace reír a los amigos del gobernante. Es, después de todo, muy absurdo.

Por las noches Goja alimenta a la niña con pescado seco —pato seco de Bombay. Lo hace por cariño. ¡Oh, madre pelícano! La niña sabe que Goja es una sirvienta y no su madre, pero piensa

que quizá sea poderosa, una fuente de amor.

Un día un niño chilla. Está de visita. Pertenece a la casta de los guerreros (como la mayoría de estos nobles) y no debería gritar, pero es muy pequeño. Dice que se le apareció la bruja de un ojo. Se refiere a Goja. Quiero golpearlo porque la ve fea, jorobada y vieja. ¿Pero es ella fea, jorobada y vieja? No. Está jorobada y vieja porque su familia la ha usado. Porque nadie cuidó de ella. Debí haber cuidado de ella, de sus huesos frágiles.

No se supone que los sirvientes sean hermosos, por definición. No es su prerrogativa. Muchos años después, cuando he crecido, una joven sirvienta me mira con el mayor cuidado mientras me pongo un sari. Está pensando que los ricos sabemos cómo ser hermosos.

«Su belleza me abruma», dice la abrumada
joven. Es sirvienta en casa, y solo es joven.
«Ah, pero tu belleza», responde la fama,
«es como un árbol joven, hecho de metal,
reluciente y lustroso, brilla en la oscuridad, immaculado...»
lo cual está muy bien, pero no le sirve a nadie.

En la oscuridad la niña y Goja duermen una junto a la otra, la niña en la cama y Goja en el suelo. Por lástima o caridad, Goja le pasa a la niña pedazos de pescado seco, bajo el mosquitero, después de que la niña se ha cepillado los dientes. La niña está acostada, mascando el pescado. Goja cuenta la misma vieja historia sobre el mono y el cocodrilo:

«Había un mono. Y había un cocodrilo. Eran amigos. El mono vivía en un árbol que crecía a la orilla del río. La fruta de ese árbol era más dulce que el azúcar. Un día el cocodrilo pensó: ‘Ese pequeño mono que se ha comido toda esa fruta seguro tiene el hígado más dulce que el azúcar’. Así que le ofreció al mono llevarlo en su espalda para cruzar el río...»

La niña duerme. Goja duerme. Quizá para Goja la niña no es siempre una molestia, sino parte del paisaje, y por tanto familiar, y por tanto, amada.

¿Qué hubiera pasado si Goja y la niña hubieran alcanzado la realeza? ¿Si Goja hubiera reclamado a la niña como su hija? ¿O si fueran de la misma edad? ¿Intercambiar sus edades, usar la experiencia compartida? ¿Si pudieran contarse cuentos una a la otra? ¿Juntarse y fundirse como una sola? Entonces Goja pensaría en esas cosas, y la niña tendría la experiencia de Goja. Echadas en la oscuridad, hablarían con una sola voz. Dirían: «¿Son estos dioses, hombres o monstruos? ¿Por qué los contrastes? ¿Pueden las mujeres ser amables, si tomamos en cuenta cómo tratan a sus sirvientes? Si hay sirvientes en el cielo, ¿cómo viven? Seguramente los sirvientes que atienden a los ángeles no habitan el mismo cielo, ¿o sí? Pero entonces, ¿dónde viven? ¿La niña y Goja guardan alguna relación con los privilegiados ángeles?»

Esto es lo que las dos dirían, pero si uno de aquellos ángeles ricos volara dentro de la habitación en la forma de un hermoso pez dorado, todo perfumado y vestido con sedas, si la Ranisahib nadara dentro de su oscuridad, estarían muy felices. Bueno, la niña estaría feliz. Se arrojaría a los brazos del ángel rico. Sería el cielo, la comodidad de la seda y los pétalos pulverizados de las flores... mogra o jazmín. Habría besos y abrazos y amor, oh sí, habría amor.

¿Y qué pasaría con Goja, entonces? El olor del pescado seco no es el de las flores blancas pulverizadas, de jai o reina o la noche y ni siquiera del jazmín. Además Goja no viste de seda, sino de basto algodón. Y su cuerpo no aplasta, se acurruca ni abraza a la niña. Existe una

distancia.

Quizá haya una distancia, grita la niña, pero este es
un paisaje agreste, donde el único árbol que se atreve
a crecer sin importar el agua, quiero decir la falta de ella,
es el fiero Babul. Oh, aquí en este paisaje fiero
y achicharrado, mis huesos son tus huesos, y
en el análisis químico de tus cenizas y mi polvo
¡no existe ninguna diferencia!

* * *

La angelical abuela que aparece nadando es absurda, por supuesto. Ella es Lakshmi, diosa de la paz y la prosperidad. Ella es la Ranisahib, reluciendo gloriosa en dorados y verdes. Es las rosas, el mogra, los arrumacos y el cariño. La niña la ama, pero una vez vio cómo la Ranisahib hacía llorar a Goja. Eso no es fácil. Eso es muy difícil.

Los niños tienen un instinto para el poder (también para el amor). Sus narices se agitan; es como si detectaran feromonas. Se mueven hacia el poder como plantas de heliotropo. Entonces, ¿qué puede ofrecer Goja?

RRRectitud.

¿Qué?

Rectitud.

¿Eso significa que es leal a los señores feudales?

Sé que las madres lloran por sus hijos. Hay un montón de pinturas que muestran eso, pintadas por los hijos. Sollozar por una hija es más complicado. Las madres podrían sentir que están llorando por ellas mismas.

«¿Llorarás por mí?», le pregunto a Goja. (Complicado). Ella no es mi madre, ni siquiera mi abuela, y, ¿no debería ser yo la que llorara por ella? Pero esta Goja ríe, como si yo fuera un incubo, esta monstruosa Goja, esta mujer de dos cabezas que puede viajar en el tiempo. (Oh, somos poderosas. Las dos fundidas podemos hacer lo que sea). La Goja monstruo se ríe.

«Oye —dice—, oye, ¿de verdad quieres que te lloren, que lloren por ti, que lloren sobre ti?», me hace un guiño de camaradería con su ojo bueno, y en ese instante, con los dos ojos cerrados, parece una jovial fuente de la sabiduría. Como sea, Ella-Yo digo, a ti te dieron trocitos de bondad. Sí, recuerdo que me los comí, pedazos de pescado, ahí en la oscuridad.

Más tarde, los amigos de mis padres:

a la nieta del rey le gusta el pescado seco...

comida de pobres y no un plato apropiado.

¿Apropiado para quién?

la nieta del rey es la millonésima en la línea sucesoria,

en ser considerada, y se aparta de toda pretensión.

No seré nadie. No seré nada. Y Goja y yo

recorreremos la tierra como el salvaje viento.

No deberían dejar que el rey del cielo, con su halo, llegara cabalgando (bueno, volando) al reino. De todas formas vino... mi padre se casó con mi madre. Muy romántico. La princesa se ha casado con un piloto de pruebas. Pero no creo que los padres deban ser dioses. Deberían ser burgueses ordinarios que cuidan a sus hijos. Lo cierto es que la princesa y el piloto eran muy jóvenes. Querían viajar, querían estar juntos. Y yo —y más tarde los otros niños— seríamos criados por mi abuela, y por sirvientes e internados. Recuerdo esperar a mis padres, a que aparecieran o regresaran de una ciudad siempre distinta, América, Europa, a que me visitaran en la escuela. Después de que mi padre muriera cuando se estrelló su avión, supongo que la espera continuó. Había un sueño recurrente en que él regresaba. Era doloroso. Sin embargo, por un tiempo breve, estábamos juntos.

Desde su punto de vista cuidarme era la función de Goja. Para eso estaba ahí —Goja y los internados. Pero Goja había cuidado a mi madre cuando ella era pequeña. ¿Eso quiere decir que me dejaron al cuidado de dos abuelas?

Sería mejor si los más jóvenes de la especie no requirieran tanta atención. ¿Qué hacen los cachorros de otras especies? Quiero decir, en cuanto a los sirvientes... ¿quién cuida de ellos?

Es difícil fijarse en las hazañas de los sirvientes. Lo que ellos han pensado y sentido, la convención les exige que se lo guarden. Y la historia no les presta ninguna atención.

Resulta que Goja salva al hijo de la princesa (cuando solo es un bebé) de una carreta de bueyes que viene a toda velocidad. (No, no es una broma. Goja de verdad lo salva. En el mundo real hay gente rica, carros con bueyes, bebés y sirvientes. Es solo en la imaginación donde todo esto parece un poco exótico... o glamoroso). Como consecuencia se rompe el brazo. Olvídense de los frenos. Goja se rompe el brazo. ¿Historia o leyenda? ¿Qué piensa Goja? ¿Pueden los carros de bueyes ir tan rápido? ¿Es ella heroica? ¿Dónde están sus medalla?

Un día me pide mis sandalias. Se las

doy. Se las regala a una nieta.

Alguien hace un gesto de desprecio. Otro día me pide mis sandalias. Se las doy.

Se las regala a una nieta.

Ay, Goja, si nos hubiéramos coludido como debe ser, podríamos haber compartido nuestra extravagancia.

* * *

—Oye, Goja, cuando tenía cinco años y otro sirviente abusó de mí, ¿dónde estabas?

—Estaba en otro sitio criando a otra niña.

La excusa no es lo suficientemente buena. ¿No debería de importarles lo que pasó a las madres, a las abuelas y a Goja? El sirviente que abusó de mí pertenecía a mis padres. Lo habían enviado para que me entretuviera y me divirtiera mientras estaba con mis abuelos. El abuso sexual fue un juego. No hubo violencia, y no entendí sino hasta que tenía casi diez años que me habían violado y que era importante. Pero para entonces ya también había entendido que si decía cualquier cosa sería sobre mí sobre quien caería la desgracia. Poco después, del abuso quiero

decir, al sirviente lo despidieron. Creo que intentó ser «gracioso» con mi madre. Lo que siento contra él no es más que rabia. Lo que siento sobre la falta de protección es más difícil.

—Oye, Goja, ¿no te importa que esto sea lo que piense?

—Sí, me importa, pero ya te lo dije. Estaba en otro sitio criando a otra niña.

Luego, después de crecer, me iré a los Estados Unidos.

—Oye, Goja, ¿no te importa?

—¿Por qué me importaría? solo soy una sirvienta. Y de todos modos, no soy este ser humano orgulloso, sabio y que dice lo que piensa, el que te gustaría que yo fuera. Hay épocas en que ni siquiera soy inteligente. No creo que entiendas cómo es en realidad.

* * *

Goja, si me convierto en ti,
¿tendré que amar a tus hijas
y a tu nieto?,
¿tendré que vivir en una choza
con suelo de mierda de vaca?,
¿tendré que sentir demasiado calor o demasiado frío?,
¿tendré que someterme a los hombres de la aldea?,
¿tendré que seguir órdenes de dioses, hombres,
monstruos y mujeres?,
¿tendré que comer comida no tan deliciosa?,
¿tendré que ser analfabeta?
¿Y tendré, de alguna manera, que convertir mi poco
glorioso destino en aceptable?
Goja, ¿tendré que ser humilde?,
¿y qué quiere decir eso?

Soy muy humilde ahora. En Occidente, yo soy pobre. ¿Es eso suficiente? ¿O como es involuntario, entonces no cuenta?

(En la delicada distancia los ansiosos giran
sus pulgares,
y aquí estoy yo dispuesta a crear belleza a partir de la pena),

Primero el lodo y las tinieblas, luego el rey y la reina, sus rostros que emergen, y Goja, por supuesto; luego una hija, cuatro hijos, y Goja, por supuesto; luego los nietos, y Goja, ¿siempre Goja?

¿Cómo se las arreglarían los ricos sin sus sirvientes?
No es solo que no sepan abrocharse las agujetas...
podrían llevar sandalias.
No pueden cocinarse la cena.

No pueden cuidar a sus propios hijos.
No pueden... Ay, no pueden nada:
atender sus campos,
remendar sus ropas,
comprar sus alimentos,
lavar sus platos,
hacer sus camas.
Pueden echarse en sus camas y eso es todo,
y algunos de ellos, a veces pueden ser risueños y graciosos.

¿Es su caída —un montón de guerreros que se precipitan colina abajo hacia la muerte y la desaparición— una verdadera épica? ¿O una verdadera tragedia: reyes y reinas despojados de su estatus? ¿Quizá la verdadera tragedia es la vida y la muerte de una sirvienta solitaria? ¿Quizá sería mejor verla, posiblemente, como una verdadera comedia? Goja reinando en el cielo de Dante. ¿Por qué no? No es una broma.

En 1948, el año después de la independencia, Sardar Vallabhi Patel fundió los principados en uno solo. Sus ingresos se redujeron considerablemente, y después, mucho después, bajo el liderazgo de Pandit Nehru, o quizá su hija, se les retiraron por completo. ¡Como si les cortaran la cola! Ridículo.

¿Es la misma basura que a Goja la obligaran a inclinarse, quiero decir, a hacer una reverencia... o era involuntario? Y eso que yo no era muy importante. ¿Eso conduce a la humildad? ¿Los príncipes la sentían? ¿Era Goja humilde? ¿Soy orgullosa? Cuando era una niña, aquellos nobles indios eran muy apegados a sus títulos, y todavía lo son, cincuenta años después, a pesar de que significan muy poco hoy en día. Parte de la educación en modales era exactamente esa, quién merecía qué tipo de saludo, a quién había que tocarle los pies, ante quién inclinarse y a quién saludar sin más, y quién ameritaba un saludo extraordinario (*namaskar*) y quien no merecía nada más que responder a sus deferencias.

El orgullo sostiene muy bien a las personas.

Cuando crezco y elijo marcharme al extranjero, recuerdo el desprecio que tiñó la lengua de mi madre:

—¿Al extranjero? Ahí no serás nada ni nadie. ¡Una ciudadana de tercera clase!

¿Goja, como tú no merecías ningún tipo de saludo, eras entonces nada y nadie? Y aquí en Occidente, tantos años después, dado que estoy «triplemente oprimida», como una amable, liberal y occidental mujer me lo comunicó una vez —en tanto mujer, en tanto lesbiana y en tanto persona morena— ¿entonces soy menos que nada? Ser nada es ser libre.

Las manos manchadas de sangre del emperador
Sikander, del emperador Asoka, de cualquier
antiguo emperador, no asustan,
pues los poetas han sido publicistas de los príncipes
y los historiadores cronistas de los astutos y atrevidos.
Así que, ¿cuál es la diferencia entre la reina

y su sirvienta? Ah, es una diferencia cuantitativa,
y las cantidades de dinero construyen un mundo distinto.

¿Es justo comparar los sufrimientos, Goja? ¿Cuáles fueron tus penas? ¿No registradas? Ni se notaron. ¿Te casaste joven? ¿Feliz o no? ¿Sin marido? ¿Murió tu marido? ¿Importó? Hubo alguna mención de hijas poco importantes y un nieto adorado. (En ese caso, Goja, ¿de qué me hubiera servido ser tu hija?) ¿Pero, Goja? ¿Eres en realidad la hermana de mi abuela? Desiguales en rango, pero iguales al final, porque los hombres mandan... ¿de acuerdo? ¡POR SUPUESTO QUE NO! ¿Hubiera estado de acuerdo alguna de ustedes conmigo? ¿Mi negativa a servir? ¿Acaso es mejor la voluntad de gobernar? Hay demasiadas voces.

Oh, tengo millones de cosas que hacer, pero mis primos
me llaman: los descendientes de Dhrtirashtra, que quieren

[ser reyes.

Bueno, no veo por qué yo no pueda ser reina o rey o algo por el estilo. Es muy agradable que te hagan reverencias. Un poco de respeto es todo lo que quiero: «algo de barrio», como dijo el vago en la calle.

* * *

Mientras tanto podemos ser arrogantes, pomposos, lo que sea. En relación con «ellos» todos somos «nosotros», porque hemos mantenido la continuidad durante cuarenta siglos. Los occidentales guardan silencio por el racismo. O tienen miedo de que alguien pueda decir que tiene todo que ver con la historia de las colonias. Sin embargo, ahí está: se necesita ser la madre Teresa para ver que hay personas tiradas en la calle. Y ella hace algo, por desencantado y poco satisfactorio que sea, por lo menos hace algo.

La verdad es —todo el mundo lo sabe, nadie la contradice— que no es civilizado que exista esta desigualdad brutal entre los pobres y los ricos. Nada cambia. Todos seguimos. Los poetas cuentan mentiras.

Quería tanto hacer algo hermoso
para una muy amada y muy amable mujer.

Aquellos que vivieron una vez han sido quemados o enterrados,
pero estos dos muertos andan en mi cabeza
en una vigilia después de la muerte, así que tengo
no una, sino dos, no dos, sino tres
¿tres monstruosas cabezas?
Deja que los muertos durmientes
descansen. Bueno, ellos duermen, pero no están en contra
de la charla ocasional en el profundo e invertido abismo.

Goja dice: «Todos subimos a la colina, sabes. Todos subimos a la colina. El rey, la reina y yo,

su sirvienta. Y como todos subimos tan alegremente la colina, con tanto gozo, de forma tan inevitable, podríamos haber ido incluso tomados de las manos». Luego se vuelve hacia mí: «No sé qué es lo que tratas de deconstruir. O por qué. ¿No te das cuenta? ¿No lo ves? La muerte es minuciosa. Deconstruye la carne, todos los átomos. Deconstruye al tiempo. Nos deconstruye. ¿Por qué no nos cargas como si fuéramos un montón de bebés encobijados, acurrucados y consentidos?»

¿Qué se dicen Goja y la Ranisahib, la una a la otra? No, no en la vida real. Después de muertas, en el limbo. La Ranisahib era irreflexiva, no regenerada, en cualquier caso. Le dijo a Goja: «Lávame los pies, prepárame el baño, plancha mis ropas, barre mi habitación». ¿Qué hizo Goja? ¿Se negó? Quiero decir... ¿podía negarse a pesar de ser la Caridad encarnada? Sí, Goja se negó. Explicó con deferencia que ser tan terroríficamente egoísta y dependiente era malo para la Ranisahib. Por supuesto, la Ranisahib no lo entendió. Pero quizá en el limbo entendió.

Tal vez se sentaron a conversar sobre la forma en que murieron, su cremación y sus piras, por ejemplo.

—La mía estaba hecha de madera de sándalo —dijo la Ranisahib.

—La mía de pedazos de madera de Babul —respondió Goja—. Apenas hubo suficiente. Por suerte soy delgada.

¿Quizá entonces ambas rieron? ¿La flaca Goja y la gorda Ranisahib?

Cuando la Ranisahib y Goja platican juntas, ¿quién de ellas es la Dama Caridad? ¿Cuál la Dama Generosidad? ¿Es todo una tontería? ¿Solo pueden hablar como iguales después de muertas? ¿Y para entonces ya no tiene sentido?

Supongamos que Goja me encontró en una llanura árida y me regañó:

—¿Qué estás haciendo, niña tonta?

Supongamos que le expliqué que estaba deconstruyendo la «Victoria», el poder y la gloria de los barones ladrones, sus señores feudales. Supongamos entonces que Goja se levantó y dijo:

—Pero yo también soy de casta superior...

¿De seguro no lo haría, no? ¿Goja la sabia, Goja la buena? ¿Mitologizada y santa y...?

Al final le digo a Goja:

—De acuerdo, ¿qué le reclamas a la fama?

Ella se ríe y dice:

—¡Tú! ¡Tú me has santificado!

—¿Cuál es el problema? —pregunto— ¿No quieres ser la Dulce Hermana Caridad?

Ella me ve como un astuto búho y responde:

—Eso es exactamente lo que he sido.

—Bueno, pero... haré que Caridad sea joven y bella. La haré sexy.

Goja contesta:

—Sé tú Caridad.

—No quiero ser caridad —gimo—. No he sufrido lo suficiente. No lo merezco.

—Oh, probablemente sufriste un poco en tus tiempos —dijo Goja con amabilidad.

Luego, en aras de la justicia, enfaticé:

—Todo el propósito de este ejercicio es que Goja se convierta en reina.

—Tonterías —dijo la reina, citando a Confucio sin darse cuenta—. Todo el propósito de este

ejercicio es que la reina sea reina, Goja sea Goja, todo el mundo respete su lugar y precedencia, y ser felices.

—Sí, bueno —comentó Goja con su ojo brillante—. No quiero incomodar a nadie, pero quizá...

En aquella ocasión no terminó lo que podría haber dicho.

¿Qué hubiera dicho? Podría haberle preguntado. ¿Lo hubiera dicho entonces? ¿Podría yo inventarlo?

«Mira», me dijo, «Estoy cansada de que me estés rasguñando el corazón. Te dan un trozo de vida como al gorrión que revolotea en el gran salón.

Luego se acabó.

Eso es todo. Eso es todo».

«¿Entonces?» le pregunté.

«Ay, aprovecha el día. Haz lo que te plazca.

Ten unas hermosas vacaciones. El punto es que en el limbo hace frío y estoy cansada de todo».

¿Entonces cómo? ¿Qué podría yo entender? ¿Sería algo como esto?

Hubo una vez un rey que no estaba desnudo. Llevaba finos ropajes. Todos y cualquiera con algo de gusto, con algo de vista, admiraban sus ropas. Y todos y cualquiera con algo de cerebro querían esos ropajes y querían ser rey. Así que cuando una niña estúpida (que luego sería poeta) dijo en voz alta que el rey estaba desnudo, con mucha propiedad y justicia encerraron a esa persona, pues era obvio que el rey estaba vestido. También era obvio que la poeta/indigente/niña tenía un resplandor malicioso en el ojo y quería ver al rey sin ropa. Le preguntaron por qué.

—Porque —respondió ella—. Quiero mostrarles que el poder no es glamoroso.

—Pero lo es —le contestaron.

—Bueno, entonces quiero mostrar que el poder no es importante.

—Pero lo es —chillaron—. El poder importa. Podemos demostrártelo.

De modo que la desnudaron para demostrarle que los emperadores son fabulosos y los indefensos van desnudos.

—Sin embargo —murmuró ella—, sin embargo, el sol sigue donde está. La tierra se mueve. Y los emperadores sin ropa van desnudos.

—Ah, eso sí —dijeron—. Estamos de acuerdo contigo. Por eso es tan importante no mostrar al emperador desnudo.

Luego, con la ayuda de Caridad, se compró algo de ropa.

Estas cosas pasan. Probablemente sea mejor llorar por todos, ¿y entonces preguntar a la Tierra cómo aguanta tanto pesar? ¿Y cómo es que esta tierra con el pasto del color de los leones absorbe el dolor? ¿Por qué se queda callada?

SYCORAX

Cuando terminé *Goja* pensé que mi tarea había concluido, que ya no necesitaba seguir escribiendo. Ya no tenía que trabajar en mi escritura durante cuatro horas diarias, seis días a la semana. Estuve sin escribir por varios meses y disfruté mis vacaciones, pero después me di cuenta de que realmente disfrutaba escribir y regresé, aunque en algún punto la reduje a un par de horas diarias. Durante ese período hubo varias muertes. Se murió mi amada gata Suki en 1997, luego mi tía favorita y dos amigas muy queridas: Anna Mani y Mary Meigs, en 2001 y 2002 respectivamente. Mi madre estaba envejeciendo y yo también. En algún rincón de mi mente supongo que debí darme cuenta de que las muertes que lloraba o temía prefiguraban mi propia muerte.

Sycorax es una alabanza a una mujer anciana y de mentalidad sanguinaria. Es también una elegía. Se trata de un intento de seguirla hasta el punto en que muere, con la finalidad de acompañarla, y tal vez para calmar mi propio miedo a la muerte. La figura de la madre de Calibán, Sycorax, proviene, por supuesto, de *La tempestad*. Cuando empieza la obra, ella ya lleva varios años muerta. Se hace referencia a ella muy ocasionalmente y siempre de manera despectiva. En esta serie Sycorax todavía está viva y regresa a la isla a morir después de que Próspero y los otros ya se han ido.

Si existe algún tema que atraviese la colección completa, *Sycorax: nuevas fábulas y poemas*, este sería tal vez la toma del balance al final de la vida. Esto aplica incluso en el caso de «Doce maneras de mirar a un gigante», donde al final, luego de haber obtenido tanto poder y de haberlo perdido, en lo único que el gigante piensa es en «la luz que parpadea entre las hojas».

Incluí aquí «Los enanos» porque me gusta ese poema y porque me siento en deuda de gratitud con la Organización para las Mujeres Discapacitadas. (En los tiempos en que la homofobia contra las mujeres era un problema muy grave, nos apoyaron mucho a Hilary y a mí cuando hicimos una lectura en ese lugar.)

ENTRE TULIPANES

Entre los tulipanes, durante la primavera inglesa, Suki sintió que ahora sí estaba bien escondida. No, no como una flor. Ningún gato birmano pareció nunca una flor. Ni siquiera un poeta podría haber dicho eso. Pero como conejo, quizá. O una marmota o un hámster. País equivocado. Clima equivocado. Pero los gatos birmanos... tal vez sería mejor pertenecer a alguna especie rara y desconocida, algo australiano, algo que atravesara las distinciones usuales entre pelo y plumas. Podría, por ejemplo, ser un zorro volador, o un mamífero que pusiera huevos, o podría ser un gato común. Hubo un tiempo en que en Australia eso habría sido muy inusual. Pero quizá sería mejor ser única: un individuo solitario, que abarcara por sí mismo a toda su especie. El mamífero mítico. Sí, eso sería mejor. Luego podría contar historias sobre sí misma, sobre su origen por ejemplo, sobre su transformación, sus muchas transformaciones, finalmente, si quisiera, incluso sobre cómo se convirtió en una constelación. Solo pensarlo ya era agotador. Era abrumador. Era una ocupación que podría durar toda la vida. Ella acarició un tulipán con el hocico. «Sentir es creer, pensar es ver. Y echarse al sol y quedarse dormida es esencial para vivir...» Suki bostezó. Sin importar cómo se viera, Suki la Gata se estaba inventando a sí misma.

SORDA EURÍDICE

para Suki, en el día 27 de julio de 1997

A veces el murmullo de la añoranza es tan tentador, y el pensamiento de una caricia tan esquiva, que los sentidos se esfuerzan para escuchar lo que, después de todo, no puede ser dicho.

Y es entonces cuando surge la tentación: escribir una mentira en el agua, garabatos en la arena, o alcanzar a ver por la forma en que se movieron las hojas y la luz descubrió lo que ocultan las sombras. Tiempo crepúsculo, tiempo de Orfeo, tiempo de Démeter, cuando ellos llamaron a los muertos, y la sorda Eurídice lucha por escuchar y al no escuchar nada se retrasa hasta que su huella no deja marca más que en la mente.

VAMOS

Vamos, hay un hoyo en el jardín.
Un pájaro voló dentro de él y jamás regresó.
En el jardín es necesario caminar,
 lo sé,
pero ten cuidado. Evita el hoyo negro.
Podrías perder un pie o un dedo con facilidad.
Y no intentes asomarte por el borde.
Podrías perder la cabeza.
 Entiende los hechos.
 Hay un jardín.
 Y hay un hoyo.
A veces un punto.
 Ay, ten cuidado entonces.
Puede deslizarse dentro de ti, donde no puedas verlo,
y ni siquiera sentirlo, pero está ahí.
De noche resplandece.
 Brilla con luz negra.
Podrías estar recostada en tu cama,
podrías estar pensando que fuiste cuidadosa,
y vendría con velocidad de meteorito
 a golpearte como una bala.

LA SANTA Y EL TIGRE

Un día, un tigre fue a ver a una santa que vivía en un bosque y le dijo:

—Mira, lo siento mucho y antes de empezar tendré que hablar sobre mis arrepentimientos con respecto al tema para poder dejarlo, pero voy a COMERTE.

—¿Por qué? —preguntó la santa.

—Estoy hambriento —respondió el tigre.

—Bueno...sí —concedió la santa—. Es una buena razón.

—Sí —dijo el tigre—. De modo que comenzaré ahora, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo la santa—. Pero, ¿qué harás cuando sientas hambre de nuevo?

—Comerme a otra santa, por supuesto.

—Pero las santas son muy escasas.

—Sí —contestó el tigre, suspirando—, son una especie en peligro de extinción. Una vez que se hayan acabado, moriremos también. ¿Pero qué se puede hacer? Voy a comenzar, ¿de acuerdo?

—Espera —dijo la santa—. Se me ocurre una mejor solución. En lugar de que me mates, yo te mataré.

—¿Por qué es mejor?

—Porque... aunque los tigres perecerán, las santas lograrán sobrevivir.

—Sí, ya veo —murmuró el tigre—. Bueno, está bien, adelante.

De modo que la santa se levantó y atacó al tigre. Encajó sus dedos en la piel del animal y mordió su carne y golpeó su cabeza y sus flancos. Por supuesto, todo fue en vano.

—No sabes mucho de asesinatos, ¿no? —preguntó el tigre.

—No —respondió la santa.

—¿No debería darte unas cuantas lecciones, mejor? —preguntó el tigre, dispuesto.

La santa dudó antes de añadir:

—Pero, ¿y la gratitud? Después de haberte tomado tantas molestias, ¿no estaría mal que yo te atacara, dado que tú te has portado como amigo?

—Tienes razón —accedió el tigre—. Pero no nos preocupemos por eso. Mejor vayamos y matemos a alguien más.

PARA ANNA MANI

(1918-2001)

Cuando era una joven estudiante, Anna trabajó para Sir C.V. Raman. Después de que se hubo retirado del Servicio Meteorológico de la India, continuó trabajando en el instituto Raman en Bangalore tanto tiempo como le fue posible.

Las mujeres valientes que conocí han envejecido.
Cada una era como un árbol, o como un faro,
o como una gaviota que sobrevolaba el faro en círculos,
o como un delfín, rodeando a la gaviota, quien
rodea al faro, como lo hacen mis pensamientos,
inadvertidos.

EL SUEÑO DE MARY

*Para ser leído en el funeral de Mary,
el 7 de diciembre de 2002, dedicado a sus amigos.*

De un fax enviado por May Meigs el 14 de febrero de 2002: *anoche soñé que un elefante que corría libremente con un grupo de jóvenes en la playa comenzaba a perseguirme, enojado. Le dije: «¡Oh, poderoso elefante!» y se detuvo, con una mueca graciosa en su labio superior.*

Ibas un paso adelante, o dos o tres,
como una hermana mayor, que habiendo nacido primero,
va primero, y como si fuéramos niñas
en un cuento de aventuras, me susurraste:
«Iré primero y te contaré qué ocurre,
para que no te preocupes».

Nunca estuve preocupada.
Tu cielo azul era un azul preciso.
Y cuando una hoja caía daba vueltas y vueltas,
incluso mientras caía, en la forma en que tú la habías descrito.
Pero ese elefante en la playa que jugaba
con los jóvenes, aunque tú sabías quién era,
yo nunca lo supe del todo. Fuiste cortés.

«¡Oh, poderoso elefante!»
El elefante se detuvo —¿riéndose? ¿burlándose?
—se dio la vuelta y caminó por la playa.
Unos meses después, tú lo seguiste.

SECCIÓN 6: LOS SECRETOS DE LA ANCIANA

EL PRIMER SECRETO

Se siente sola.

La buena bruja Sycorax con la mirada que fluye
se ha dejado las cuencas vacías.

Su azul se disolvió en el agua,
y se sienta como un ídolo en su solitaria
isla, deseando que alguien llegue.

Podrían darle zafiros para sus ojos.

Pero nadie viene.

EL SEGUNDO SECRETO.

Habla consigo misma.

Mi color fue siempre el azul, mis ojos azules eran mi único atributo famoso. Pero conforme he caminado por el mundo lo que he visto a mi alrededor es siempre rojo y verde. Incluso en esta isla, que está desierta, hay rojo y verde. Pero están desvaídos. Puedo ignorarlos. Las cosas crecen... verde. Las cosas mueren... rojo. Pero aquí, las navajas de cristal verde no necesariamente cortan mis pies, y puedo evitar ver mi sangre derramada. Otras criaturas se escurren a través del subsuelo. Algunas son atrapadas. La sangre es refugio. Pero si me esfuerzo, puedo dejar de pensar en ella. Después de todo la muerte de un mosquito difícilmente califica como un evento cataclísmico. ¿Entonces? ¿Es la importancia de una vida medida por el ruido que hace? No me iré en silencio durante la buena noche... ¿o sí? Es el sinsentido de eso lo que nunca he entendido.

EL TERCER SECRETO.

Es crítica con ella misma.

Ahora no tengo nada que ofrecer.

Ahora no hay ningún lugar a dónde ir.

La anciana solloza en su isla.

Esto no logra nada,
no riega las semillas,
ni hace crecer las papas.
Unos cuantos deben haber sabido que todo era rojo y verde,
pero ahí estaba yo con mis corrientes azules,

tratando de alcanzar los cielos.

[mis tonterías

Y EL CUARTO SECRETO.

Por las noches se convierte en bruja.

Como cualquier otra persona, las ancianas se transforman
por las noches. Vuelan como búhos sin saber qué
sueños podrían iluminar, ni a quién podrían
conocer. A veces duermen como martín pescadores
sobre la ola encantada y despiertan tan frescas
que cuando miran a su alrededor, de verdad creen
que tienen el poder de controlarse a sí mismas
y al océano. O se deslizan como focas entre las negras
aguas de isla en isla y eligen sus sueños:
son ricas y poderosas, o, algunas veces, simplemente felices.
Las ancianas no desean al deseo. Detrás
de sus ojos el cielo llamea de un feroz azul
y sus cráneos están encendidos por la energía del sol.

(De la serie:
Sycorax)

LOS ENANOS

Discapacitado no significa descalificado, ¿o quizá sí?

i)

Blancanieves duerme
y los enanos enloquecen, escarbando
en la oscuridad
por el significado de la vida.

No pueden desearla.

(No está permitido)

Pero quizá la amen.

¿Qué puede ofrecerles?

¿Quizá su presencia,
perfumando sus días
con luz y amor?

¡Mira pero no toques!

Los niños anhelantes
se asoman por el vidrio.

¿Quién los cuida?

¿Y cuál es el secreto?

Cuando Blancanieves despierta,

¿quién destroza
su casa de cristal?

ii)

Después no hay mentiras amargas, aunque los enanos
puedan ofrecer una sorpresa silenciosa.

Mi nombre era Cordelia,
aunque el espejo me borró,
mi madre me amaba
cuando era muy pequeña.

iii)

¡Mi nombre era Robusto Corazón!

¡El mío Coraje!

Pero nuestra tercera hermana

—no, no se rían—

era la más valiente de todas.

La reina mala pensó que era fea.

La reina buena pensó que estaba loca.

Pero el espejo

dejó de hacer muecas,

se volvió pensativo y triste.

iv)

Sí, yo era tímida

—nunca la primera en las peleas,

ni tampoco en las carreras—

volteada y vergonzosa,

¿cómo explicarlo?

No sentía la falta ni la pérdida de gracia.

v)

Y no estaba adormilada, estaba dormida.

A mis hermanos no les importó.

Mis hermanas me atendieron.

Cuando desperté les conté mi sueño.

Ellos gritaron: «¡Maná! ¡Rosas!

¡Lirios! ¡Helado!»

Lo que sea que fuera,

o podría haber sido.

vi)

Por último, pero no menos importante, yo era hermosa.

Oh, no sonrías con sonrisa reticente.

Mi nombre era Blancanieves, Hermana, Enana.

Ahora sin amargura ni astucias innecesarias.

DOCE MANERAS DE MIRAR A UN GIGANTE

I. COMO LOS PÁJAROS

Cuando el gigante camina en el mundo cotidiano,
su corazón está oculto en un nido
en las ramas más altas de un árbol enorme
y custodiado por un par de pájaros vigilantes.
El rifle de un niño podría matar a los pájaros,
un viento torpe podría voltear el nido.
El gigante sabe esto. Cuando duerme sueña,
y sus párpados se agitan como aves asustadas.

II. MÁS ACERCA DEL GIGANTE

¿Dónde está escondida tu vida?
un niño le pregunta al gigante.

Está escondida en un pájaro.

¿Dónde está el pájaro?

Escondido en un árbol.

¿Dónde está el árbol?

Escondido en el bosque.

¿Dónde está el bosque?

En lo alto de una montaña.

¿Dónde está la montaña?

En lo alto de un planeta.

¿Dónde está el planeta?

Dentro de una galaxia.

Si tú mueres, pregunta el niño,
¿alguien se dará cuenta?

III. EL NIÑO REFLEXIONA

Si yo fuera de su tamaño,
¿podría desparramar
ejércitos enteros?
¿Pisar donde quisiera?
¿Comer lo que quisiera?
¿Meter mi cabeza
entre las nubes?
¿Ser educado solo
cuando me dieran ganas?
Y entonces,
¿le desagradaría a todo mundo,
me admirarían,
me envidiarían?

IV. UN CIENTÍFICO TOMA NOTAS

Cuando el gigante descansa
puedo examinarlo a conciencia.
Dos párpados con sus ojos. Cerrados,
pero cuando los abre
de un brillante azul, *probablemente con la textura
de huevos cocidos.*
Pelos rojos caen por sus fosas nasales
*como si un árbol
estuviera creciendo dentro de él.*
*Cuando un gigante duerme
con su cabeza en una ventisca, el mundo
sufre con el viento helado.*
Un fuerte aroma: el producto, sin duda,
de hábitos carnívoros.
*¿Huele a mí? Si yo me comiera a un gigante,
¿olería como él?*
Y brazos y piernas: proporcionados, por supuesto,
pero excesivos.
Tengo que caminar más de una milla
tan solo para examinar las puntas de sus dedos.
El CI del gigante es indeterminado.
Pero el gigante es poderoso.
Y creo que yo soy valiente pues tomo estas notas
mientras camino sobre él.
Mis recomendaciones:

si lo encuentran solo,
maten al gigante,
pero si tiene aliados, es mejor inclinarse
y pagarles tributo.

V. LAS ASPIRACIONES DE UNA MASCOTA

Hace unos días la novia del gigante me encontró en el bosque. «Cosita hermosa», dijo, «pequeño duende, enanito». Me levantó y me llevó a casa. Pensaron que podrían tenerme como mascota, pues no servía para nada más. Su novia me preguntó si yo querría ser su periquito... supongo que los periquitos de verdad son difíciles de ver y atrapar para los gigantes. De lo que no estoy seguro es del estatus de la novia. ¿No sería mejor ser la mascota del gigante? De todos modos no tengo opciones al respecto. Me alimenta con semillas de girasol dos veces al día y también me da un poco de leche fría. (Nunca nada de vino. Creo que pensaría que eso es crueldad contra las mascotas). Trato de mantener el respeto a mí mismo. No soy demasiado amable y me retraigo con frecuencia. Pero ella nada más cloquea y me da más semillas. Es su manera de ser amable. El gigante la adora. Quizá sea porque lo hace sentir noble. Y ella me adora... sospecho que por las mismas razones.

VI. LOS SUEÑOS

En los sueños del gigante
su madre lo reprende, su padre lo golpea,
y todos los otros niños se ríen de él y lo molestan;
solo el perro quiere ser su amigo.
Anhela crecer más y más hasta tocar el cielo. Y en algunos

[de sus sueños

en verdad crece, pero el cielo retrocede
y su madre y su padre no cambian en absoluto.

VII. EL AYUDANTE

Él siempre iba primero, yo iba
segundo, aunque una vez no, pero
todo el mundo se nos quedó viendo, intranquilo.
¿Me veía para abajo? Él
era más alto, tenía que mirar hacia abajo.

Su casa era más alta,
la mía era más baja.
Su esposa era bella,
la mía solo linda.

Así eran las cosas.
¿Le tenía envidia?
No, en absoluto. Por eso prosperé.
Ese era mi talento. Yo era su amigo;
él, mi superior.

VIII. EL GIGANTE SE IMAGINA COMO OTRO

Si yo fuera una flor —algo diminuto, oscuro
y delicado, los pétalos teñidos con un poco
de rosa, el perfume tenue pero dulce,
creo que sentiría diferente al sol. Creo
que cada gota de lluvia sería una carga pesada
en una marea de olas extáticas.
O podría ser el pájaro que se alimenta de la flor
para emprender su vuelo a la flor siguiente...
frágil, etéreo...
y claramente hambriento.
Ese pájaro es un emblema de la pobreza romantizada.
Y la flor de una criatura demasiado sensible para vivir.
Mejor ser un gigante que a veces compone
poesía.

IX. LOS ENEMIGOS DEL GIGANTE

Mis enemigos son demasiado pequeños como para verlos,
lo cual es injusto;
o demasiado montañosos para combatirlos,
lo cual también es injusto.
Son parte del paisaje,
o parte del mundo, andan
hábilmente disfrazados, o se quedan quietos
y pretenden ser molinos.
Tengo que enseñarles
a no tener miedo. No, tengo
que enseñarles a tenerme miedo.

X. UN ARTISTA LO ALABA

No es que pertenezca a otra especie.
Es solo que es más grande y mucho más hermoso.

Mira la estatua que he hecho de él.

XI. EL GIGANTE DE ORO

Un día el gigante convocó a su esposa, hijos y amigos más cercanos. «Escuchen», les dijo. «Mi secreto es que no estoy hecho de carne ordinaria. Estoy hecho de oro. Eso es lo que me hace tan fuerte y poderoso, y por eso es que, bajo mi protección, viven tan felices». Ellos ya sabían eso, pero su esposa hizo una mueca, sus amigos asintieron y los niños escucharon con atención. «¿Y nosotros?», preguntaron. «¿Qué hay de nosotros? ¿Hemos heredado algo de esto?» El gigante los escuchó. «No, nada», rugió. «El secreto de mi fuerza es mío para dar y guardar». Se quedaron en silencio. ¿Podrían tomar parte en él? «A pesar de que no son fuertes todavía, pero como son míos cada día ganan fuerza, solo por asociación su piel ha adquirido matices dorados». Así fue, y ellos se asociaron y se las arreglaron para prosperar de forma notable.

XII. EL FINAL DEL GIGANTE

Un día el gigante fue derrotado por un enemigo.

«De aquí en adelante serás conocido como el Gigante Derrotado y yo seré conocido como el Héroe».

«Sí», dijo el gigante.

Un día el gigante fue traicionado por su esposa.

«De aquí en adelante serás conocido como el Gigante Estúpido y yo seré conocida como la Bella».

«Sí», concedió el gigante.

Un día el gigante fue engañado por su amigo, recriminado por sus hijos. «De aquí en adelante...»

«Sí, lo sé», dijo el gigante. «Mi llamado a la fama fue que era capaz de ganar».

Y un día, cuando el gigante estaba tan golpeado que casi ya no era un gigante, volvió a su árbol y recuperó su corazón, pues no deseaba morir con su corazón ausente.

Luego se cantó una canción,
que no era sobre un gigante (estúpido u otra cosa),
ni acerca de un héroe (hábil u otra cosa),
sino sobre la luz que parpadea entre las hojas.

TRABAJO RECIENTE

Han pasado cinco años desde la publicación de *Sycorax* y no he podido terminar un nuevo libro. Siento como si estuviera en medio de la nada. Mucha de mi energía se ha ido en trabajar libros para niños, pero eso en realidad no cuenta. Tal vez me estoy volviendo más lenta. Por supuesto que me estoy volviendo más lenta. Y tal vez, al volvernos viejas, nos volvemos cada vez más dudosas. Todavía no estoy segura acerca de la forma que quiero dar a lo que estoy escribiendo.

En la meditación vipassana hay una urraca, una criatura parlanchina y vociferante. La primera vez que la gente toma un curso de vipassana, un curso de diez días en que aprenden una técnica particular de meditación, van enfrentando de manera progresiva lo que pasa con la mente. El curso afecta de diferentes maneras a las personas. Para mí, una de las cosas que me pasaron fue la urraca, la imagen de un mecanismo de recuperación que trae fragmentos y piezas de todo lo que había guardado en la mente consciente. La urraca empieza a escribir un poema en mi cabeza — acerca de sí misma, por supuesto—, y por supuesto que eso no está permitido. Pero los poemas de la urraca están incompletos.

Es mucho más fácil decir algo inteligible acerca de una pieza completa, que acerca de fragmentos de piezas esparcidas aquí y allá. Ahí está un libro acerca de mi gata, Suki, mi querida amiga y compañera. Pero también está incompleto, apenas lo empecé.

Mientras tanto, he aquí una muestra de lo que sea que esté tratando de encontrar su forma.

URRACA: CONVERSACIONES CON UN MECANISMO DE RECUPERACIÓN

Una urraca vuela por los senderos entre el pasado y el futuro muy dentro de mi cabeza. Cada tanto me trae una brizna de paja.

«¿Qué puedo hacer
con una brizna de paja?» la regaña.
«Algo más útil

hubiera estado mejor».
«¿Cómo?», pregunta urraca.
«Como una moneda» respondo.

«No traigo monedas»,
Urraca está arrepentida.
«Solo información digital».

«¿O una imagen hermosa
o un dato duro, sin más?»
«¿Cómo?» pregunta Urraca.

«Como que la Tierra es redonda».
«No lo es» dice Urraca.
«La Tierra es lumpen».

«¿Quién te dijo eso?»
«Todo lo mío
es tuyo, ¿sabes?».

«¿Pero por qué traer paja?
La paja que traes
se desvanece en el viento.

Incómoda, caprichosa.
¿Por qué no traer
algo emocionante?»

«¿Un pajar?» pregunta Urraca.
«¿Qué voy a hacer con
la paja?» cuestiono.

«¿Hacer bloques?» murmura Urraca.
«¿Y qué hago
con los bloques?» me quejo.

«Construir casas, por supuesto,
castillos en el aire,
torres que lleguen a las nubes».

Y se ríe de mí,
de mis bloques de construcción
de mi choza desvaída.

(De la serie:
«Urraca»)

POEMA DEL CARNÍVORO

Los acusadores llegaron como si yo fuera importante,
hermosos en su finura de la misma manera en que las pinturas
a veces son hermosas: piel y plumas
relucientes, cuchilladas aún expuestas,
exactamente donde yo los había mutilado o asesinado.

EL RINOCERONTE Y EL UNICORNIO

Cuando el rinoceronte y el unicornio se conocieron, el unicornio retrocedió unos cuantos pasos. Podrían ser primos, pero el rinoceronte estaba deslumbrante.

—¿Por qué estás parado frente a mí? —demandó el rinoceronte.

—Soy un pariente perdido —respondió el unicornio.

El rinoceronte miró a la criatura frente a él.

—Lo dudo —dijo el rinoceronte—. Soy cien veces más fuerte que tú. Mis cuartos traseros son prácticamente a prueba de balas. ¡Y peso tres toneladas! En cuanto a ti, me bastaría estornudar para que cayeras.

—Debe fallarte la vista, primo —replicó el unicornio, sonriendo—. Generalmente se me considera uno de los habitantes más espectaculares de la galaxia entera. Casi cualquier otro estaría encantado de poder decir que somos parientes. Y estamos emparentados. Nuestros cuernos lo demuestran.

—Tonterías —rugió el rino—. Yo tengo dos cuernos bellamente alineados, uno detrás de otro. Tú, por otra parte...

—Yo, por otra parte —lo interrumpió el unicornio—, tengo un solo cuerno que se enrosca y se piensa que tiene propiedades mágicas. Y es por eso que has sido perseguido durante siglos. Buscan el cuerno del unicornio salvaje, y como no me pueden encontrar se conforman contigo.

—Para ser un debilucho sueñas muy seguro de ti mismo —murmuró el rinoceronte.

—Yo soy el sueño... tú eres la realidad —proclamó el unicornio—. Soy lo que tú aspiras a ser. ¿Acaso no puedes ver la conexión entre nosotros?

—Claro que la veo. Tú perteneces al pasado distante, y sin duda yo soy el modelo mejorado —declaró el rinoceronte.

—¿Quieres decir que de hecho te sientes superior a mí? —preguntó el unicornio.

—Por supuesto que lo soy. Fíjate en cualquier ejército. ¡Los tanques son superiores a la caballería!

Y el rinoceronte avanzó pesadamente, mientras el unicornio se fue cabalgando con gracia.

NI MR. DARWIN NI EL GRANJERO

—He sobrevivido —dijo mamá Oca—, debido a mis genes. La vida va en serio. La vida es brutal. ¡Ojalá vivamos muchos años!

Una hermana más vieja que ella la miró antes de responder:

—No eres la más apta ni la más gorda entre nosotras. ¡Has sobrevivido porque estás demasiado flaca para que te maten!

—Tú estás demasiado flaca y tú demasiado gorda —les informó una tercera hermana—. Yo soy de lejos la mejor de las tres. Pongo huevos de oro. Y cuando mis polluelos rompan el cascarón, estarán hechos de oro puro.

—¡Pero no estarán vivos! —gritaron sus hermanas.

Su cuarta hermana era muy vieja. Solía decir que lo había visto todo, aunque nunca especificaba exactamente qué había visto.

—Hermanas —dijo con solemnidad—. El granjero es nuestro amo. Nos alimenta y nos protege porque cada una a nuestra manera hace lo más que puede para servirlo fielmente.

—Bueno, yo por mi parte pongo huevos de oro —dijo una de las gansas.

—Y yo pongo huevos de verdad con polluelos de verdad —dijo otra.

—En cuanto a mí, sospecho que me engordarán para un festín particularmente magnífico —añadió una tercera gansa.

Luego todas se volvieron hacia la anciana oca.

—Pero tú —le dijeron—, ¿por qué a ti el granjero te permite vivir?

—¿Azar? —respondió la anciana, retrocediendo con rapidez.

ANIMALES

Hablaste
y los animales regresaron a sus jaulas,
pese a que todo lo que habían hecho era pararse y mirar.
«Animales» dijiste.
«¿Por qué lo poetas escriben sobre animales?»
Mi corazón se estremeció.
«Es su silencio», murmuré,
sabiendo
que había contrapuesto mi discurso al suyo
precisamente para minar ese silencio.

EL PÁJARO DE CRISTAL

i.

De día el pájaro de cristal descansa en la ventana.

Los pájaros de jardín
envidian su postura relajada. Ella no necesita comer,
anidar ni dormir
ni criar una parvada de polluelos de vidrio exactamente
como ella.

Los pájaros de jardín admiran su luminiscencia.

Trabajan de día
y descansan de noche, mientras ella permanece despierta,
se desliza

a través de la ventana y se dirige hacia el mar,
buscándose.

Nadie le ha dicho que pese a que el mar
se enfurece,
no refleja nada. Después ella recuerda en dónde
tiene que estar.

Al amanecer regresa y se coloca su arnés.

ii.

El ave de cristal dice que se siente sola.

Le explico con gentileza
que en realidad no la construyeron
para el mercado.

Otros pájaros de vidrio
chocarían contra ella.

Le romperían las alas.

Se rompería las alas.

No estaría bien.

«Sí», dice, «pero me siento sola.

Piensa en viajar

y llévame contigo».

iii.

«A veces», le digo al ave de cristal,
«Es bueno tener un sueño, admirarlo
en secreto, y esconderlo,
entendiendo claramente que solo
es un sueño».

«Yo soy mi propio sueño»,
responde el ave.

iv.

Un día el ave de cristal se negó a cargar mensajes. Sus alas estaban deslucidas. La edad la había endurecido y la había vuelto pesada. Las distancias eran demasiado largas. Lo que le estoy pidiendo no debería de pedírsele a nadie.

—Dulce ave —le respondí—, quédate donde estás, y enviaremos imágenes de tu canto a través de la estratósfera.

—¿Cantando? —me pregunta, ladeando la cabeza. La posibilidad de enviar su voz a los límites del universo le es atractiva.

—Sí —le digo con firmeza—. Escucharán tu voz, verán tu imagen. Incluso entenderán lo que estás diciendo.

—Lo que me has dicho que diga —replicó el pájaro de vidrio.

—Si estuvieras aquí para decir lo que quisieras, ¿qué dirías? —le pregunté.

—Diría: «Soy el pájaro de vidrio, y he venido desde muy lejos para hacerles compañía.

—Ellos saben eso, tontuela.

—¿Saben que mi propósito en la vida es hacerle compañía a los solitarios?

—Exactamente —respondí—. Y lo haces muy bien. El esplendor de tu plumaje agita el corazón. Bueno, casi lo agita.

El ave de vidrio permanece en silencio. Luego pregunta:

—¿Y qué hay de mí?

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién me hará compañía?

Sé que intenta sacudirme para que me de cuenta, pero tengo una respuesta preparada.

—Nadie —le digo—. Tú eres un emblema. Dos pájaros de vidrio se transformarían.

—¿En qué? —pregunta.

—En periquitos —replico con un dejo de crueldad.

(De la serie:
«El pájaro de vidrio»)

PELIGRO RAYADO

Una mujer vivió una vez en una próspera ciudad por encima de las multitudes. No era Rapunzel ni tenía el cabello largo. En lugar de eso contaba con todas las comodidades del siglo XXI; le gustaba mucho vivir ahí arriba. Decoró su apartamento y abrió la ventana para dejar entrar el aire fresco y observar a las ardillas que jugaban en las copas de los árboles. Las ardillas creyeron que les estaba dando la bienvenida, y se precipitaron dentro. Deshicieron las borlas de las alfombras, dejaron huellas lodosas en los cortinajes de seda. La mujer protestó:

—Yo no invado su espacio ni brinco en las copas de sus árboles. No creo que sea razonable que ustedes invadan el mío.

—No lo haces porque no puedes —respondieron las ardillas—. Nosotras, sin embargo, somos perfectamente capaces de vivir en dos realidades, y por eso lo hacemos.

La mujer las miró consternada, pero las ardillas ni se inmutaron.

—Por favor —le dijeron—, ¿podrías hacer algunos cambios? ¿apilarías todos los muebles en una esquina para que podamos correr dentro de ellos y jugar a las escondidas?, ¿y podrías colgar las alfombras, para que fuera un reto correr por todas partes y deshacer las borlas de las alfombras? Ah, y un bocadillo ocasional sería más que bienvenido... nos encantan los cacahuates.

La mujer farfulló y estaba a punto de contestarles, pero los animales la interrumpieron:

—Otra cosa... ¿crees que podrías irte, o aparecer cada vez menos? nos estorbas. Eres demasiado grande.

Fue entonces que la mujer decidió que tendría que hacer algo.

La pregunta es: ¿qué hizo?

a) Se deshizo de las ardillas, cerró la ventana y se las arregló para vivir sin aire fresco por el resto de su vida.

b) Le hizo la guerra a las ardillas.

c) Convirtió la ventana en una oficina de inmigración, fomentó el turismo, ganó mucho dinero y puso a las ardillas a trabajar limpiando suelos.

PERSPECTIVA

Como ella es anciana y está cansada,
camina a través de las paredes de su memoria
y los límites se derrumban sin ruido.
Y donde su pie se posa inesperadamente,
cada flor que ha visto o piensa que ha visto
florece de forma descarada,
cosa que ella entiende y no le importa.
Dice que pone las cosas en perspectiva.

DÍAS DE VERANO

Como todo el mundo sabe, existen ganadores y perdedores, trabajadores y vagos, aquellos que pueden y aquellos que no, aquellos que deben y aquellos que no deben. Esos son, después de todo, los modos del mundo. Entonces, cuando una cigarra estuvo cantando todo el verano sin trabajar, y cuando una hormiga trabajó y almacenó comida para el invierno, esto no le sorprendió a nadie.

El invierno llegó y la cigarra estaba hambrienta. La hormiga le dio comida (cerca de la mitad de lo que necesitaba), un breve sermón y algunos consejos. El siguiente verano la cigarra cantó, la hormiga trabajó, y cuando el invierno llegó otra vez la cigarra no tenía comida. La hormiga le dio la mitad de lo que le había dado la última vez, un regaño largo y bastantes consejos. La cigarra se las arregló para sobrevivir, y cuando llegó el verano cantó todo el día. Cuando llegó el invierno la cigarra estaba hambrienta y la hormiga impaciente. En aquella ocasión le dio un cuarto de lo que le había dado la primera vez. No fue suficiente. Los lagos se congelaron y la nieve cayó. La cigarra enflacó más y más, hasta que un día un viento amargo la levantó para llevársela a algún país todavía más frío. En el camino la cigarra pereció.

¿La moraleja de la historia? no hay ninguna. Es un cuento inmoral.

PARA KISHORE

quien murió el 8 de febrero de 2011

En mi mente el hermoso niño
descansa bocarriba sobre el agua:
los peces mordisquean sus pies,
el niño ríe,
el sol acaricia su rostro,
el niño ríe
los peces ondulan el agua
—el futuro es un lugar por escribir,
l niño ríe.

LA OLA

Chennai, 26 de diciembre de 2004

El pájaro sobrevoló la ola.
El pez nadó con ímpetu
y fue arrojado a la orilla.
Las personas intentaron escapar.
Pero los animales atados,
miraron dentro del corazón
de la oscura ola,
y se quedaron donde estaban.

EL TIEMPO GOTEA

El tiempo gotea por tu rostro
 más lento que las lágrimas,
con mayor bondad que el ácido,
 más despacio que el aceite.
Y el día se rompe y se rompe y se rompe,
 y el tiempo gotea
como un huevo cascado, como un...
no importa
 cómo gotea el tiempo.
Me enloda el corazón y me corta el aliento.

¿UN CUENTO CON MORALEJA?

Hubo una vez una mujer que pensaba que si había que hacer un trabajo, había que hacerlo bien. Lo que es más, si era ella quien debía hacerlo, lo tenía que lograr a la perfección. «Ahora fíjense», dijo. «Las hojas han caído sobre el jardín. Están ensuciando el suelo. Las voy a barrer». Y como ella era paciente, persistente y terca, barrió y barrió. Las hojas seguían cayendo. Hubo momentos en que pensó que estaba por fin ganando la batalla. Pasaron minutos completos durante los cuales ella pensó que el jardín estaba por fin limpio. Pero luego caía una hoja, y después otra, y otra. Persistió. Barrió cientos de hojas, miles de hojas, quizá millones. Perdió la cuenta. Trabajó día y noche. A veces miraba el cielo estrellado. «¿Habrán menos estrellas en la galaxia que hojas?» murmuró, pero no se rindió. «No dejaré página sin pasar ni hoja sin voltear», se dijo. Estaba empezando a confundirse, pero barría y barría. Mientras tanto, las hojas seguían cayendo.

UN TAPIZ

EN SU REINO

ningún gorrión se cae,
nadie escucha a hurtadillas,
las fosas nasales no se agitan
para advertir de un peligro mortal.
Y en su jardín los amantes que han despertado
en los brazos del otro
le sonrían abiertamente al extraño que pasa.
Como ella ama
su poder lo permea todo,
y donde ella gobierna, todos son amorosos.

CRIATURAS AMABLES

Cuando ella sonrío
conejos y monos,
perdices y periquitos,
pequeñas criaturas amables,
que yo no sabía que vivían dentro mío,
se despiertan y respiran.
Normalmente se sientan en tapices,
pero estos son inquietos
e insubordinados.

LAS AMANTES

Ellas han olvidado cómo ser modestas, prudentes,
consideradas, amables o lo que sea o como sea
que se supone que tienen que ser
y se han convertido

en libélulas:
totalmente hermosas, inhumanas y absurdas.

CONEJO Y ZORRO

En el verde prado del tapiz el conejo y el zorro miran a las amantes.

—En lugar de disfrutar la vegetación —se queja el conejo—, se la pasan mirándose la una a la otra. No se dan cuenta de nada, ni de mí ni de ti, ni siquiera del clima.

—No es así —responde el zorro, dándole un fraternal golpecito en el hombro—. Ellas inventaron la vegetación, los pájaros y a los animales, a ti y a mí, incluso al clima.

—¿Y eso qué? —dice el conejo.

—¿No lo entiendes? —sonríe el zorro, mostrando los dientes—. Es porque ellas se aman que tú y yo podemos ser amigos.

(De la serie:
«Un tapiz»)



Esta edición de
Fábulas feministas fue editado
en noviembre de MMXIX
En su composición se usaron
las fuentes Calluna de 9 y 11 puntos
y Neue Haas Unica de 9, 11, 19 y 30 puntos

NOTAS

[1] Los brahmanes son miembros de la casta sacerdotal en India, la más elevada de las cuatro castas en que se divide la población. [N. de las T.]

[2] El svayamvara era una práctica de la India de la antigüedad en la que una mujer elegía con quién casarse de entre varios pretendientes que completaban un desafío. [N. de las T.]

[3] «Was killed» en el original. [N. de las T.]

[4] Society for the Prevention of Cruelty to Animals. [N. de las T.]

[5] Se refiere a Purushottama Lal, famoso editor indio, fundador del Writers Workshop en Calcuta, en 1958. Falleció en 2010. [N. de las T.]

[6] De: «La deserción de los animales del circo» y «Navegando a Bizancio» respectivamente, según la traducción de Juan Carlos Villavicencio. [N. de las T.]

[7] <http://www.spinifexpress.com.au/>

[8] Equivalente del juego de palabras intraducible: «How do you do? How do you do? How do you do? No cock-a-doodle-doo-now. No further adieu». [N. de las T.]